

UNIVERSIDAD ANDINA "SIMÓN BOLÍVAR"
Sede Ecuador

Area de letras

**PROGRAMA DE MAESTRÍA
EN ESTUDIOS DE LA CULTURA**

MENCIÓN: HISTORIA ANDINA

TESIS:
**ADSCRIPCIONES SOCIO-RACIALES Y
MUTACIONES ETNICO-CULTURALES EN QUITO
DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL S. XX.**
Longos, Cholos, Chagras, Chullas y Gente Decente

Manuel Espinosa Apolo

2001

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos a la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

Sin perjuicio de ejercer mi derecho de autor, autorizo a la Universidad Andina Simón Bolívar la publicación de esta tesis, o de parte de ella, por una sola vez dentro de los treinta meses después de su aprobación.

Manuel Espinosa Apolo

8 de noviembre del 2001

UNIVERSIDAD ANDINA "SIMÓN BOLÍVAR"
Sede Ecuador

Area de Letras

**PROGRAMA DE MAESTRÍA
EN ESTUDIOS DE LA CULTURA**

MENCIÓN: HISTORIA ANDINA

TESIS:
ADSCRIPCIONES SOCIO-RACIALES Y MUTACIONES ETNICO-
CULTURALES EN QUITO DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL S.

XX.

Longos, Cholos, Chagras, Chullas y Gente Decente

Manuel Espinosa Apolo

2001

Tutor:

Guillermo Bustos

Quito, 9 de noviembre del 2001

ABSTRACT

La presente tesis se ocupa sobre de las adscripciones socioraciales y las mutaciones étnico-culturales sucedidas en Quito en la primera mitad del s. XX.

De esta manera nos hemos planteado realizar una caracterización del espacio urbano en la época, a la vez que definir el rostro de los protagonistas de los fenómenos señalados. En segundo lugar, buscamos desentrañar la manera en que los términos “longo”, “cholo”, “chagra”, “chulla” y “gente decente” se convirtieron en categorías socio- raciales por medio del uso específico que de ellos se hizo en el contexto histórico específico de la primera mitad del s. XX; y, por último, nuestro interés se centra en comprender las prácticas culturales que constituyeron y definieron a los diversos protagonistas del presente estudio.

Los resultados de esta investigación se presentan en 3 capítulos. En el primero se proporciona una visión general del período de estudio con el ánimo de esclarecer el marco de referencia y las bases en las cuales se desarrollan los fenómenos a estudiarse. En el segundo capítulo se analiza el vocabulario de las adscripciones para esclarecer las percepciones raciales de la época y así aclarar el origen y el uso de los términos que designan a los sujetos de estudio. En el último capítulo se analiza, en cambio, algunas de las prácticas culturales de los mismos, especialmente aquellas relacionadas con el uso del lenguaje, la habitabilidad, la vestimenta, los espacios de socialización, las formas de esparcimiento y de diversión, para establecer los rasgos que caracteriza a los sujetos de estudio.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dejar constancia de mis profundos agradecimientos a la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, por el permanente apoyo moral, académico y económico; a su personal docente y administrativo por el ambiente de camaradería y respeto que han sabido crear para los estudiantes. Agradezco especialmente al Dr. Guillermo Bustos por su asesoría prestada. Sus consejos, orientaciones, sugerencias y críticas, como amigo y profesional han sido de importancia crucial para la realización y culminación de la presente investigación.

CONTENDIO

	Pág.
Introducción	6
 CAP. 1	 13
EL ESCENARIO Y LOS ACTORES	13
1.1 El espacio	20
1.2 Los actores	30
	31
CAP. 2	46
EL VOCABULARIO DE ADSCRIPCIONES Y LOS ESTATUS ÉTNICOS DE LA ÉPOCA	
2.1 La “gente decente”, los “cholos” y los “longos”	58
2.2 Los “chullas” y los “chagras”	58
	60
CAP. 3	66
LAS PRACTICAS CULTURALES DE LOS ACTORES URBANOS EN LA VIDA COTIDIANA	75
3.1 Consideraciones previas	80
3.2 Los sociolectos	87
3.3 Las formas de habitabilidad	92
3.4 Las indumentarias	92
3.5 Espacios de sociabilidad. Formas de esparcimiento y diversiones	95
3.6 El surgimiento del estilo de vida urbano y de una nueva cultura popular urbana	
Conclusiones	
Bibliografía	

INTRODUCCIÓN

El desarrollo de la historia urbana durante las décadas de los 80 y 90 del s. XX destacó las intensas transformaciones por las que atravesó la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX. El trabajo de los urbanistas en la década de los 80, en particular los estudios realizados por Lucas Achig y Fernando Carrión¹, develaron las profundas transformaciones físicas de la ciudad: expansión acelerada del área de ocupación y cambios en los usos del espacio en general.

Por su parte los historiadores sociales, especialmente los trabajos desarrollados por Guillermo Bustos y Milton Luna en la década de los 90, centraron su preocupación en los actores y protagonistas de la época, dejados de lado por los urbanistas, quienes mantenían una preocupación espacialista. Las investigaciones histórico-sociales mostraron de esta manera las profundas modificaciones a nivel social que se sucedieron en el Quito en el período señalado.

Se trató sin duda de cambios significativos, entre los que destacaban: la descomposición de las viejas relaciones entre dominantes y dominados que dieran lugar a lo que Juan Maiguscha llamó "crisis de la autoridad patriarcal"²; y, el surgimiento de nuevos actores que se correspondieron al cambio de la estructura social urbana. Estas modificaciones se expresaron en la intensificación de la conflictividad, agitación social y el desarrollo de las formas de agregación social, fenómenos evidenciados por Bustos y Luna³. El primero

¹ Lucas Achig, *El proceso urbano de Quito*, CAE-CIUDAD, 1983. Fernando Carrión, "Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales", *Cultura* Revista del Banco Central del Ecuador, Quito, sept-dic 1984; *Quito, crisis y política urbana*, CIUDAD- El Conejo 1987.;

² Juan Maiguashca, "Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo", en: *Las crisis en el Ecuador, los treinta y ochenta*, Corporación Editorial Nacional, Quito, pp. 79-94.

³ Guillermo Bustos, "Gremios, sindicatos y políticas (1931-1938). Transformaciones ideológicas y redefinición social de los artesanos y obreros fabriles en Quito", Tesis de Licenciatura, Departamento histórico PUCE, Quito, 1989; "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. 1992, pp. 163-188. Milton Luna, *Historia y conciencia popular, el artesanado en Quito*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989; "Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. 1992, pp. 191-202.

en particular señaló que el crecimiento demográfico de la ciudad y la intensificación de la conflictividad estuvieron estrechamente vinculados, entre otros factores, a los permanentes flujos migratorios desde el interior del país que recibió la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX.

Gracias al estudio de fuentes no cuantitativas, sobre todo, de la literatura icaciana, costumbrista y de ciertos ensayos de la época, los historiadores sociales llegaron a establecer que los migrantes procedían fundamentalmente del sector rural. Se trataba por tanto en su mayoría de indígenas y mestizos campesinos o pueblerinos.

Bustos, quien estudió con más detenimiento el fenómeno, señalaba que la migración incrementó la conflictividad sociocultural, la lucha de clases y el choque étnico, a la vez que dinamizó los procesos de aculturación y movilidad social. Ha sostenido, asimismo, que el conflicto clasista no fue la única forma de conflictividad en el interior de la sociedad urbana, sino que junto a él se evidencia un conflicto cultural y étnico entre migrantes y capitalinos. Para Bustos, los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores medios percibieron la migración como un proceso de oposición étnicocultural, esto es, como un avance del "cholerío" o la "longocracia" sobre la urbe. Así mismo los sectores populares quiteños frente a los migrantes, expresaron por su parte, un sentimiento de inseguridad y competitividad, ya que los interioranos se convirtieron para ellos en virtuales competidores en el mercado de trabajo y al interior de los canales de movilidad social (Bustos, 1992: 184). En rasgos generales se puede decir que la conflictividad social en esta época, entre dominados y dominadores, aparte de la lucha clasista, se manifestó también como una conflictividad cultural.

De esta manera la presencia de inmigrantes indios y mestizos de origen rural y pueblerino que accedieron a formas particulares de vida urbana, dieron como resultado la revitalización de la figura del "cholo", el "chagra" y el "longo", así como la aparición del "chulla" y de un colectivo autocalificado como "gente decente".

La llegada permanente y cada vez más numerosa de contingentes migratorios desde el interior del país, a medida que transcurre el s. XX, puso en contacto a dos grandes grupos: la sociedad receptora y los recientes llegados. Dicho contacto, como lo ha evidenciado Bustos, si bien reactivó el choque racial y étnico en la ciudad, naturalmente dio lugar a un proceso de intercambio o

interinfluencia cultural. Esto nos lleva a plantearnos si las adopciones de los nuevos valores culturales que se dieron en uno y otro sector, estuvo acompañada de la eliminación de los valores anteriores o acaso fueron incorporados dentro de sus propios patrones. Lo que a su vez nos lleva a preguntarnos si esas adopciones produjeron o no cambios en la situación o posición étnico-cultural de los protagonistas.

Sin duda lo que se ha dicho con respecto al cholo y al longo contribuye a esclarecer el panorama. El caso del cholo ha sido el más discutido en las ciencias sociales del país, siendo evidente las discrepancias con respecto a su estatus étnico. Así por ejemplo en los 60 y 70, los esposos Costales presentaron al cholo como una personificación del proceso de blanqueamiento, es decir, del proceso de aculturación o reclutamiento de grupos e individuos indígenas a la sociedad nacionalizada. Mientras que para los antropólogos extranjeros (Crespi, Hickman, Brown, Whitten) el cholo se concibe como un tipo transitorio, con un pie en el mundo indígena-quichua y otro en el mundo hispánico-nacional⁴. Como bien señala Stutzman el cholo es un tipo enigmático, cuya orientación cultural predominante ha recibido poca atención científica. Stutzman prefiere más bien una nueva interpretación hipotética, según la cual la voz "cholo" señalaría no un estado cultural vacío de transición de lo indígena a lo nacional, sino un modo alternativo de ser en el mundo ecuatoriano, es decir un sistema cultural: un modo racional de construir la experiencia humana.

Sobre el caso del longo muy poco es lo que se conoce, excepto lo que ha advertido Hernán Ibarra⁵. El longo correspondería a un grado incipiente de mestización, una transición de indígena a cholo, que podría aproximarse al caso del llamado "cutu" que Hugo Burgos destacó a fines de los 60 en su estudio sobre la discriminación en Riobamba. Burgos definió al "cutu" como un ex-indio en camino de constituirse en cholo (Citado en Ibarra: 1992b: 106). Este actor colectivo pondría en evidencia, por tanto, la presencia de un continuo étnico de indio a mestizo, en el cual se dan diferentes grados de aculturación. Un grado de estos correspondería al llamado "longo".

⁴ Ronald Stutzman, "El mestizaje: una ideología de exclusión", en: Whitten, Jr. Normal (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, USFQ, Quito, 1993: pp. 58, 59.

⁵ Hernán Ibarra, "El laberinto del mestizaje", en: *Identidades y sociedad*, Centro de Estudios Latinoamericanos /PUCE, Quito, pp. 95 -124

Sin embargo, nada se ha dicho de los rasgos que definen a uno y otro actor colectivo porque los estudios en torno a estos aspectos casi son inexistentes. Todo lo contrario sucede en el caso del chulla. Tanto la literatura de nostalgia y remembranzas de la ciudad, la crónica costumbrista⁶, así como la historia social, ha destacado muchos de los rasgos idiosincráticos de este personaje, pero sin aclarar su situación étnico-cultural.

En este sentido, es evidente que la presencia de longos, cholos, chagras, chullas o gente decente, no resulta totalmente comprensible solamente a partir de procesos como la migración, la modernización urbana o la movilización social, sino fundamentalmente por procesos de adscripción socioracial, procesos socioculturales, sean fenómenos de aculturación, transculturación, modernización, o procesos étnicoculturales como mestización o enblanquecimiento; fenómenos todos estos que producen en los protagonistas cambios significativos de tipo transfigurativo, razón por la cual hablamos de “mutaciones étnico-culturales”.

Por estas razones, la pregunta central que guía la presente investigación se puede resumir de esta manera: ¿Qué tipo de adscripciones y mutaciones explican la constitución de los actores mencionados y cuáles son los rasgos que los caracterizan y definen?

Para proporcionar las respuestas adecuadas, consideramos necesario realizar algo que no se ha hecho todavía: esclarecer quiénes fueron los migrantes interioranos que arribaron a Quito en la primera mitad del s. XX y cuáles eran los lugares de dónde provenían; analizar el significado de los vocablos de adscripción étnica de la época, sobre todo los términos: longo, cholo, chagra, chulla y gente decente, así como estudiar las principales prácticas culturales (pensamientos, percepciones, expresiones y acciones) de los designados por dichos términos.

Para resolver la problemática expuesta la presente investigación se ha servido de elementos conceptuales y teóricos provenientes tanto de la historia social, cultural y urbana, así como la antropología y la sociología urbanas. En lo

⁶ Por ejemplo: Carlos Andrade, “El auténtico chulla Quiteño”, en E. Freire y M. Espinosa compiladores: *Parías, perdedores y otros antihéroes, Quito y sus célebres personajes populares*, memoria N° 4, Taller de Estudios Andinos, Quito, 1999, pp. 69-74; Nicolás Kigman, “El humor de los quiteños”, en E. Kigman, Coord., *Las ciudades en la historia, Conuep, CIUDAD, Quito, 1989, pp. 419-422*; Fernando Jurado Noboa, *El Chulla Quiteño*, SAG, Quito, 1991

que respecta a las fuentes, nuestra investigación se apoyado básicamente en fuentes escritas. A más de las de tipo cuantitativo: censos, encuestas, cuadros, hemos recurrido a fuentes de tipo cualitativo como relatos de viajeros, memorias, testimonios, la literatura icaciana, la literatura costumbrista y la ensayística de la época, así como en las notas, reportajes, editoriales, avisos sociales y publicitarios aparecidos en los principales periódicos de la ciudad de ese entonces.

Este último tipo de fuentes, no obstante, entraña ciertas dificultades ya que dan cuenta de la realidad a partir de un determinado interés. Así por ejemplo, es notorio que el afán de la literatura icaciana es básicamente de impugnación a las condiciones sociales de grupos subyugados del campo y la ciudad, mientras que el interés de la literatura costumbrista, especialmente de la obra de García Muñoz, es irónico o más bien caricaturesco, ya que busca acentuar ciertos rasgos de los pobladores de Quito para evidenciarlos. Los relatos de viajeros presentan varios prejuicios mientras que las notas, reportajes, editoriales y avisos de los periódicos se estructuran a partir de un posición ideológica latente o claramente manifiesta. En fin las fuentes cualitativas son interpretaciones de la realidad. Características que no pueden perderse de vista a la hora de servirse de ellas para dar cuenta de los fenómenos que nos interesan, ya que a pesar de las limitaciones señaladas, constituyen valiosos instrumentos - y otras veces los únicos- que dan cuenta de manera explícita o implícita de hechos que jamás aparecen en las fuentes cuantitativas.

Por ultimo cabe señalar que los resultados del presente estudio se exponen en tres capítulos. En el primero se intenta realizar una caracterización del espacio urbano a la vez que se busca describir a los protagonistas y actores de la época. En éste hemos puesto particular atención en establecer en grandes rasgos las motivaciones de la migración, las probables zonas de origen y la condición socio-étnica de los migrantes que llegan a la ciudad. En el segundo capítulo se analiza el vocabulario de las adscripciones para esclarecer las percepciones raciales de la época en un contexto de cambios más amplios: económicos, políticos, sociales y étnico-culturales. Así se aclara el origen y el uso de los términos que designan a los sujetos de estudio. En el último capítulo se analiza, en cambio, algunas de las prácticas culturales de los mismos, especialmente aquellas relacionadas con el uso del lenguaje, la habitabilidad, la

vestimenta, los espacios de socialización, las formas de esparcimiento y de diversión, para establecer los rasgos que caracterizaron y definieron a los sujetos de estudio, así como ilustrar los desplazamientos socioculturales y las mutaciones étnico-culturales que protagonizaron y esclarecer el carácter sociorracial de los términos que los enuncian.

CAPITULO 1

EL ESCENARIO Y LOS ACTORES:

En el presente capítulo intentaremos proporcionar una visión general del período de estudio con el ánimo de esclarecer el marco de referencia y las bases en las cuales se desarrolla el drama al que hemos llamado: “adscripciones socio-raciales y mutaciones étnico-culturales en el Quito de la primera mitad del s. XX.”

Nuestro propósito es, por tanto, realizar una caracterización del espacio urbano e intentar definir el rostro de los protagonistas. Para ello, buscaremos responder a los interrogantes: ¿de qué manera cambia el espacio urbano en el período? y ¿quiénes son los actores de estos cambios culturales?

1.1 El espacio

El espacio urbano de Quito en la segunda mitad del s. XX sufrió cambios cualitativos y cuantitativos considerables. Para tener una idea cabal de tales cambios es necesario intentar reconstruir la imagen física de la ciudad en el período previo al señalado.

A finales del s. XIX, Quito era una ciudad pequeña cuya población no rebasaba los 40.000 habitantes. La ciudad estaba dividida en 6 parroquias, 145 manzanas separadas por 240 calles, 5 plazas con tres monumentos conmemorativos, 7 plazas y 2 paseos públicos. La ciudad tenía 1.168 casas de propiedad particular y sus edificios públicos eran los siguientes:

“Palacio de gobierno, de justicia, del arzobispado y del ayuntamiento; 33 templos con varios conventos; universidad e instituto de ciencias; cuatro colegios para la segunda enseñanza, tres de señoritas y otros tantos seminarios; 116 escuelas en todo el cantón; 5 bibliotecas públicas, escuela de artes y oficios; Teatro Sucre, observatorio astronómico, 2 laboratorios de química, 2 museos, zoológicos, 2 jardines botánicos, 6 conventos de religiosas, 6 asilos de beneficencia, 2 casas de retiro, 3 de corrección, contándose entre éstas el magnífico panóptico, 5

cementerios y 4 cuarteles”¹.

La ciudad no disponía de agua potable. El agua que se utilizaba provenía de la “Chorrera” y del manantial de “Las Llagas”. El líquido vital llegaba a la ciudad por surtidores y acequias hasta las fuentes públicas ubicadas en San Francisco y la Plaza Central. Allí los aguadores -indios que cargaban inmensas vasijas a sus espaldas- se encargaban de llevar el agua a las casas de los señores para quienes trabajaban, mientras la gente corriente la recogía directamente en dichos surtidores.

El alcantarillado era incipiente. Si bien en la época del presidente García Moreno se dieron los primeros pasos para la construcción del alcantarillado en las calles de la ciudad -acequias anchas, profundas y descubiertas en el centro de las principales calles- no existían conexiones a las casas particulares². Por esta razón, los excrementos y miasmas de las casas señoriales, se recogían en depósitos, los mismos que eran trasladados a partir de las 5 de la tarde por los indios de Zámbriza a la quebrada de Jerusalén (hoy Av. 24 de Mayo) en donde se desalojaban. Allí mismo se lanzaba la basura y hacían sus necesidades la gente del pueblo, cuando no lo hacían en las propias calles³.

Todavía en 1894 la iluminación de calles, plazas y casas se hacía con kerosene y espermas de cebo, hasta que en 1895 los señores Gangotena, Jijón y Urrutia fundaron una empresa de luz eléctrica con la cual se consiguió dotar de alumbrado a la Plaza Grande y algunos establecimientos comerciales de los alrededores⁴.

En fin, la ciudad decimonónica frente a lo que hoy constituye la ciudad moderna poseía un cierto aspecto rural. La mayoría de las casas tenían en su interior huertos y jardines. La ciudad misma agrupaba varias zonas que se caracterizaban por un tipo de asentamiento disperso. La arquitectura de las casas ubicadas más allá de las calles centrales era pueblerina antes que

¹ Datos de la guía *El Ecuador en Chicago* editada en 1894, citada en: Milton Luna, *Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito*, Colección Popular 15 de noviembre, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989, pp. 15-16.

² En realidad se construyeron acueductos anchos y profundos en el centro de ciertas calles pero descubiertos, produciendo un mal olor evidente. Salvador Lara, *Quito*, Colecciones Mapfre, Ediciones Mapfre, Madrid, 1992, p. 284.

³ Miguel Angel Puga, *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Vol. 49, Quito, 1991, p. 240.

ciudadana. Las calles estaban llenas de arrieros y de indios que llegaban de zonas aledañas y haciendas, cargados de productos que se destinaba, buena parte de ellos a las casas de los hacendados. En las plazas se distinguían indios mercaderes y comerciantes mestizas, cuyas figuras más pintorescas eran los “yumbos”⁵ venidos de Mindo y las “bolsiconas” con su colorida indumentaria⁶.

Quito estaba rodeado y cercado de pequeñas propiedades campesinas, comunas, quintas y haciendas. Estas propiedades cumplían la función de abastecedoras de los productos agrícolas y cárnicos que requería la ciudad (Kigman, 1992:134).

Esta fisionomía de la ciudad cambió drásticamente en el período de la primera mitad del s. XX. Desde inicios de dicho siglo Quito empezó súbitamente a modificar de manera significativa su utillaje material y su equipamiento urbano, con lo cual se multiplicaron las comodidades de vida y aparecieron nuevos consumos, al mismo tiempo que se sucedió una expansión física acelerada. Todo ello parecía marcar el declive de la ciudad decimonónica y anunciar el arribo de la ciudad moderna.

Fue así como en la primera mitad del s. XX se introdujeron mejoras provenientes de la segunda revolución industrial: acueductos de agua potable a las residencias (1908), luz eléctrica en calles y casas (1906) y además los teléfonos. Más tarde los sistemas de transporte y comunicación modernos se hicieron realidad. Pues, en 1914 se inició el servicio urbano del tranvía eléctrico y en 1920 llegó el primer avión a la ciudad. Asimismo en 1906 y 1913 se inició

⁴ Eduardo Kigman, “Quito, vida social y modificaciones urbana”, en: *Quito a través de la historia. Enfoques y Estudios*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Junta de Andalucía, Quito, 1992, p. 146.

⁵ Se llamaban así a los indios procedentes de la parte occidental de Quito, de los declives de la cordillera andina. Estos por lo general traían productos tropicales que se cultivaban en dicha región (plátanos yuca, naranjas, piñas) a los mercados de la ciudad. Traían el pelo largo. Su traje era una especie de túnica sin mangas que llegaba hasta la altura de los muslos, llamada tambas o bayetas de color pardo y rayado sujetas al talle con un cinturón amarillo. Iban descalzos y llevaban a sus espaldas unas grandes canas en las que transportaban sus productos.

⁶ Las bolsiconas eran mujeres mestizas del pueblo, llamadas así por su anchas y coloridas polleras llamadas “bolsicón”. Estas por lo general se desempeñaban como vivanderas, fonderas y pequeñas comerciantes.

la circulación de los periódicos quiteños más importantes de la primera mitad del s. XX: El Comercio y El Día⁷.

La ciudad vivió también la transformación de su utillaje material, esto es, su red vial, las viviendas, los edificios y los servicios públicos, al mismo tiempo que los espacios públicos se convirtieron en elementos simbólicos de la ideología nacional.

Para Jean Paul Deler fueron dos los momentos básicos que marcaron la modernización de la ciudad: la llegada del tren en 1908 y el centenario de la independencia en 1909⁸. La llegada del tren permitió el despacho cuantioso y en condiciones muy buenas para la época, de materiales de construcción y de bienes de equipamiento -estos últimos, en su mayor parte importados. Guillermo Bustos (1992: 168) ha destacado que el tráfico de mercancías aumentó de 44.570 ton. en 1910 a 210.000 ton en 1935. Estas cifras sin duda evidencian el impulso que adquirió los sectores secundario y terciario de la economía, especialmente el comercio, lo que se revirtió en el crecimiento vigoroso del mercado urbano. Así mismo la llegada del tren permitió que la movilidad poblacional adquiriera un nuevo ritmo. Pues el transporte de pasajeros pasó de 133.938, en 1910, a 578.206, en 1938.

Por su parte, la proximidad del centenario de la independencia estimuló la transformación fisonómica de la ciudad, que se expresó en la multiplicación de importantes trabajos de urbanismo: saneamiento, rellenos, alumbrado público y asfaltado de calles.

El poder local, al mismo tiempo que impulsó la modernidad de la urbe, atacó a la ciudad premoderna. Su poder normativo y coactivo se dirigió entonces contra aquellos elementos rurales presentes en la ciudad. De esta manera en 1913 se clausuró las caballerizas ubicadas en la calle Rocafuerte así como los corrales situados en la Av. 24 de Mayo y las llamadas "centaverías"⁹. Se realizó asimismo una serie de prohibiciones contra las

⁷ Guillermo Bustos, "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. 1992, p.

⁸ Jean Paul Deler, *Ecuador, del espacio al Estado Nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Banco Central del Ecuador, Quito, 1987, p. 169-170.

⁹ Las "centaverías" eran los corrales en los que los arrieros y gente del campo dejaba sus bestias en las que transportaban los diversos productos que traían a la ciudad.

chicherías, logrando expulsarlas del centro de la ciudad en los años veinte, a la par que se intentó trasladar los hospitales, lazaretos y sanatorios a las afueras de la ciudad¹⁰. Sin duda estas medidas evidenciaron una actitud modernizante que reivindicó la higiene, el ornato y el progreso, al mismo tiempo que buscó, al decir de Kigman y Goetschel, no solo separar lo público de lo privado, sino también separar el fruto sano del degradado.

No obstante, el cambio físico de la ciudad se hizo visible en la construcción de nuevos edificios, en las mejoras de los espacios públicos y sobre todo en la expansión del área de ocupación. En la primera década del siglo se llevó a cabo importantes obras edilicias auspiciadas por el régimen liberal, como fueron la construcción del Palacio de la Exposición Nacional (hoy Ministerio de Defensa), el Círculo Militar, el Hospital Eugenio Espejo y el Colegio Mejía, inaugurados estos dos últimos en 1930.

En 1904 F. Andrade Marín presidente del municipio realizó el relleno de la quebrada de Jerusalén, surgiendo así la Av. 24 de Mayo, gracias a la cual la ciudad se amplió hasta el Panecillo; sin embargo, fue en la década del 20 que se remodeló y embelleció dicha avenida, solemnizándose con un monumento inaugurado para la ocasión. En la misma época se creó la Plaza Victoria y se construyó el Edificio de Correos.

Para esas mismas fechas aparecieron importantes edificios privados vinculados a las nuevas actividades. Se construyeron los pasajes comerciales: Tobar, Royal y Miranda. En la década del 30 se edificó el teatro Bolívar y la casa “Pardo”, primer ejemplo de vivienda multifamiliar para estratos medios y altos, así como el edificio del banco “La Previsora”¹¹.

En la primera mitad del s. XX, el área de ocupación de Quito creció de manera vertiginosa y acelerada contrastando claramente con lo sucedido en las épocas anteriores. Pues si se comparan los planos de Quito de 1748 y 1763

¹⁰ Eduardo Kigman y Ana María Goetschel, “Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales”, en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 155, 156, 161.

¹¹ Rubén Moreira, “Ecuador.- Transformaciones urbanas y arquitectónicas en la primera mitad del s. XX”, en: E. Kigman(comp.), *Las ciudades en la historia*, Ciudad, Quito, 1989, pp. 243-244, 264.

con el de 1888, se observa fácilmente que la ciudad apenas si se extendió en este período de tiempo. Fernando Carrión considera que el área absoluta de ocupación de la ciudad pasó de 117 ha. en 1780 a 173,7 ha. en 1904¹². Situación que contrasta notablemente con lo acontecido en la primera mitad del s. XX. Pues, según cálculos realizados a partir de la información de los mapas de la época Carrión considera que el área absoluta de la ciudad pasó de 173,7 ha. en 1904 a 1.335 ha. en 1950, lo que supuso que el área de la ciudad creció en este período más de 7 veces. Aunque Bustos (1992: 174-175) señala que la información que proporcionan los mapas parecen aludir a las proyecciones previstas por la ciudad antes que al espacio realmente ocupado. No obstante estos datos ponen en evidencia la violenta expansión física de la ciudad.

Este acelerado proceso de extensión fue mencionado por fuentes no cuantitativas. Así en la década de los treinta la Gaceta Municipal señalaba que los barrios crecían sin orden ni concierto.

En efecto, el surgimiento de nuevos barrios se sucedió con rapidez. Aparecieron así nuevos barrios populares en suelos de escaso valor, pero relativamente próximos al centro urbano. Estos se ubicaron en las colinas: El primitivo Aguarico, La Colmena, La Tola, La Libertad, San Juan, la primitiva Floresta, El Dorado, la ciudadela Méjico, los que por mucho tiempo carecieron de los servicios básicos¹³.

A la par con este proceso aconteció a mediados de la década de los 20 una movilización residencial de los sectores pudientes hacia el norte. Se configuraron así la ciudadela “Mariscal Sucre” y “La Colón”. Posteriormente en torno a estas ciudadelas se construyeron los primeros barrios de las capas medias: la ciudadela “Larrea”, el barrio “América” y “Belisario Quevedo”, Batán e Iñaquito (Lara, 1992: 284).

La ciudad se expandió también hacia el sur, proceso que empezó con la extensión hacia el Panecillo rodeando la colina e impulsando la urbanización de la parroquia rural de La Magdalena. La expansión hacia el sur se consolidó en la década de los treinta y cuarenta gracias a la acción municipal que impulsó la

¹² Fernando Carrión, *Quito, crisis y política urbana*, editorial El Conejo, Ciudad, Quito, 1987, p. 35.

¹³ Ana María Goetschel, “Hegemonía y sociedad (Quito, 1930-1950)”, en: E. Kigman (comp.), *Ciudades en los Andes. Visión histórica y contemporánea*, IFEA, Ciudad, Quito., 1992, pp. 333- 335.

construcción de viviendas populares y de barrios llamados “obreros” que dieron lugar a la formación de los barrios: Chimbacalle, Chiriyacu, La México y Villa Flora, al sur de la ciudad.

Fue de esta manera, como se produjo el crecimiento longitudinal de la ciudad, es decir su alargamiento de norte a sur. Si bien este proceso evidenció el crecimiento de la demanda residencial debido al acelerado aumento de la población que experimentó la ciudad en la primera mitad del s. XX, dicha expansión estuvo estrechamente vinculada al surgimiento de sectores sociales nuevos y la diferenciación que se generó entre ellos, lo que dio cuenta del surgimiento de una nueva estructura urbana de clases.

Pues, si hasta el s. XIX los sectores pudientes compartieron los mismos espacios con la plebe en una suerte de cohabitación, en la primera mitad del s. XX se rompió este modelo y se gestó otro nuevo, basado esta vez en la ocupación espacial diferenciada, el mismo que suponía una redistribución de los espacios de trabajo y residencia.

Los sectores dominantes a través del municipio impulsaron una serie de medidas de reordenamiento de los usos del espacio y esbozaron una estrategia de segregación residencial que se expresó claramente en el primer plan de desarrollo urbano realizado por el arquitecto uruguayo Jones Odrizola (1943). En este plan se estableció de forma clara un proceso de segregación espacial y residencial en la medida que fijó categorías de barrios según su localización: urbanizaciones de primer orden (residencial) al norte, de segunda (barrios medios) y de tercera clase (barrios obreros), al sur. En dicho plan una circunscripción de la ciudad fue diferenciada en términos simbólicos: el “Centro Colonial” que más tarde se denominó “Centro Histórico” “dentro de un proceso de exitosa aceptación general” (Bustos, 1992: 166).

De este modo, los sectores de ingresos medianos y altos que representaban del 5 al 10% de la población citadina instalaron sus residencias en la zona norte dejando al Municipio los gastos de urbanización. Se trataba sin duda de una minoría privilegiada que en sus nuevos sitios de residencia dispuso de un espacio que llega a cubrir hasta el 25 o 30% de la superficie urbanizada, a la vez que concentraron la calidad y densidad de las infraestructura, equipos y servicios

urbanos¹⁴.

Si bien la ciudad vieja se consolidó como centro administrativo, comercial y financiero, en donde empezaron a proliferar los cafés, hoteles, restaurantes y otras actividades de gusto burgués, el acaparamiento por parte de los sectores dominantes de ventajas y privilegios urbanos produjo a la larga un quiebre o fracturación simbólica de la ciudad, lo que dio lugar a la conformación de dos zonas claramente diferenciadas. El norte o el lugar de la ciudad moderna y de la prosperidad, y desde la ciudad vieja al sur, el sitio de lo antiguo, lo premoderno y el atraso.

Los sectores dominantes al trasladar sus viviendas al norte convirtieron sus viejos lugares de residencia en objetos de renta. No obstante, las viejas casas no solo dieron cabida a almacenes, bodegas, cafés, casas comerciales, sino que al mismo tiempo se transformaron en sitios de hacinamiento donde familias de bajo poder adquisitivo, que poco a poco se fueron “tomando” la ciudad vieja, incrementaron los problemas de tugurización y marginación a medida que avanzaba el s. XX.

Fue de esta manera como en la primera mitad de dicho siglo se produjo una ubicación diferenciada de las diversas actividades y de los distintos sectores sociales.

1.2 Los actores

Desde fines del s. XIX la población de Quito creció aceleradamente. Si en 1894 la ciudad poseía 40.000 habitantes, al finalizar la primera mitad del s. XX en la ciudad vivían 209.932 habitantes. Esto significa que la población de la ciudad se multiplicó por 5 veces. Situación que como advierte Guillermo Bustos (1992: 174), contrasta claramente con el período anterior, esto es, la segunda mitad del s. XIX, en el cual la ciudad pasa de 27.900 habitantes en 1858 a los 40.000 habitantes de 1894. En este período la población ni siquiera se duplicó. Como es notorio, el ritmo de crecimiento de un período y otro difieren sustancialmente.

¿Cómo explicar este crecimiento vertiginoso? Según Jean Paul Deler

¹⁴ Jean Paul Deler, “Ciudades andinas: viejos y nuevos modelos” en: *Ciudades de los Andes*, Ciudad, IFEA, Quito, pp. 368.

(1987: 185), quien realizó un estudio minucioso sobre la población de las principales regiones y ciudades del país, el crecimiento demográfico de Quito en el primer tercio del s. XX se debería a la combinación de dos factores: la intensificación de la migración y los efectos de la baja de la mortalidad. Sin embargo por los datos aportados por Guillermo Bustos sabemos que en la primera mitad de la década de los 30 el promedio de vida en Quito era de 33 años, razón por la cual el 67% de la población de la ciudad era menor de 30 años¹⁵. Por esta razón, la caída de la mortalidad y por ende el crecimiento vegetativo no pueden considerarse factores fundamentales en la expansión demográfica de la ciudad.

Si por un lado las fuentes cuantitativas existentes -inclusive el primer censo realizado en el país en 1950- no permiten establecer la magnitud del aporte migratorio así como del crecimiento vegetativo¹⁶; en cambio, las fuentes cualitativas como los ensayos de corte sociológico, las crónicas y la literatura de la ciudad de la época, destacan la intensificación de las migraciones como nunca antes había sucedido en la historia de la ciudad. Asimismo informes técnicos del Cabildo como el mencionado plan de Odrizola, señalan claramente que el crecimiento poblacional de la ciudad se ha debido a la inmigración (Bustos, 1992: 171).

Quito en la primera mitad del s. XX fue percibida como escenario de realización del progreso y la modernización, tanto por los propios quiteños como por los forasteros.

La intelectualidad quiteña, en especial los literatos y los músicos difundieron la imagen de Quito como “carita de Dios”; estereotipo que circuló ampliamente en el país desde fines del s. XIX. De ahí que visitantes como el alemán Hans Meyer, quien llegó a Quito en el primer decenio del s. XX, comentaba que “la situación de Quito y su belleza es alabada con exceso en el Ecuador”¹⁷. Tanto sus características físicas, geográficas, históricas como humanas fueron presentadas como únicas por la literatura costumbrista de Alfonso García Muñoz o en las diferentes canciones populares: pasacalles y

¹⁵ Guillermo Bustos, “Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX”, en: *Quitumbe*, N° 7, Revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica, Quito, 1990, p. 106

¹⁶ Los aportes sobre la población migrante recién aparecen en el censo de 1962

albazos que, en las décadas de los 30 y los 40, compusieron los músicos populares de origen quiteño o provinciano. Dicha literatura y canciones hicieron énfasis en el hecho de que el cielo de Quito es el más azul, sus monumentos religiosos los más imponentes o sus mujeres las más hermosas, etc., etc.,¹⁷

Por todas estas razones, Quito se convirtió para los sectores populares y medios provincianos en emblema de progreso, comodidad y belleza. Ir a vivir en la capital significó por sí mismo ya un indicador de prosperidad y realización personal para la empobrecida población rural que carecía de las comodidades más elementales de la vida moderna. Fernando Chávez en un sugerente ensayo escrito en 1933 denominado “La familia entre los obreros urbanos del Ecuador” destacaba esta nueva significación que adquirieron Quito y Guayaquil en la mentalidad popular. Al respecto señalaba que estas dos ciudades eran “las metas del soñar de las gentes campesinas que las conciben como emporios de riqueza y fuente pródigas de honores y distinciones que el terruño propio no puede dar”, (Citado en Bustos, 1992: 172).

En el imaginario de campesinos, parroquianos y provincianos, la imagen de Quito como “carita de Dios” se consolidó. En estas circunstancias ir a Quito se convirtió en una idea fija, en una meta que persiguieron obstinadamente durante algunas generaciones un importante contingente poblacional del resto del país.

Pero, ¿es posible saber quiénes fueron y de dónde vinieron los migrantes? Como se señaló más arriba, las fuentes cuantitativas como los cálculos o censos de población de la ciudad de Quito realizados en el período no proporcionan esta información. Sin embargo, a más de las fuentes cualitativas aludidas (ensayos, crónicas y narraciones ficticias del período), investigaciones realizadas en los años 70 y 80 del s. XX sobre la situación en el agro serrano, nos entregan pistas importantes para ensayar una respuesta a dicha interrogación.

¹⁷ Hans Meyer, *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra incógnita, N° 3, Abya-Yala, Quito, p. 411.

¹⁸ Ver los pasacalles a Quito compilados por Jorge Nuñez en su obra , *El pasacalle himno de la patria chica*, Colección Arte y Pensamiento Latinoamericano, Sinab, Quito., 1998, así como el prólogo del libro de Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta Educación, Quito, 1937, pp. XVI.

Por los estudios realizados tanto por Arcos y Marchán ¹⁹ conocemos que en las 3 primeras décadas del presente siglo en el área del centro-norte, se inició una modernización significativa del sector hacendatario lo que supuso un importante desarrollo de las fuerzas productivas. Proceso estimulado por el consumo regional costeño que se abrió a la producción agropecuaria serrana. A partir de entonces, algunas de las haciendas cerealeras y ganaderas se reorganizaron, sobre todo aquéllas ubicadas en las zonas por donde pasaba el ferrocarril. Sin duda este medio de transporte constituyó un gran estímulo para la modernización, puesto que conectó a ciertas haciendas con el mercado costeño. El tren al atravesar sus predios, permitió el ahorro de las costosas inversiones en infraestructura, a la par que abarató los costos de transporte para su producción (Arcos y Marchán, 1978: 25). Debido a estas circunstancias, el sur de la hoya de Quito (Machachi) y el norte de Latacunga (Saquisilí y Guaytacama) se constituyeron en los focos de modernización agrícola más dinámicos de la sierra, con la organización de una economía lechera notable que incluía ciertos procesos de industrialización, como el de la leche en polvo en la hacienda Guaytacama que se inició en 1936-37. (Deler, 1987: 227).

Con las transformaciones económicas se sucedieron transformaciones sociales en las haciendas modernizadas. Ello significó la desaparición precoz de los contratos y obligaciones precarias, y la aparición alrededor de las haciendas modernizadas de una periferia de pequeñas explotaciones que constituyeron una zona de reserva de mano de obra asalariada para las haciendas (Deler, 1987: 227). Para los terratenientes fue ventajoso la conversión de los ex-conciertos y huasipungueros en trabajadores libres a través de su transformación en pequeños propietarios, ya que así lograron establecer una reserva permanente de trabajadores, puesto que los nuevos minifundistas al carecer de tierra suficiente para producir sus medios de vida, se vieron en la necesidad de enajenar su fuerza de trabajo (Arcos y Marchán

¹⁹

Carlos Arcos y Carlos Marchán, "Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana", en: Revista Ciencias Sociales, Volumen II, No. 5, Primer trimestre, Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, Quito, 1978 pp. 13-51; Carlos Arcos, "El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900", en: *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986 pp. 269-317.

1978: 24). De esta manera en los años 30 comenzó un período de subdivisión de haciendas que dio lugar a la aparición de una incipiente clase media rural cuya razón de ser fue el mercado, así como a la aparición de pequeños propietarios y asalariados agrícolas.

En la investigación realizada por Arcos y Marchán (1978: 22) en la zona de Guaytacama, salió a la luz el hecho de que el pago de salarios a los trabajadores más beneficios del Seguro Social y décimos sueldos, que introdujeron las haciendas modernizadas en la primera mitad del s. XX, generaron en la población campesina en general una serie de expectativas acerca de las “ventajas” del trabajo asalariado en sectores de la economía no relacionados con la agricultura (industria, servicios, etc.), impulsando la migración a ciudades como Quito o a la costa.

Al mismo tiempo, la minifundización que impulsaron dichas haciendas, no solo que creó la necesidad de enajenar fuerza de trabajo en las empresas agrícolas cercanas sino el de emigrar a las grandes ciudades, puesto que la reducida área de las parcelas, la falta de agua, el avanzado estado de erosión y las técnicas primitivas de labranzas, determinaron un bajísimo rendimiento, por lo que la producción no alcanzaba a satisfacer las necesidades de la familia campesina.

Asimismo ciertos requerimientos y medidas modernizantes de ciertas haciendas de los alrededores de Quito como mejoras de la irrigación, tal como se cuenta en la novela *En las calles* de Jorge Icaza, escrita en 1935²⁰, terminaron empobreciendo a comunidades indígenas y pueblos mestizos ubicados en sus contornos. Icaza narra el plan del hacendado del lugar de apropiarse del mayor caudal de agua del río del sector, cuyas aguas permitían a indios y mestizos llevar a cabo la explotación de sus propiedades agrícolas. Cuando el hacendado gana el juicio de aguas y logra captar el mayor caudal de las mismas, las poblaciones de indígenas y de cholos irremediabilmente se encaminan a la ruina económica sin tener otra opción que emigrar a la ciudad.

Por otra parte, Deler (1987: 245) considera que la crisis económica de los años 30 debió provocar un movimiento de migración hacia Quito. Pues, si bien la misma afectó de menor manera a los campesinos de la sierra que a los

²⁰ Jorge Icaza, *En las calles*, Editorial El Conejo, Quito, 1985.

de la costa, en provincias como Pichincha, en donde el asalariado agrícola había tenido algún desarrollo, la crisis se tradujo en desempleo rural, el cual estimuló un comportamiento migratorio.

Sin embargo no sólo la modernización de ciertas haciendas impulsó la migración; este fenómeno también aconteció en las haciendas que se habían quedado relegadas de dicho proceso, por estar alejadas de las vías que conectaban al mercado interno (ferrocarril y carreteras). Los hacendados de estas regiones para desarrollar sus fuerzas productivas tuvieron que recurrir al huasipungaje y la aparecería. Esto supuso un mayor número de exigencia de trabajo a los huasipungueros y el incremento de la parte de producción agrícola del aparcero que era apropiado por el terrateniente. En estas circunstancias se produjo una situación de extenuación en huasipungueros y aparceros quienes optaron por abandonar un buen número de haciendas y emigrar a la costa o a las ciudades de la sierra como Quito en donde era posible o se pensaba encontrar mejores condiciones económicas (Arcos y Marchán ,1978, 34).

Toda esta información proporciona indicios que llevan a pensar en la posibilidad de que las provincias serranas colindantes con Pichincha y las zonas rurales aledañas Quito se hayan convertido en expulsoras de población campesina. De ahí que el informe del cónsul británico de Quito correspondiente a 1935 señala que: “Los agricultores están continuamente quejándose de la insuficiencia de la mano de obra y ciertas haciendas están obligadas a traer trabajadores de zonas distantes con considerables gastos y problemas, por lo menos para prestar ayuda en los tiempos de cosecha”²¹.

En conclusión se puede señalar que muy probablemente las olas de inmigrantes que se dirigieron a Quito en la primera mitad del s. XX procedían fundamentalmente del campo y pequeños pueblos de la sierra pertenecientes tanto a la provincias de Pichincha, Cotopaxi e Imbabura. Se trataba de campesinos de condición indígena y mestiza, llamados por la literatura de la época “longos”, “cholos” y “chagras”.

Dichos lugares de procedencia pueden ser ratificados por el censo nacional

²¹ Citado en: Juan Maiguashca “Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo”, en: *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1991, p. 83

realizado por la Caja de Pensiones el 30 de abril de 1935 para recabar información sobre los empleados fiscales, municipales y bancarios. Dicho censo establece para Quito el más alto índice de población migrante que ocupaba cargos fiscales. Estos migrantes provenían principalmente de Latacunga, Ibarra y Ambato²². Posteriormente el primer censo de población del país que incorporó datos sobre las migraciones realizado en 1962, evidencia que la mayoría de migrantes a la ciudad de Quito proceden en primer lugar de Cotopaxi y en segundo lugar de Imbabura, tendencia que se mantiene hasta el censo de 1982²³. Todo esto permite deducir que se trata de una corriente migratoria con profundidad histórica y con cierta constancia en un período que debió empezar en la primeras décadas del s. XX y continuó hasta finales del mismo.

En fin, los procesos de modernización de la hacienda, como el anquilosamiento de otras unidades productivas, fueron al parecer los principales responsables de las olas migratorias hacia Quito. Proceso al que coadyuvaban medidas como la erradicación del concertaje y el mejoramiento de las vías de comunicación en los Andes centrales, sean carrozables o el propio ferrocarril, que permitieron un fácil acceso desde la provincia de Chimborazo al sur, o desde Ibarra al norte, a la capital del país.

Las oleadas de migrantes que arribaron a Quito deseosas de mejorar sus condiciones de vida, buscaron incorporarse a la administración pública que generó grandes expectativas en los migrantes, al extremo de ser considerada el “dorado” de la “peregrinación humana del campo” según señalaba J. L. González en su ensayo “Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador”, escrito en 1936 (cit. en Bustos, 1992: 172). Asimismo la incipiente industria que se desarrolló en la ciudad, fundamentalmente la industria alimenticia y textil, sobre todo esta última, la cual sólo en 1920 creó más de un millar de empleos (Deler 1987: 185), así como el sector de servicios, los comercios y la banca, debieron estimular el éxodo desde el campo y los pequeños pueblos de la sierra a Quito.

²² Citado en: Cecilia Durán, *Irrupción del sector burócrata en el estado ecuatoriano: 1925-1944*, Corporación Española, PUCE, Abya-Yala, Quito, 2.000.

²³ Para 1962, la primera provincia de procedencia de migrantes a Quito es Cotopaxi con 23. 275, seguida por Imbabura con 19.340. Para 1970 los datos son Cotopaxi, 35.250; Imbabura, 30. 182. Para 1982 los datos son Cotopaxi: 51.301 e Imbabura, 44.152. CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO/UNFPA. *Población y cambios sociales*.

Por esta razón, ya en 1936 los empleados a sueldo fijo de Quito -públicos y privados- pasaron a constituir el grupo económico activo más numeroso, ya que alcanzaron la cifra de 8.918 equivalente al 25% de todo el conjunto, sobrepasando a los trabajadores autónomos, los que sumaban a 8.133 individuos (23,5%) y a los sirvientes que llegaban a 7.464 (21%)²⁴.

Sin embargo los migrantes que llegaron fueron más de los requeridos por la economía urbana. Por tanto, muchos de ellos no lograron insertarse de manera funcional en el aparato productivo ni integrarse espacialmente en las ciudades. Incluso para quienes accedieron a un empleo, su proceso de inserción y adaptación a la ciudad no fue fácil. Este estuvo lleno de vicisitudes y conflictos debido a la fuerte permanencia de patrones de discriminación y segregación, que volvieron dramática la movilidad social, intensificando y diversificando las estrategias de transgresión y los problemas de marginación. Todo esto desencadenó nuevas problemáticas en la ciudad, tanto de carácter urbano, económico, social, político, cultural, étnico y racial; problemáticas en la que terminaron involucrados todos los moradores de la misma, sean oriundos o forasteros; pobres o ricos; indios, mestizos o blancos.

Al mismo tiempo, en el Quito de la primera mitad del s. XX se sucedió la descomposición y readecuación de los viejos actores urbanos y el surgimiento de nuevos actores colectivos (emergentes). Los viejos habitantes de Quito que incluían a grupos como gente que reivindicaba orígenes nobiliarios, letrados, clérigos, oficiales y soldados rasos, mercaderes, una incipiente burocracia, artesanos, sirvientes e indios de comunidad encargados de realizar servicios y trabajos públicos; todos ellos se vieron obligados a reajustarse al nuevo marco social, en el que empezó a predominar un nuevo tipo de relaciones sociales, diferentes a las que estaban acostumbrados: vínculos personales, directos, dentro de un trato permanente y patriarcal.

Las nuevas relaciones provocaron cambios significativos en las formas ideológicas y de la conciencia de la sociedad local, pero sobre todo dieron lugar a la constitución de una nueva estructura urbana de clases conformada por nuevos

Diagnóstico Sociodemográfico del Ecuador, Unfpa, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989, pp. 149-154

²⁴ A. López, C. Donoso, P.A., Suárez, "Estudio numérico y económico-social de la población de Quito", *Boletín del Departamento Médico-Social*, Quito, Instituto Nacional de Previsión 1937, p. 10.

actores urbanos: proletariado, subproletariados, capas medias, burguesía, etc. los mismos que dieron impulso a una creciente conflictividad social y cultural promovida por la lucha de clases, la migración y el choque étnico (Bustos 1991: 165). De esta manera, en el Quito de la primera mitad del s. XX el proceso de conflictividad no se redujo al enfrentamiento social, entre los de arriba y los de abajo, entre capitalistas y proletarios o entre la oligarquía (clases propietarias) y el pueblo, ese colectivo o identidad social incluyente que “logra nuclear o expresar las demandas de diversos sujetos: consumidores, usuarios, desocupados, pobres, trabajadores en general” (Bustos, *ibíd.*, 130). Entre los quiteños de nacimiento y los forasteros estalló también un conflicto de tipo étnico-cultural que actualizó el racismo en la ciudad.

En este sentido, tanto el conflicto clasista como el étnico-cultural fueron manifestaciones de la tortuosa inserción de los migrantes en el escenario urbano del Quito de la primera mitad del s. XX y de la adaptación de los viejos actores de la ciudad a las nuevas condiciones históricas. Dichos conflictos condicionaron al mismo tiempo una serie de cambios en las adscripciones sociorraciales y de mutaciones étnico-culturales que protagonizaron tanto los recién llegados como los antiguos pobladores de la ciudad y que afectó su anterior situación y posición socio-étnica.

CAP. II

EL VOCABULARIO DE ADSCRIPCIONES Y LOS ESTATUS ÉTNICOS DE LA ÉPOCA

El arribo permanente y cada vez más numeroso de oleadas de migrantes interioranos a la ciudad de Quito, en la primera mitad del s. XX, no solo incentivó el enfrentamiento clasista sino que, al dinamizar los procesos de aculturación y movilidad social, actualizaron el choque étnico-racial y dieron lugar a un conflicto sociocultural entre la sociedad receptora y los recién llegados.

De esta manera, el conflicto entre los sectores dominantes y subalternos adquirió, a más de un evidente carácter socioeconómico, una dimensión racial y cultural. Sin embargo, la oposición entre la sociedad receptora y los migrantes no fue un fenómeno que se expresó solo a nivel vertical sino también de manera horizontal, esto es, entre los mismos sectores subalternos que habitan la ciudad.

Dicho enfrentamiento, no obstante se hizo plenamente manifiesto en los vocablos que impuso de manera unilateral la sociedad receptora a los recién llegados, con un propósito estigmatizante, en el sentido de marcar y encapsular territorial, social, económica y simbólicamente a los aludidos¹. Fue el caso de los términos: “longo”, “cholo” y “chagra”. No obstante, con el transcurrir del s. XX, estos vocablos fueron perdiendo su carga estigmatizante para ser usados por la mayoría de los pobladores como moneda corriente. Al mismo tiempo la sociedad receptora supo crear y recreó otros apelativos de autodenominación que buscaron destacar su distinción frente a los migrantes; fue el caso de los términos “gente decente” y “chulla quiteño”. Unos y otros términos configuraron una taxonomía que, si en un principio se basa fundamentalmente en criterios raciales, poco a poco fue incorporando criterios socioeconómicos, socioculturales y de lugar natal para clasificar a los pobladores de la ciudad, como lo evidenciaremos a continuación.

En consecuencia, el presente capítulo está orientado a comprender la realidad que entrañan dichos vocablos, su génesis y uso. Con este propósito intentaremos responder a la interrogación: ¿cómo los términos “longo”, “cholo”, “chagra”, “chulla” y “gente decente” se convirtieron en categorías socio-raciales

¹ Joan José Pujadas, *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*, Eudema Antropolología, Horizontes, Madrid, 1993, p. 8.

por medio del uso específico que de ellos se hizo en el contexto histórico específico de la primera mitad del s. XX?

2.1 La “gente decente”, los “cholos” y los “longos”.

No cabe duda que los sectores dominantes de origen aristocrático, los sectores medios y populares no indígenas quiteños, percibieron la migración de indios y mestizos de origen rural y pueblerino como un proceso de oposición étnicocultural, en la medida que dicho proceso fue percibido como un avance del indio y de su mundo, rural e incivilizado en la urbe quiteña. Para dichos actores se trataba de una especie de contaminación.

La escala de valores prevaleciente en el espacio urbano ubicó por tanto a los migrantes en un nivel de inferioridad o atraso².

¿Cómo podría explicarse esta visión? Al parecer está estrechamente vinculada con lo que Carlos Arcos³ ha llamado “la construcción del indio como un arquetipo negativo”, fenómeno que surgió como parte del proceso de modernización agraria en la sierra a fines del s. XIX e inicios del s. XX. En efecto, la apología del progreso técnico y su práctica llevada a cabo por los hacendados modernizantes fue concomitante con la determinación de hacer del indio un sinónimo de perversión y estupidez; de vagancia y estulticia, a quien por tanto debía transformárselo a la medida de las necesidades de la modernidad. El indio fue presentado como borracho, ignorante, incapaz, vicioso y mal trabajador. Frente al indio, los hacendados modernizantes de la sierra se mostraban como civilizados y civilizadores; portadores del progreso, la técnica y la cultural.

De esta manera, la modernidad coincidió con una intensificación del racismo. El indio fue percibido por esta corriente modernizadora como raza proscrita de la civilización, lastre en la construcción nacional, obstáculo para la modernidad y el progreso. Por esta razón, Carlos Arcos (1986: 306) sostiene

² Guillermo Bustos, "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. 1992, p. 184.

³ Carlos Arcos, "El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900", en: *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986 pp. 273-274.

que la formación de la nación, para dichos sectores dominantes, pasaba por la necesaria destrucción del indio, pero del indio real y coetáneo porque el indio arqueológico y aristocrático ya había sido incorporado al mundo simbólico de la nación. Solo a partir de la negación del primero, la nación podía constituirse como tal. Arcos recalca: “Liberales y conservadores, hacendados y banqueros, curas y abogados, construyeron un arquetipo negativo del indio para fundar la validez de su propia cultura; lo que los indios eran, no podía ser base de esa cultura civilizada, moderna, occidental y cristiana” . El indio y su mundo se constituyeron así en antítesis de lo que se entendía por civilizado. “Lo civilizado” resultó el parámetro básico de la sociedad nacional, transgredirlo fue por tanto actuar como un despreciable indio. El racismo pasó a ser así un elemento normativo de primera importancia.

A partir de entonces esta particular visión ideológica acerca del indio se arraigó en la sociedad urbana en general. Desde los hacendados y los políticos se difundió y esparció al resto de grupos sociales de origen urbano, en quienes adquirió la dimensión de un racismo práctico expresado en el lenguaje y en actitudes cotidianas. Baste recordar que en la época del presidente Ayora - también llamado “indio” al igual que Alfaro- se denominó a la nueva moneda de valor de 100 centavos “ayora” porque era medio prieto y feo, mientras a la nueva moneda de 50 centavos se le llamó “laurita” -el nombre de la esposa del presidente Ayora- porque era de plata, blanquita y muy simpática⁴.

El norteamericano Albert Franklin, quien visitó el país en la década de los treinta, en su descripción acerca de la población de Quito, destacaba:

“El Quito de la *gente decente* es una ciudad... Esta gente usa zapatos y corbata. Un miembro de la familia tiene un empleo público... El Quito de la *gente decente* quisiera separarse del otro Quito. Se burla y habla con aire de superioridad de lo anticuado y la simplicidad del Quito del pueblo... La gente decente forma un grupo fácil de definir. La manera mejor y más justa de hacerlo, es decir que el grupo se compone de todos los individuos que acostumbran a manifestar de tiempo en tiempo “la gente decente no hace eso” o “Después de todo, somos gente decente”. Esta gente está muy bien definida, aunque no con respecto a su posición en la sociedad, porque se la encuentra en todas partes, excepto en los lugares más bajos de la escala social... El principal criterio que guía el gusto de la “gente decente”, es si un artículo, gesto o

⁴ Jaime Vega Salas, *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)* , Gráficas Ortega, Quito, 1996, p. 69.

costumbre dado es o no ecuatoriano... Para esta gente, la música ecuatoriana es un recuerdo de pobreza y, además, es ecuatoriana... Solo es bueno el “jazz americano” y esto siempre que el control del volumen esté tan alto que la música pierda toda sutileza, humor o pathos. Es práctica común entre la “gente decente”, conducir al visitante a la sala hacerlo aguardar allí. Se espera que utilice sus ojos y vea las importantes estatuas de mármol, la espesa alfombra, las fotografías de Rafael y Lucía en París; se sabe que son de París por el Arco del Triunfo y la inscripción: *Pour Maman, de París*. Una bandera colocada en la pared dice: ‘Feria Mundial de Nueva York, 1939...’⁵

La llamada “gente decente”, por tanto, estaba integrada por los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores medios ascendentes. Este conglomerado social se asumía sin contaminación de lo indio (Bustos, 1992: 182) y portaba un claro signo modernizante y norteamericanizante. Lo “decente” por tanto estaba relacionado a ciertas actitudes, características, comportamientos culturales y morales que se creían eran inherentes a las características física y genéticas no indígenas. Posteriormente a mediados del s. XX fueron conocidos en el medio urbano como “la gente bien” o “lo mejorcito de la ciudad”⁶.

En este sentido, esta colectividad autocalificada como “gente decente” se afirmó como tal en oposición y frente a los migrantes.

Ante el arribo incesante de interioranos, muchos de los cuales portaban grandes expectativas que alimentaron e incentivaron la conflictividad social, y, ante la intensificación de las formas de agregación social de los subalternos, los sectores dominantes capitalinos vieron amenazada su permanencia como grupo al temer perder su posición de privilegio en la que estaban cómodamente instalados. En esta situación buscaron reagruparse tomando medidas de distanciamiento social. Esta actitud de recelo y resquemor se expresó en la constitución de espacios de habitabilidad exclusivos (clubes y residencias); al mismo tiempo que, sirviéndose del Municipio llevaron adelante toda una política de segregación residencial, es decir el establecimiento de espacios particulares de uso y ocupación para cada estrato de la jerarquía social. De esta forma surgieron los barrios residenciales al norte de la ciudad vieja y los

⁵ Albert Franklin, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945, p. 127

⁶ Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores* (1958), Editorial El Conejo, Oveja Negra, Quito, 1986, pp. 11, 22.

barrios populares al sur de la misma.

En este contexto, los migrantes que arribaron a Quito fueron denominados en la época con los términos de “cholerío” y “longocracia” por la sociedad receptora, como lo evidencia la literatura icaciana y la literatura costumbrista de la época. De esta manera la presencia de inmigrantes indios y mestizos de origen rural y pueblerino que accedieron a formas particulares de vida urbana, dieron como resultado la revitalización de la figura del llamado “cholo” y del “longo”.

¿Pero de dónde procede dichos términos? Las primeras evidencias del uso de la palabra “cholo” provienen de finales del s. XVI, siendo utilizada por los escritores cultos del Perú: Garcilaso y Guamán Poma⁷. El primero escribía: “al hijo de negro y de india o de indio y de negra, dicen mulato y mulata. A los hijos de éstos llaman *cholo*, es vocablo de las islas Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones; y los españoles usan del por infamia y vituperio”.

Guamán Poma en su crónica utilizó constantemente la palabra “cholo” y “chola” para denominar a los hijos de mujeres indígenas y negros o españoles:

“cómo las dichas mujeres andan... cómo las justicias mayores y Padres de las confesiones y de la doctrina, encomenderos y todos sus hijos y hermanos españoles y sus negros están amancebados con las indias y así salen muy muchos *mesticillos cholos y cholas* mala casta, aprenden de ellos las dichas indias...”.

En tercer lugar, la palabra *cholo* aparece en el *Vocabulario* aymará de Bertonio. Allí consta el termino “chhulu” por decir mestizo. Palabra que se usa junto con *anocara*, es decir: *chhulu anocara* para designar “al perro mestizo de una mastinazo y perrillo”. Lo que confirma la noticia de Garcilaso. Por tanto, se puede deducir que la voz “cholo” de origen no-andino fue incorporada y asimilada por el mundo andino a finales del s. XVI (Varallanos, 1962: 21).

El origen del término sería entonces antillano o centroamericano. Pues según el antropólogo cubano Fernando Ortiz, “chulo” habría sido “perro” entre los indios de Nicaragua; palabra que aún sigue utilizándose en Cuba, sobre todo en diminutivo para significar “perrito”. No obstante el mismo Ortiz proporciona otra pista acerca de su origen. El término podría tener también un

⁷ Citados por José Varallanos: *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires, 1962, p. 21.

origen africano, si se deriva de la palabra: “xulo” o “sulo” que los negros mandingas utilizaban para designar a los perros. En la plaza de toros de Sevilla a los perros que ayudaban al encierro de los toros, los negros matarifes solían llamarlos “chulos”; de ahí que a los mozos del matadero y de la plaza fueran llamados *chulos*. Por último el mismo Ortiz baraja otra posibilidad, el término podría también provenir de chololán hoy Cholula (México) (Citado en Varallanos, 1962: 26 27, 28).

Sea cual fuese su origen no cabe duda que el término connotaba claramente un sentido de insulto y desprecio. En efecto, la palabra “cholo” fue utilizada desde inicios de la colonia como sinónimo de perro para llamar a los hijos de españoles en mujeres indígenas. Estos fueron tenidos a menos diciéndoles perros o cholos, indistintamente.

A inicios de la colonia fue muy común que los españoles llamen perros a los indios al punto que en el Capítulo XXI de las “Ordenanzas para Corregidores” dictada por el Virrey García Hurtado de Mendoza se señala: “Primeramente tengan particular atención al buen tratamiento de los caciques y demás indios, así en palabras como en obras, procurando castigar con ejemplo y no llamándoles perros ni otros nombres con que los afrentan”. Las palabras cholo y perro fueron por tanto sinónimos y, según Varallanos (Ibíd., 28), se unieron para formar un solo término despectivo en el Perú colonial: “perricholo”.

Al avanzar la colonia, en el mundo andino, el término “cholo” se usó para definir a un tipo de mestizaje racial específico. En efecto a mediados del s. XVIII en las llamadas clasificaciones pigmentocráticas, el término se utilizó para llamar al hijo de mestizo e india. Así por ej. la “Tabla de las clases generaciones de Lima” incluida en el *Compendio Histórico, Geográfico... del Perú* de don Gregorio de Cangas se lee: “De español e india, resulta mestizo real; de mestizo real e india resulta cholo; de cholo e indio, mestizo común (Varallanos, ibíd., 29). Sin embargo, al incrementarse la mezcla racial, el establecimiento de las llamadas “castas” raciales se fue haciendo imposible, por lo que el término se usó en el s. XIX en los Andes para designar al mestizo en general. Con este sentido lo utilizó Villavicencio en 1858 en su obra *Geografía de la República del Ecuador*. Este autor lo conceptúa como el designativo de una “sub-raza” ecuatoriana. Dice:

las razas principales que hay en el Ecuador son, la caucásica o europea,

la negra o africana, y la americana, cuyos caracteres distintivos no nos detendremos a describir porque son muy conocidos. De la mezcla de las tres razas nacen otras sub-razas que se distinguen con los nombres de *mulatos*, *zambos*, *mestizos* o *cholos*: los primeros nacen de la unión de negro e indio, los segundos de negro y blanco; y los terceros de blanco e indio⁸.

En la primera mitad del s. XX y en el escenario quiteño, como se ha señalado el término “cholo”, se revitalizó con la presencia y el arribo permanente de los migrantes interioranos. Su uso se volvió entonces frecuente en la vida cotidiana; si bien el término adquirió otras connotaciones a más del propiamente racial, éste último sentido se consolidó.

El término “cholo” fue usado por los viajeros extranjeros de la época como sinónimo de mestizo. Al inicio del s. XX, en 1907, el alpinista alemán Hans Meyer⁹, junto a los “peones indios de poncho y sombreros grises de fieltro” y los “muchos blancos de paletot y bastón” que encuentra en las calles de Quito, señalaba a los “cholos mestizos”. Más tarde la turista norteamericana Blair Niles¹⁰, a inicios de los 20, destacaba: “El cholo a nuestro modo de ver, reúne y compendia en sí las buenas ejecutorias y ventajas de las dos razas: de sus antecesores los indios y de sus conquistadores los españoles”.

Sin embargo el término “cholo” para los quiteños de la primera mitad del s. XX tenía una acepción racial más específica; servía para denominar a los mestizos de rasgos indígenas. En la literatura icaciana de los años treinta y cuarenta se usa la palabra “cholo” preferentemente para llamar a ciertos personajes cuyas facciones (“bigotes ralos de chino”; “ojos negros y rasgados a lo mongólico”) y color de la piel (“color de cholo de tierra fría”) evidencian un fenotipo indio¹¹. Esta significación particular que adquiere dicho término en Quito difiere de la connotación racial que al parecer tuvo en otras ciudades de la sierra. Así por ejemplo Hernán Ibarra en una investigación sobre los trabajadores de la ciudad de Ambato, descubrió que a inicios del s. XX, se usó la palabra para designar a artesanos y trabajadores mestizos de rasgos

⁸ Citado en: Paulo de Carvalho-Neto, *Diccionario del folklore Ecuatoriano*, Editorial de la Casa de la Cultura, Quito, 1964, p. 178

⁹ Hans Meyer *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito, 1993, p. 410

¹⁰ Blair Niles, *Correrías casuales en el Ecuador*, en Colección Tierra Incógnita, vol. 18, Ediciones Abya-Yala, Quito, 1995, p.104.

blancos¹².

A esta connotación racial del término “cholo” se unió otra de carácter socioeconómico. En efecto el término designaba en el Quito de la primera mitad del s. XX a los mestizos pobres y a los sujetos de origen plebeyo que súbitamente habían alcanzado una alta posición económica.

Los testimonios recogidos por los viajeros extranjeros como en el caso de Whyper, indican que la palabra “cholos” ya desde el siglo XIX se usó para llamar a los soldados de tropa (Citado en: Carvalho-Neto, 1964: 175-178). En la literatura icaciana igualmente se utiliza la palabra “cholo” para llamar indistintamente a policías y soldados. Así, por ejemplo, en una escena de la novela *En las calles*, aparecida en 1935¹³, cuando unos huelguistas junto con sus familias intentan tomarse las instalaciones de la fábrica en la que trabajan, al ser desalojados violentamente por los soldados y policías, los manifestantes les gritan “¡Cholos mismo son! - ¡Pobres mismo son!”.

En efecto, como señala Espinosa Tamayo, en la segunda década del s. XX: “Los grados inferiores de esta clase [militar], están formados en su mayor parte, por improvisados, que salen por regla general, de los artesanos mal avenidos con su ocupación, de los campesinos que cambian el instrumento de labranza por el fusil”¹⁴.

Según la literatura icaciana, en la jerga de la aristocracia criolla y los sectores medios, la palabra “cholo”, venía a ser sinónimo también, de trabajador manual (zapateros, carpinteros, sastres, etc.) y de vendedoras del mercado: “chola follonuda”¹⁵. De igual manera en la literatura costumbrista¹⁶ y en relatos de viajeros como el de Albert Franklin (1945: 82), se llaman cholos a los obreros, pequeños comerciantes (fonderas, cantineras, guaraperas), pequeños artesanos, camareros y sirvientes domésticos. De ahí que Angel Modesto Paredes, en un ensayo de fines de la década de los 40, considera que

¹¹ Ver las novelas de Jorge Icaza, *En las calles*, Editorial El Conejo, 1985, pp. 17, 55; y *Cholos*, Colección Antares, Libresa, 1990, p. 105.

¹² Hernán Ibarra, *Indios y cholos, orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 suyos, editorial El Conejo, Quito, 1992a, p. 105.

¹³ Jorge Icaza, *En las calles*, Editorial El Conejo, Quito, 1985, p. 148.

¹⁴ Alfredo Espinosa Tamayo, *Psicología y sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano. BCE. CEN, Quito, 1979, p.208.

¹⁵ Jorge Icaza, *Cholos*, Colección Antares, Libresa, Quito, p. 155.

¹⁶ Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta de Educación, Quito, 1937, p. 232.

la clase mestiza inferior está constituida por todos aquellos que se dedican al trabajo manual, del taller o de la fábrica, es decir, a artesanos, obreros y otros asalariados, pequeños comerciantes de víveres y dueños de humildes fonduchas. Este sector constituiría -para dicho escritor- la denominada “clase popular”¹⁷.

Por otro lado en la literatura icaciana se llama *cholos* también a ciertos individuos que de origen plebeyo han alcanzado un estatus socioeconómico alto de forma rápida, a través del comercio o de mecanismos no del todo legales como la usura. Al individuo que ha pasado por esta experiencia se le sigue llamando “cholo” y más específicamente se le denomina “cholo descreído” equivalente al termino “cholo alzado” utilizado hasta la actualidad. Así por ejemplo en la novelas *En las calles* (1985: 30) se narra la historia de un cholo pequeño comerciante quien, a través del comercio y luego la exportación de sombreros de paja y toquilla, se convierte en burgués prospero. En la novela *Cholos* (1990: 141) en cambio, se cuenta la historia de un cholo “chulquero”¹⁸ que se adueña de una gran hacienda ante la incapacidad de pago de la deuda que tiene su antiguo dueño. En estos casos Icaza pone en boca de ciertos personajes la expresión: “cholerío aristocratizante y latifundista” o habla del “cholerío pomposo por adinerado”

En definitiva, como ya advertía Agustín Cueva¹⁹, a partir del análisis de la obra icaciana, el ascenso social del cholo en la primera mitad el s. XX solo fue posible a través de tres vías: la educación con miras a la obtención de una profesión liberal, el comercio y formas ilegales y antiéticas como la usura, el contrabando y el arribismo. No obstante, la primera de ellas conllevó un proceso más lento o pausado que las dos últimas.

De todas maneras una característica importante de los cholos en el Quito de la primera mitad del s. XX, fue su posición expectante ante la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida. De ahí que el mismo Agustín Cueva señale

¹⁷ Angel Modesto Paredes, *Pensamiento Sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol., 6, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito, p. 345.

¹⁸ Palabra que proviene de la palabra quichua “cullqui” dinero, es el prestamista o usurero que presta dinero a altos intereses y exige una prenda equivalente al monto acreditado.

¹⁹ Agustín Cueva, *Lecturas y rupturas*, Colección País de la Mitad, Editorial Planeta, Quito. 1986, pp. 96-97

que en las novelas de Icaza cuando el “cholo” no se presenta como lobo del indio, aparece como embrión de las capas medias, especie de sala de espera en la movilidad social.

En todas las connotaciones mencionadas, está implícito el sentido más importante del término “cholo”: la alusión clara a una situación de mutación étnica particular. En efecto la palabra “cholo” en las primeras décadas del s. XX se usa para referirse al indígena que habiendo inmigrado a la ciudad, se transforma culturalmente en mestizo. A ello se refiere el escritor Alejandro Montes de Oca en un artículo llamado "Causas del desastre de la agricultura" que aparece en el diario *El Día* en 1923, en los siguientes términos:

... el indio trabaja para sí y no para otros; sus hijos hacen lo mismo; y en vez de arrendar sus servicios personales en las haciendas, emigran a las ciudades; los hombres, a trabajar con mejores salarios en las obras fabriles y las mujeres a prestar sus servicios saboreando las comodidades de vida urbana y las dulzuras de la ociosidad y el alcoholismo, supremo ideal del indio, jamás vuelven a los campos. Es este, ordinariamente, el período de metamorfosis en que el indio se convierte en mestizo y como mestizo pasa a la categoría de cholo²⁰.

Este proceso de desindianización propio del mundo andino fue llamado por el Plan Nacional de Desarrollo del Sur del Perú y del Seminario Peruano de Antropología de 1959 como “cholificación”²¹, mientras en el Ecuador y en la obra icaciana en particular se lo denomina “acholamiento ciudadano”. Se trata de un proceso por el cual uno o más individuos se desprenden de la masa del campesinado indígena, cruzan la frontera de separación étnica entre indios y no-indios y se convierten en mestizos. Sin duda dicho proceso implica la pérdida de las señas externas de identificación indígena: indumentaria, idioma y en algunos casos antroponimia (nombres y apellidos); de ahí que hablemos de desindianización.

En la novela *En las calles*, Icaza describe este fenómeno con intenso dramatismo. Refiriéndose a Ricardo Quishpe y Lucas Guamán, dos indios ex-huasipungueros que habiendo fugado de la hacienda empiezan a trabajar en la

²⁰ Diario *El Día*, 8-XI-1923, Quito.

²¹ Citado en la obra de Aníbal Quijano, *Dominación y cultura/Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Mosca Azul Editores, Lima, 1980, p. 63.

ciudad señala:

Y ambos, sin darse cuenta se transformaban -indumentaria, costumbres, voz, olor, sentimientos- adaptándose poco a poco a la vida y al trabajo ciudadanos. Aquel tono peculiar -marca de latifundio- como de humildad resentida que les caracterizaba se había endurecido en taimado cinismo. Y el poncho, y la cotona, y el calzón de liencillo, y las hoshotas, envejecían y se remendaban en la esperanza siempre aplazada de un vestido de casinete, de una gorra a lo gringo -maquinistas, mecánicos y gerentes de ferrocarril- y de unos zapatos de becerro. (1985: 89).

En la obra icaciana, y particularmente en la novela *Cholos*, esta mutación se ve facilitada cuando los protagonistas tienen rasgos físicos no del todo identificados como indios. Era el caso de los hijos que los propios patrones blancos engendraban en las servicias o huasicamas indias, a quienes se llamaba popularmente “medio blanquitos”.

El proceso de cholificación o acholamiento fue, por tanto, un fenómeno básicamente urbano. De ahí que Espinosa Tamayo (1979: 204) señala que: “la clase mestiza, lo que hoy llamamos cholos... constituyen en su mayor parte, el pueblo de las ciudades”.

El proceso de desindianización no concluía con la conversión en cholos, muchos de los llamados cholos a su vez se transformaron en “señores”, término que en la época -como lo evidencia la literatura icaciana y costumbrista de García Muñoz-, se asoció a una situación socioeconómica propia de los estratos medios y altos, así como de un modo de vida definido en términos étnico-culturales de blanco-citadino. En este sentido podemos llamar “señorización” al proceso por el cual los cholos adquirieron el estatuto de “blanco”.

Por su parte, el uso de la palabra “mestizo” no fue muy frecuente en la vida cotidiana de la primera mitad del s. XX. Considerada palabra “culto”, el término “mestizo” empezó a utilizarse solamente a finales de dicho período para designar a los estratos no indígenas que ostentaba una situación económica cómoda, definida por un aceptable poder adquisitivo²².

Los procesos de movilidad socioétnica mencionados solo en ciertos casos iban acompañados de procesos de mezcla racial pero ésta no siempre fue

²² Nota del editor en la novela de Icaza, *Cholos*, 1990, p. 65.

posible. Por esta razón ciertos cholos que accedían a los estratos medios no escatimaron en acudir a cualquier recurso disponible para no sufrir una regresión social. Se trataba, por tanto, como señala Serafín Oquendo, el cholo protagonista de la novela de Icaza *Media vida deslumbrados* aparecida en 1942 de: "luchar porque nu'asome el indio. No dejarle salir a la cara, a la voz, a los ojos, a la ropa, a la tierra en la cual uno vive, a todo mismo. Shevarle como un pecado mortal en las entrañas" (Citado en Cueva, 1986: 96-97). De esta manera, la principal preocupación de los ex-cholos fue disimular los rasgos indígenas como sucede en el caso de uno de los protagonistas de la novela de Icaza *Cholos*, personaje que, al oír decir en la capital que "Sólo los indios y los cholos tienen bigotes ralos de chino" se los hace afeitarse (Icaza, 1990: 105). Otras veces en cambio, para marcar una distancia con el mundo que habían dejado atrás, se veían en la necesidad de modificar los apellidos anteponiendo el prefijo "de" ²³ o incorporando la palabra "y" entre los apellidos como en el caso de Evaristo Corral y Chancleta o de el Chulla Romero y Flores, con el propósito de aparentar un origen noble.

Todo lo cual demuestra que el estatuto de cholo fue asumido como una posición vergonzosa en el Quito de la primera mitad del s. XX, puesto que, de acuerdo a los valores prevalecientes en la época, el mestizaje que implicaba lo cholo se percibía como una mancha, por su posición fronteriza, esto es, cercana al estatuto de indio.

Es por esta razón que no se encuentran ejemplos de apropiación del término "cholo" por los propios aludidos, para usarlo como autocalificativo grupal. Solo de manera excepcional y en casos muy aislados aparece en la literatura icaciana, referidos sobre todo a ciertos cholos en el ámbito rural, o en el caso de otros escenarios urbanos, como en el caso de la ciudad de Ambato, en donde Hernán Ibarra (1992: 34) encontró en algunas proclamas de grupos socialistas como la Asociación Revolucionaria Ideológica Ambateña, cuyos líderes pertenecían a las capas medias, una reivindicación de la palabra *cholo* usada en oposición a aristocracia.

Esto se explica sin duda por la notoria carga peyorativa y despreciativa que entrañaba la palabra "cholo". Situación que no se supera en tiempos posteriores.

²³ Cecilia Durán, *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*, Cooperación Española, Abya-Yala, PUCE, Quito, 2000, p. 30.

De ahí que la investigación realizada por Stutzman (1993: 57) en las décadas de los 70 y 80 en la sierra norte, descubrió que son muy pocas las personas que se autocalifican como "cholos", siendo más común en éstos una resistencia a autocalificarse de esta manera. Por lo general, los llamados "cholos" se mostraban indecisos cuando se les presiona a autocalificarse²⁴.

Sin embargo en Quito, a partir de la década de los 30, el término "cholo" fue utilizado a nivel individual en los estratos sociales no calificados como tales, esto es, por aquellos individuos considerados "quiteños de pura cepa" pertenecientes a las capas medias. Estos lo usaron para llamarse unos a otros, entre amigos y en el trato familiar. El término "cholo" adquirió así una carga afectiva. De esta manera, en el saludo entre los quiteños de entonces, fue muy frecuente escuchar expresiones como éstas:

" - ¡Hola, mi cholo lindo! ¿Que tal, cómo estas, cómo has pasado?

- Muy bien cholo querido..."²⁵

Otras veces y con este mismo sentido se usó en su forma diminutiva: "cholito". Solo en estas circunstancias el término "cholo" superó su carga peyorativa, siendo tolerado como apelativo, al mismo tiempo que hacía evidente la amplia popularidad del término en la época.

Junto con la expresión "cholo" en el Quito de la primera mitad del s. XX reapareció otro término que la sociedad receptora utilizó para denominar a ciertos segmentos de la población migrante. Nos referimos a la palabra "longo".

La génesis y etimología de este término no ha sido estudiada con el detenimiento y profundidad que el vocablo "cholo", debido entre otras circunstancias a que su empleo fue y es muy restringido dentro del contexto andino. Al parecer su uso es propio de los Andes ecuatorianos y en particular de la sub-región centro-norte. De todas maneras, es posible que el término provenga del latín (*longus*, largo)²⁶, ya que en el kechua no existe el fonema que se representa con la letra "l". Por esta razón no aparece en los antiguos vocabularios de la lengua kechua ni en los diccionarios actuales de las

²⁴ Ronald Stutzman, "El mestizaje una ideología de exclusión" en: N. Whitten (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, USFQ, Quito, p. 57.

²⁵ Alfonso García Muñoz, "Soñar no cuesta nada" en: E. Freire (comp). , *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, 1990 pp. 267.

versiones del kechua de Perú y Bolivia. La palabra, en cambio, ya aparece en los vocabularios del kichua ecuatoriano de fines del s. XIX e inicios del s. XX, sobre todo en aquéllos que se refieren al subdialecto del centro-norte de la sierra. Allí es posible encontrarlo con el significado de indio joven o mozo; significado parecido al de la palabra kechua “huayna” utilizada hasta la actualidad por las comunidades indígenas del centro y sur de la sierra.²⁷

En efecto tal acepción fue muy frecuente ya en la segunda mitad del s. XIX. Según Pedro Fermín Cevallos la palabra “longo” se aplicaba “a los adultos que todavía no llegan a diez y ocho años”. Se llamaba también longos a “los que no han servido todavía de alcaldes de doctrina, ni gastado como priostes” (Citado en Carvahlo-Netto, 1964: 268). Probablemente en el ámbito rural la palabra fue usada por los sectores dominantes como un apelativo más para llamar a los indios, así como lo eran las expresiones: “rosca” o “runa”. ¿Pero que sucedía en el ambiente urbano? Según Hassaurek, en el Quito de la segunda mitad del s. XIX, se solía llamar “longos” y “longas” a los niños de las familias quiteñas que se criaban con el propósito de educarlos para sirvientes de casa cuando llegasen a adultos, mientras tanto se desempeñaba como compañeros de juego y sirvientes de los niños de la casa, las veces que no acompañaban a las damas a la iglesia o en sus salidas de visita. Esta servidumbre infantil podía ser de diversa condición racial: indios, mestizos, negros o mulatos²⁸. Además, el termino “longo” con este significado en particular, fue apropiado plenamente por los mismos indios y cholos, quienes lo utilizan desde el s. XIX hasta la actualidad para llamar a sus propios hijos de uno u otro sexo cuando son niños o adolescentes. Ejemplos de esta utilización son frecuentes en la literatura icaciana y costumbrista.

Con la presencia cada vez más permanente de migrantes en el Quito de la primera mitad del s. XX el término fue reapropiado por la sociedad receptora

²⁶ Julio Tobar Donoso, *El lenguaje rural en la región internadina del Ecuador*, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana, Quito, 1961, p. 175.

²⁷ La palabra “longo” aparece en el vocabulario de Juan M. Grimm, *La lengua Quichua (Dialecto de la República del Ecuador)*, publicado en 1896 y en la gramática de Manuel Guzmán, *Gramática de la Lengua Quichua*, publicado en 1920. En el diccionario Quichua de Luis Cordero no aparece debido a que se circunscribe a la versión Quichua de las provincias del sur de la sierra ecuatoriana.

²⁸ Fedrich Hassaurek, “La servidumbre doméstica” en: *Quito según los extranjeros*, segunda edición, Colección memoria, no. 1, Taller de Estudios Andinos, Quito, 1998, pp. 158.

especialmente por los estratos medios y altos, quienes lo utilizaron como un apelativo más para denominar y estigmatizar a los indígenas migrantes. En efecto, la palabra “longo” parece aplicarse en el Quito de las primeras décadas del s. XX a “los de poncho” en general; sin embargo una lectura más minuciosa permite establecer que el término designaba a un conjunto de la población indígena con cierto grado de aculturación urbana.

Cuando el colombiano de origen italiano Antonino Olano llegó a la ciudad de Quito en 1914 realizó una interesante descripción de los estratos inferiores de la sociedad. Entre el último escalón social conformado por los indios zámbezos que se desempeñaban en los quehaceres domésticos y el servicio del aseo municipal, y el de los “cholos” o mestizos que hacían por lo general de obreros y artesanos, colocaría a los albañiles, procedentes de campo y otras poblaciones vecinas de la capital. Estos se caracterizarían por llevar el cabello recortado y usar pantalón largo, considerados “signos de supremacía”. Olano señalaba que son éstos a quien el ejército suele llevárselos para engrosar sus tropas, sin que ocurra lo mismo con los indios de Zámbez²⁹.

Más tarde en la década de los años cuarenta Angel Modesto Paredes (1981: 341), al referirse al indígena en la ciudad, señalaba: “Cuando acude a la ciudad se encarga de los más bajos menesteres, constituyendo un ascenso en su nivel el trabajo de albañilería y los pocos casos de empleo en las fábricas”.

En la década de los años treinta, Alfonso García Muñoz en su estampa “Treinta de Chicha” (1937: 181) usa el termino “longo” y “longa” para referirse a unos albañiles y sus esposas que liban y bailan en una de las guaraperías del Panecillo. Así mismo utiliza el término “longocracia” para diferenciar al conglomerado que esta por fuera de la llamada “aristocracia” y “bancocracia” (Ibíd., 132), esto es, a los sectores populares y trabajadores de bajo estatus (cargadores, albañiles, sirvientes, porteros, mensajeros, etc.) que proliferaban en las calles del Quito de entonces.

A partir de esta evidencias, se advierte que el término “indio” se utilizó en el Quito de la primera mitad el s. XX para llamar a los indígenas que llegaban de manera temporal a la ciudad sin abandonar su residencia en el ámbito rural,

²⁹ Antonino Olano, *De Popayán a Quito. Impresiones de viaje*, Tip. y Encuadernación Salesianas, Quito. 1915. pp. 149-150.

fueran éstos: los indígenas zámbez y nayones; los que llegaban a prestar el servicio doméstico temporal en las casas señoriales (huasicamas, cocineras, etc.), o quienes acudían a los mercados en los días de feria para vender sus productos. Por su parte el término “longo” se usó para indicar al indígena que se ha instalado de manera definitiva en la ciudad y que por tanto participaba de un grado incipiente de mestización. Se trata por tanto de sujetos involucrados en el proceso de transición de indígena a cholo. En otras palabras, son los indios en camino de constituirse en cholos. Icaza muy sensible a este tipo de mutaciones, al referirse a éste en particular en su novela *Huairapamuschcas*, aparecida en 1948, lo define como “lenta transformación hacia el tipo cholo, hacia el tipo que se aleja del indio”³⁰. De esta manera el llamado “longo”, como advierte Ibarra, parece poner en evidencia la presencia de un continuo étnico de indio a mestizo, en el cual se dan diferentes grados de aculturación³¹.

En conclusión se puede señalar que si el ascenso social del cholo dependía de la educación y el comercio, el desplazamiento social y étnico de indio a cholo al parecer estuvo mediatizado por el trabajo en la construcción y el servicio militar en el ejército.

Con el transcurrir del tiempo el término “longo” fue adquiriendo gran popularidad en la ciudad de Quito, al mismo tiempo que su significado pasó de designar al indígena instalado de manera definitiva en la ciudad y que ya no viste con su indumentaria original, a su uso actual de estigmatización a los sectores populares urbanos que tienen rasgos físicos indígenas. De esta manera, el término “longo” fue desplazando y substituyendo casi por completo al término “cholo” en la segunda mitad del s. XX, sobre todo en el vocabulario de las capas medias y altas del norte de la ciudad.

2.2 Los “Chullas” y los “Chagras”.

El conflicto sociocultural que estalló entre la sociedad receptora y la población migrante en el Quito de la primera mitad del s. XX no solo se expresó de manera vertical, esto es entre el sector dominante y el subalterno, sino

³⁰ Jorge Icaza, *Hijos del Viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Plaza & Janes, Barcelona, 1975, p. 38.

también al interior de este último, entre los diversos grupos y escalones sociales que conformaban el amplio conjunto de los subordinados. Este conflicto se manifestó claramente en el uso de los términos “chagra” y “chulla” los mismos que pusieron en evidencia una rivalidad entre los quiteños de origen popular y los migrantes; fenómeno que se torna comprensible a la luz de tres elementos: 1) el fuerte sentimiento de pertenencia local de los quiteños; 2) el predominio de valores racistas en la sociedad; y, 3) el desarrollo de la competitividad laboral.

El Quito decimonónico fue una ciudad cerrada, en la que todos se conocían y en la que, por tanto, las relaciones entre los diversos sujetos eran directas y personales. De esta manera se desarrollaron vínculos estrechos entre los diversos grupos sociales, que dotaron a la sociedad urbana de una imagen de gran familia a pesar de los conflictos internos. En estas condiciones se fue consolidado un fuerte sentimiento de pertenencia a la localidad, concomitantemente con una sensación de recelo y extrañeza a los pocos forasteros que llegaban a la ciudad.

Este fuerte sentimiento de pertenencia local se expresó sin duda en el “barrialismo” o el apego afectivo a uno u otro barrio, que originó a la vez la presencia de una rivalidad interbarrial. Este fenómeno particular fue una característica relevante en los quiteños del s. XIX que se mantuvo hasta las primeras décadas del s. XX. Raúl Andrade, refiriéndose al Quito de esa época, señalaba:

¡Ay! del vecino de otro barrio que por el se aventurare. De inmediato ladraban los perros, le arrojaban basuras desde las azoteas y los mocitos de la callejuela le disputaban el paso, a golpes si era preciso. Habíase que fajarse con frecuencia y ello establecía un antagonismo áspero y persistente entre vecinos de barrio a barrio.- “Yo soy de la Loma Grande”, decía alguno con aire retador... Yo de Churretas, replicaba un segundo, amenazante- Y yo de “La Chilena”; clamaba un tercero, listo a “comprar el pleito”. Entonces se trenzaban a puñadas, y casi siempre, el que había permanecido en observación se hacía el más fuerte para humillar al vecino.³²

³¹ Hernán Ibarra, “El laberinto del mestizaje”, en *Identidades y sociedad*, Centro de Estudios Latinoamericanos, PUCE, Quito, 1992b, p. 106.

³² Raúl Andrade, “Agudeza y arte de ingenio”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Librería Cima, Quito, 1990 p. 186.

Pero sin duda una expresión clara de este orgullo y rivalidad entre barrios fueron las famosas “guerras de guambras”, muy frecuentes en la segunda mitad del s. XIX y aún observadas a inicios del s. XX. Las llamadas “guerra de guambras” no fueron más que las grescas entre niños y adolescentes pertenecientes a barrios considerados adversarios. Célebres fueron por ejemplo las peleas entre los de San Roque, por una lado, contra los de la Chilena, el Placer y los del Cebollar por otro, o los de San Roque, contra los de la Cruz de Piedra, San Sebastián, La Recoleta y La Loma Grande. Estas se libraban en los contornos de la ciudad: en colinas y quebradas y derivaban en luchas encarnizadas que duraban horas e incluso algunos días como la sucedida en febrero de 1907. Los participantes usaban por lo general una variedad considerable de “armamento”: piedras, huaracas (hondas), pitos, espadas, rifles de palo, “canillones”, cañoncitos de casquillos y de escopeta. En estas circunstancias era comprensible que la batalla arroje al término de la misma uno que otro muerto, muchos heridos, y entre éstos algunos de gravedad. Muchas veces dichas grescas fueron disueltas con la intervención de la misma policía y el ejército, y hubo una ocasión en el año de 1897 en que el Gobierno hizo rodear con soldados armados a los guambras vencedores, a quienes apresaron, metieron en los cuarteles y junto a las tropas militares los enviaron a combatir en Chimborazo³³.

A las “guerras de guambras” sucedió las broncas entre jorgas en las primeras décadas del s. XX, las mismas que adquirieron cierta forma ritual en la llamada “toma de barrios” que se sucedía en el carnaval. Este espíritu belicoso de los sectores populares de Quito evidencia sin duda la poca tolerancia a la presencia de extraños y afuereños. Si esto sucedía con personas de la misma ciudad perteneciente a otros barrios, es lógico pensar que la presencia de migrantes debió reactivar y reavivar una actitud de intolerancia y xenofobia.

Por otro lado el conflicto entre quiteños y migrantes estuvo condicionado por el predominio de valores racistas en la ciudad. Como se mencionó más arriba, los inicios del s. XX se caracterizó por la amplia difusión y acogida en la sociedad local que tuvo la imagen del indio como un arquetipo negativo,

³³ Luciano Andrade Marín, “Las guerras de guambras”, en Miguel Puga: *Crónicas del Quito Antiguo*, Colección amigos de la genealogía, Quito, 1991, pp. 305-307

imagen construida por los sectores dominantes y modernizantes de la ciudad.

En estas circunstancias, los migrantes procedentes en su mayoría del entorno rural de Quito y las provincias aledañas, fueron percibidos y tratados como individuos inferiores y atrasados.

Por último, los sectores populares de mayor raigambre urbana vieron en los migrantes a “virtuales competidores en el mercado de trabajo y al interior de los canales de movilidad social” (Bustos, 1992: 184), sobre todo cuando la crisis económica suscitada en la década de los años treinta redujo la oferta laboral por consecuencia de la recesión y depresión económicas.

Todos estos factores intensificaron la violencia entre los oprimidos. De ahí que escenas de amenazas, abuso y maltratos entre los recién llegados y las gentes de mayor arraigo estuvieron al orden del día en la ciudad. Jorge Icaza en su novela *En las calles* presenta varias escenas de este tipo. En una de ellas por ejemplo aparece combinadas cierto indicios de rivalidad entre barrios y de competitividad laboral. Es el caso de los moradores de la parroquia Alfaro, particularmente de quienes vivían en las calles de Allpahuasi y Chiriyacu, los mismos que expectantes ante la apertura de una fábrica textil, gracias a la cual “esperaban cambiar su vieja, enervante y asesina labor cotidiana -brequeros, fogoneros y cargadores del ferrocarril, los maestros de albañilería, los limpiadores de desagües, los tapialeros, los ladrilleros”, en actitud amenazante lanzan improperios contra los advenedizos de otros barrios de la ciudad y los “huairapamuschas del campo” (forasteros), a quienes llaman entre otros insultos “tortolones” y “meabrincos”, anunciando al mismo tiempo que los sacaran a patadas (Icaza, 1985: 100-101).

En otra escena Icaza da cuenta en cambio, del desprecio, los prejuicios raciales y la inseguridad psico-social de lo quiteños frente a los migrantes. Refiriéndose a dos campesinos que llegan a un barrio popular de la ciudad, relata:

Después de vagar por muchas calles de la capital -la boca abierta, los ojos nadando en ingenua angustia, a la espalda la actitud del inminente atropello-, Ambrosio Yáñez y su hija dieron con el barrio de la Tola, donde le habían informado podían encontrar un cuarto o una tienda en arriendo... En una esquina -esquina de barrio pobre con poste de madera sin pintar, desagüe hediondo, negocio sórdido de cantina y abarrote, grifo de agua, niños jugando en la calle mal empedrada, mozos

conversando en la vereda-, el viejo no pudo resistir más a la sed que traía desde el pueblo.. y se prendió al surtidor. El chorro, al clavársele en la garganta, le llenó la boca borboteando en los labios hasta bañarle la cara, el cuello... y salpicar a la gente que se hallaba cerca de él. El atorón tuvo un eco de risas burlonas y de protestas:

- Chagra mal amansado.
- Chagra bruto
- Pensará que está en la shagta.
- Son una plaga
- Una peste
- Pero después se joden.
- Se joden? Mandan en el país (Citado en Bustos, 1992: 184)

Fue en el fragor de enfrentamientos como éste que resurgieron expresiones como “huairapamuschas” y “chagras”, palabras de origen quichua y de una fuerte carga peyorativa. La primera significa “traído por el viento”, mientras que la segunda deriva de la palabra quichua “chakra” o sementera de maíz. No obstante el término “huaripamushca” en comparación con el segundo tuvo un uso restringido y marginal. Al parecer lo utilizaron los sectores populares de condición indígena pero ya arraigados en la ciudad para llamar a los indios o cholos recién llegados.

Por su parte la palabra “chagra”, que se usaba desde el s. XIX en el centro-norte de la sierra para llamar al campesino no indígena considerado rústico e inculto³⁴, resurgió en el contexto urbano de Quito en la primera mitad del s. XX, sobre todo en boca de un segmento particular de la sociedad receptora: los sectores populares de condición mestiza, quienes utilizaron dicho término para llamar a los migrantes no indígenas, provenientes del campo, los pueblos y las pequeñas ciudades del centro-norte de la sierra.

Esta palabra cuyo uso se volvió más frecuente a partir del segundo lustro de la década de los 20³⁵, se empleó en la ciudad al margen de la condición socioeconómica de los aludidos. Por esta razón se denominó “chagras” tanto a los campesinos pobres como a los latifundistas y grandes propietarios, según se puede observar en la obra icaciana. Además, allí resulta evidente cómo el término “chagra” se aplica indistintamente a los cholos o a los blancos del campo. Por esta razón el término “chagra” no designaba a una agrupación

³⁴ P. F. Cevallos, citado en Julio Tobar Donoso (1961, 88).

³⁵ Fernando Jurado Noboa, *El Chulla Quiteño*, SAG, Volumen 60, Quito, 1991, p.

socioétnica específica como si lo hicieron los términos “longo” y “cholo”.

Por otra parte cabe indicar que el término “chagra” en las primeras décadas del s. XX, se utilizó solo para llamar a los provincianos del centro-norte de la sierra, puesto que a los provincianos procedentes del extremo norte (provincia del Carchi) se les llamaba “pupos” y a los del sur, tanto de Cuenca o Loja se les aplicaba sus gentilicios respectivos (Jurado, 1991: 223). Sin embargo a finales de la primera mitad del s. XX la palabra “chagra” terminó siendo usado por los “chullas” para llamar a los provincianos serranos en general. Por otra parte, dicho término, en la primera mitad del s. XX se aplicó solo a los provincianos recién llegados a la ciudad y aún no adaptados plenamente al medio urbano. Pues los provincianos que se incorporaron plenamente a la ciudad y a su modo de vida, dejaron de ser llamados “chagras” como de hecho ocurrió con muchos personajes considerados “típicos” de la ciudad que llegaron de niños o jóvenes a Quito. Fue el caso por ejemplo del “Lluqui Endara” (un funcionario público célebre por su capacidad irónica y humorística) nacido en Sangolquí o de la Torera (una modistilla alucinada) que nació en Baños en la prov. de Tungurahua.

De todas maneras, en la boca de los “chullas” la palabra “chagra” adquirió su máxima carga peyorativa, ya que se usó con propósitos de burla y ridiculización, pero sobre todo como antípoda precisamente del término “chulla”.

Este vocablo es de origen kichua, idioma en el cual significa una parte de un par, es decir, uno solo³⁶ (Moya, 1981: 72). A la vez derivó de la expresión “chulla-leva” apelativo peyorativo con que los sectores dominantes de Quito denominaban a los jóvenes burócratas del último tercio del s. XIX quienes empezaron a adquirir un considerable protagonismo en la vida pública y social de la época. De ahí que a finales del s. XIX Modesto Espinosa, uno de los más lúcidos intelectuales de la aristocracia quiteña de ese entonces, sector social receloso de la presencia y protagonismo de los chullalevas, se refería a ellos con evidente animadversión y sarcasmo:

Forman la clase media los chullalevas más repugnantes y odiosos; legistas de baja ralea, sus compinches tinterillos, algunos amanuenses de abogados liberales, tagarotes, cobradores de créditos por un tanto

³⁶ Ruth Moya, *Simbolismo y ritual en el Ecuador andino*, Colección Pendoneros, Vol. 40, IOA, Otavalo, 1981 p. 72.

por ciento... Falange hambrienta, cruel y desnaturalizada, y tan insolente y audaz, como desnaturalizada, cruel y famélica. Chullalevas en el sentido estricto de la voz, tienen una sola levita perdurable: limpio, por regular, el cuello de la camisa que no se ve ... Se tropieza con ellos en el despacho de la Policía, en los de los jueces parroquiales, en las oficinas de los escribanos, en el zaguán y los bajos del Palacio de Justicia; y algunas veces descubren las orejas hasta en la puerta del Excmo. Tribunal Supremo! [...] Estos son los principales adalides de la política activa: en días de elecciones, ellos disputan a la gente honorable el acceso a las urnas electorales, y son los acarreadores de soberanos para el triunfo de los principios encarnados en la pléyade radical ... Estos son los que a la primera noche van por las calles y portales repartiendo líbelos infamatorios y papelejos sediciosos... éstos son los que más tarde ensucian las paredes con letreros infames, fijan inmundos pasquines en las esquinas y recorren la ciudad despedazando faroles y vidrieras, y gritando a las voces con voz aguardentosa: ¡viva Alfaro!³⁷ (Modesto Espinosa, s.f. 153-157)

Los chullas a inicios del s. XX formaron una agrupación social originada tanto por el ascenso de grupos de estatus inferior así como por el descenso social de individuos de estratos superiores. Este último hecho fue destacado por Espinosa Tamayo (1979: 210), en la segunda década del s. XX, cuando consideraba a los chullas, salidos “de las capas inferiores de la burguesía, deshecho de las clases acomodadas venidas a menos y mezclándose con la clase obrera”. Los chullas en este momento parecían ocupar la cúspide de los estratos populares, por encima de indios, longos y cholos, según la clasificación que realizó Olano en 1914 (1915: 149-150). Los chullas representaban por tanto a los incipientes sectores medios de ese entonces como lo vuelve a destacar Espinosa Tamayo (Ídem):

el cura, el militar de poca graduación, el empleado de escaso sueldo, el abogado ramplón y en general, todo el proletariado de levita que busca ocupaciones de fácil desempeño y posiciones brillantes aunque equívocas... [en fin aquellos que] tratan de llenar todos los huecos de la administración pública.

Al representar los chullas un grupo constituido por ascenso y descenso social, era lógico que en su interior se distinga dos tipos: los “chullas decentes” y “los chullas cualquiera” (Jurado Noboa, 1991: 250). Los primeros eran señoritos venidos a menos, que provenían de grupos sociales mejor situados

³⁷ Modesto Espinosa, *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, N° 52, Guayaquil, s.f., pp. 153-157.

en el escalafón social, mientras que los segundos habían ascendido de un escalón inferior. Estos eran por lo general hijos de mestizos artesanos o pulperos.

No obstante a medida que avanzaba el s. XX y a partir de la década de los 30 los chullas parecían disolverse como agrupación socioeconómica, por efectos de la crisis económica que se tradujo en la caída de los niveles de vida y la consecuente pauperización social. El chulla devino entonces en lo que Agustín Cueva (1986: 105) describía como una fuerza centrífuga que no encontraba ubicación dentro de un orden social dinámico y una estructura social sujeta a reacomodo.

Para entonces la imagen del chulla como desempleado y por tanto obligado a hacer frente a la pobreza como sea, toreando sus embates y sirviéndose de recursos ingeniosos que en algunos casos lo condujo al borde de la legalidad, cobró fuerza. Esta fue precisamente la representación del “chulla” que realizó Alfonso García Muñoz cuando creó la imagen prototípica del chulla quiteño: “Evaristo Corral y Chancleta” en la década de los 30.

Si bien el “chulla” estuvo sometido a la privación material, por otro lado, fue capaz de disimularla. El chulla siempre vistió como “caballero” o “señor” aunque poseía un único traje o leva -que por lo demás confirmaba su apelativo de “chulla”-; aunque su camisa tenía solo pechera, cuello y puños; aunque sus calcetines poseían muchos huecos sin remendar, o sus zapatos bien lustrados no llevaban suelas (Jurado, 1991: 198). Es por esta razón que en el diccionario de ecuatorianismos de Alejandro Mateus de 1933 se define la voz “chulla” como un término que se aplica “a jóvenes de uno y otro sexo, que no pertenecen a la clase rica ni noble, pero que, por su vestido, aspiraciones, cuidado de la persona, educación o trato frecuente con ricos o nobles pueden pasar por uno de ellos” (citado en Carvalho-Neto quien cita a Mateus: 1964: 180).

En efecto, como indica Mateus, el término “chulla” se aplicó tanto a hombres como a mujeres. En sus “Memorias” L.A. Martínez se refiere a “las chulla levass”³⁸ personajes quiteños de inicios del s. XX, mientras que Jurado Noboa en su obras *Las quiteñas*, destaca el término “chullitas”. Esta palabra

³⁸ Citado por: Carlos Joaquín Córdova, *El habla del Ecuador, diccionario de ecuatorianismos*, Tomo I, Universidad del Azuay Cuenca, 1995, p. 382.

muy popular en la década de los 40 sirvió para aludir a ciertas mujeres populares de condición no indígena, hijas de amanuenses, zapateros, sastres, peluqueros, sombrereros y herreros, que vestían de manta fina de seda bien ceñida y falda negra oscura. La “chullita” se caracterizó por buscar el matrimonio con obsesión y siempre con alguien que tuviese mejor posición social: profesionales de origen provinciano, dueños de talleres o sastres notables³⁹. El oportunismo y el deseo de mejorar sus condiciones de vida llevó a las chullitas en algunos casos a la frontera con la prostitución, surgiendo así la llamada “chullona”, personaje de vida frívola y casquivana⁴⁰. De todas maneras las “chullitas” siempre aparecen en la literatura de la época como adscritas a una categoría social inferior a la de los “chullas” hombres, debido no solo a su situación social si no sobre todo a su condición de mujeres. La chullita en comparación con los hombres parecen enfrentarse a mayores restricciones de ascenso social. Pues, los medios y posibilidades de su movilidad social se reducían a un “buen matrimonio”, ante las serias dificultades de acceder a la educación o a un “buen empleo” que no sea el de dependientes en los comercios o de secretarias en las oficinas públicas o privadas, y esto en el mejor de los casos.

En fin, a medida que sucedió la disolución del “chulla” como grupo socioeconómico, pero a diferencia del “cholo”, el “longo” y el “chagra”, dicho actor urbano, con el propósito de afirmar su pertenencia a Quito frente a los forasteros o “chagras”, se apropió del término que había surgido como un apelativo peyorativo impuesto desde los sectores dominantes. Al mismo tiempo el “chulla” “inmerso -como destaca Bustos- en un doble y simultáneo proceso: de un lado... luchando por distanciarse del *cholerío* o la *longocracia*; y de otro preocupado por buscar inclusión y reconocimiento por parte de la *gente decente*”, condujo a que el chulla se mueva “dentro de un campo estructurado por valores provenientes de un mundo aristocrático...”, lo que supuso “de alguna manera una suerte de apropiación y quizá recreación en algunas dimensiones, de elementos culturales de los sectores dominantes por parte de

³⁹ Fernando Jurado Noboa, *las Quiteñas*, Dinediciones, Colección Siempre, Quito, 1995, p.p 296-297

⁴⁰ Hernán Rodríguez Castelo en su libro: *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano*, Libri-Mundi/IOA, Quito, 1979, p. 298 señala que el sufijo -on “aparece como uno de los más usados en el habla sexual ecuatoriana”.

un sector subalterno” (Bustos, 1992: 187). En fin el chulla persiguió con obstinación “ser caballero”; situación que al decir de Raúl Andrade fue en el Quito de la primera mitad del s. XX, el “culto de la vida quiteña. Ser caballero, vivir como caballero, caminar como caballero, constituía a manera de un trípode sagrado en el que se asentaba la respetabilidad del individuo” (citado en Jurado, 1991: 297).

De este modo, el chulla al apropiarse del apelativo que lo designaba, al mismo tiempo que adoptaba algunos de los valores señoriales, los presentaba como su herencia cultural y se servía de ellos para simbolizar su distintividad, se convertía en una realidad autodefinida, es decir, daba lugar a una identidad cultural particular en el escenario urbano, a diferencia de “cholos”, “longos” y “chagras”. Desde entonces el término “chulla” revirtió su valoración negativa, constituyéndose en autocalificativo de un modo de vida particular en la ciudad.

Sin embargo, el “chulla”, y al contrario de lo que podría esperarse, no fue necesariamente el máximo representante de los “quiteños de pura cepa”, (denominación que aludía a los nacidos en Quito aunque muchos de ellos eran hijos de padres provincianos). Pues, si bien el chulla surgió a inicios del s. XX de los sectores populares urbanos de origen quiteño, a medida que los contingentes migratorios se volvieron cada vez más numerosos con el avanzar del siglo, algunos de los chullas más prototípicos ostentaron un origen chagra o provinciano. Así por ejemplo el Sordo Piedra fue de origen lojano, mientras que el Terrible Martínez -la encarnación más auténtica del chulla al decir de Nicolás Kigman- nació en Ambato, ciudad que fue cuna del actor Ernesto Albán que encarnó por mucho tiempo a Evaristo Corral y Chancleta. En un contexto en que los migrantes se habían tomado la ciudad, el chulla y su mundo no podían estar exentos. La presencia de los migrantes fue de tal envergadura que Alfonso García Muñoz, entre asombrado y nostálgico, exclama a finales de los 30:

Porque vamos a decir que actualmente, del quiteñismo no nos queda más que Quito... Con sus glorias. Sus leyendas. Sus calles angostas y sus aceras estrechas (...) No nos queda más que Quito, señores. Porque las madres quiteñas, son de Riobamba. Los liberales quiteños son del Carchi. Los deportistas quiteños, son de Latacunga. Las industrias quiteñas están en manos de extranjeros. La intelectualidad quiteña es de Cuenca. El foro quiteño es de Loja, Machala, Zaruma y otros lugares. La harina quiteña es de Guayaquil. Los médicos quiteños son de Manabí y otras provincias.

Los profesores quiteños son de allende las montañas... pero como única compensación a tragedia tanta, resulta que el pan de Ambato, se hace en Quito; (cit. en Bustos, 1992: 182).

De todas maneras, el chulla pasó a encarnar los valores básicos de la llamada “quiteñidad”: valoración y el conocimiento minucioso de los lugares de la ciudad, una gran capacidad humorística (sal quiteña), excesivo cuidado de la apariencia personal y la vocación por el disfrute de la vida. Elementos que sumados al permanente anhelo de ascenso social, explican el intenso protagonismo del chulla en la vida de la ciudad, situación que lo hizo sumamente visible y ubicuo. Por todas estas razones el “chulla quiteño” fue consagrado en el pasacalle homónimo que compusiera Alfredo Carpio en 1937 (Jurado, 1991: 295-296). Canción que con el transcurrir del tiempo se convirtió en el himno popular de la ciudad.

En conclusión podemos señalar que la presencia vigorosa en el Quito de la primera mitad del s. XX de los términos analizados: “longo”, “cholo”, “chagra”, “chulla” y “gente decente”, responden básicamente a una taxonomía impuesta por la sociedad receptora. Si bien todos estos términos, excepto el vocablo “chulla”, no se usaron de forma exclusiva en Quito sino en toda la subregión del centro-norte de la sierra, no cabe duda que estos términos adquirieron en Quito connotaciones y usos específicos. Los tres primeros términos fueron usados en el escenario quiteño básicamente con una intención estigmatizadora, que buscaba resaltar la condición racial y étnica de los aludidos en vinculación a lo indio, el atraso y la ausencia de modernidad o civilización.

Este tipo de encapsulamiento clasificatorio de los contingentes migratorios, por parte de la sociedad receptora, terminó bloqueando y anulando en el caso de “longos” y cholos” la posibilidad de desarrollar sus identificaciones primarias o étnicas.

En tercer lugar es necesario destacar que los términos: “cholo”, “longo”, “chagra”, “chulla” y “gente decente” constituyeron adscripciones de tipo relacional. Por esta razón la comprensión cabal de cualquier de estos términos solo es posible a través del desentrañamiento o del desciframiento de los otros.

Por último es evidente que la presencia de los términos “longo”, “cholo”,

“chagra”, “chulla” y “gente decente”, anunció, en el establecimiento de la diferenciación social, la presencia de otro criterio además del étnico-racial. Se trataba esta vez de la definición socio-económica. De esta manera en el Quito de la primera mitad del s. XX la vieja estratificación étnico-racial se fue imbricando con la nueva jerarquización económica que apareció.

CAP. 3

LAS PRACTICAS CULTURALES DE LOS ACTORES URBANOS EN LA VIDA COTIDIANA

Las fuentes consultadas proporcionan una interesante información acerca de las formas del habla, la habitabilidad, el vestido, los espacios de sociabilidad, las formas de esparcimiento y las diversiones de los actores urbanos sujetos del presente estudio: longos, cholos, chullas y gente decente, en el Quito de la primera mitad del s. XX. Se tratan de algunas prácticas culturales (expresiones, pensamientos, percepciones, y acciones) que se suceden en un marco de imposición y disciplinamiento en nuevos códigos culturales relacionados con el buen hablar, la higiene, las buenas costumbres y el ornato. Estas prácticas pueden verse como componentes básicos de un nuevo proyecto civilizatorio llamado “urbanidad”. Pero sobre todo, éstas sirven para caracterizar a los sujetos del presente estudio, ya sea porque definen sus rasgos e ilustran los desplazamientos socioculturales y las mutaciones étnico-culturales que protagonizaron; al mismo tiempo que ayudan a esclarecer el carácter sociorracial de las categorías que se analizaron en el capítulo anterior, permitiendo evidenciar sus limitaciones. De esta manera, el interrogante que ha guiado el presente capítulo puede expresarse de esta manera: ¿Cuáles fueron algunas de las prácticas culturales que constituyeron y definieron a los diversos protagonistas del presente estudio, a la vez que dieron cuenta de los cambios culturales operados en el escenario urbano?

3.1 Consideraciones previas

Para comprender las prácticas culturales de los inmigrantes y de la sociedad receptora, es necesario tener en cuenta algunos presupuestos básicos. Gracias al desarrollo de los estudios de campo sobre los colectivos étnicos migrantes del tercer mundo a ciudades de Europa y de EE.UU. se ha llegado a establecer un postulado central: a mayor diferencia cultural (diferencias socioculturales, lingüísticas y raciales) entre los inmigrantes y la sociedad receptora, el proceso de adaptación a las nuevas condiciones de vida resulta más difícil con el consiguiente aislamiento de los inmigrantes. En estas circunstancias los colectivos étnicos migrantes tienden a rechazar

crecientemente la asimilación como modo de adaptación, tratando de mantener y reproducir sus rasgos diferenciadores y su identidad de grupo¹. Esto sin embargo, no significa que los colectivos étnicos migrantes dejen de incorporarse al medio social, estando obligados a adoptar ciertos valores y elementos de la sociedad receptora. Lo que sucede es que estas adopciones, no logran disolver a los grupos, los mismos que se mantienen más bien como entidades étnico-culturales claramente diferenciadas.

¿Fue este el caso de los inmigrantes interioranos en la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX? Al parecer no lo fue, debido a que las diferencias culturales entre los recién llegados y la sociedad receptora no fueron considerables. La mayoría de inmigrantes de origen rural portaban un patrón cultural andino, al mismo tiempo que la ciudad a la que llegaron era y es culturalmente una ciudad andina. La ciudad decimonónica aparece totalmente influenciada por el mundo andino. No solo los sectores populares sino los sectores dominantes evidenciaban en sus diversas prácticas culturales esta particularidad. Los visitantes extranjeros del s. XIX, más capacitados para percibir los aspectos comunes que las diferencias entre los pobladores, por su situación “de paso”, lo supieron destacar. Así por ej. el Italiano Gaetano Osculati a mediados del s. XIX señalaba: “Extraños son los usos de esta ciudad que puede llamarse totalmente india, y difiere mucho de los que se observan en el Perú y Chile, donde la civilización está bastante adelantada, por el mayor número de residentes extranjeros y la continua comunicación con los europeos”². En este contexto la influencia del idioma Quichua era por tanto de esperarse. Un visitante extranjero anónimo que llegó a la ciudad en 1833, señalaba que la lengua de los incas era usada por los mismos criollos y sus hijos, puesto que la “primera que pronuncia los niños es muchas veces la de los incas, por ser indias las nodrizas, no hablando con frecuencia la castellana hasta cinco o seis años, y quedando a muchos el defecto de hablar en impersonal”³.

En segundo lugar es necesario tener en cuenta que entre los sectores

¹ Joan Josep Pujadas, *Etnicidad, identidad cultural de los pueblos*, Eudema, Madrid, 1993, p. 43.

² Citado en: Manuel Espinosa; *Quito según los extranjeros*, segunda edición, Colección Memoria, No. 1, Taller de Estudios Andinos, Quito, 1998, p. 97.

³ Citado en Humberto Toscano, *El Ecuador visto por los extranjeros*, Biblioteca

subordinados y dominantes se da una interinfluencia e interacción cultural. Es decir, no solo los primeros son objetos de influencia cultural por parte de los segundos, sino que éstos también resultan influenciados por aquéllos. Se trata por tanto de una influencia mutua, fenómeno al que pretende aludir el concepto de transculturación. Además es necesario tener en cuenta lo señalado por M. L. Pratt en el sentido de que aunque a los grupos subyugados les resulta difícil controlar lo que “emana de la cultura dominante, siempre pueden determinar, en grados diversos, lo que absorberán y para qué lo usarán”⁴. Postulado que resulta crucial para no perder de vista que los sectores populares y medios son en el campo cultural sujetos con propias iniciativas y no meros objetos de influencia.

Por último no se puede perder de vista que desde la época colonial en el contexto andino se constituyó un tipo de estratificación en el cual el estatus de indio quedó asociado con pobreza y marginalidad, mientras que el estatus de blanco o señor se asoció con riqueza e influencia política. Este estrato social se constituyó en meta de toda desplazamiento social y, por tanto, sus rasgos sociales, culturales y raciales se convirtieron en objetos que se perseguían y se buscaban alcanzar en la movilidad social. De ahí que la movilidad en este tipo de estratificación llevó a los grupos indígenas a apartarse de sus raíces. En otras palabras el cambio social implicó necesariamente un cambio cultural⁵.

3.2 Los sociolectos.

Las hablas concretas utilizadas en la vida cotidiana por los diferentes sujetos colectivos de la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX, fueron una clara manifestación de la especificidad étnico-cultural de los mismos, a la par que evidenciaron el deseo de refinamiento y superación socio-cultural de sus hablantes.

Usando el planteamiento de Pieter Muysken en su estudio sobre los contactos entre el kichua y el español⁶ se puede señalar que las hablas concretas de los diversos grupos que conformaban la sociedad urbana de ese entonces,

Ecuatoriana Mínima, Puebla, 1959, p. 49.

⁴ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires, 1997, p. 25.

⁵ Manuel Espinosa, *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*, tercera edición, Tramasocial, Quito, 2000, p. 23.

⁶ Pieter Muysken, “Contacto entre el kichua y el castellano en el Ecuador”, en *Antropología del Ecuador*, Abya-Yala, segunda edición, Quito, 1989, p.463.

revelan la presencia de un *spectrum lingüístico* que dio lugar a un *continuum* quichua-español. En los polos opuestos de dicho spectrum estaban: 1) el idioma quichua hablado por los indios de los alrededores de la ciudad que emigran de manera temporal y diaria a la ciudad; y, 2) el español hablado por los sectores pudientes con pretensiones aristocratizantes. Entre estos dos polos aparecieron una serie de estratos que se aproximaban o se distanciaban de uno u otro idioma, dependiendo de la posición en la jerarquía social.

De esta manera, el habla cotidiana de los grupos subordinados revelaba una importante influencia del kichua, al mismo tiempo que se observaba en quienes han adoptado una estrategia de asenso social, un deseo de dejar atrás el idioma andino y usar solamente el español, para superar el estigma de indios, longos, cholos o chagras que obstaculizaba su movilización y asenso social.

Tanto la literatura icaciana y costumbrista de la época nos presentan claros ejemplos de estos tipos de hablas. Sin duda se tratan de mediaciones ya que los propósitos que motivaron a realizar dicha labor (evidenciar las condiciones de analfabetismo y bajo nivel cultural en el caso de Icaza, afán de caricaturización de los afuereños en el caso de García Muñoz o destacar las particularidades propias del chulla en el caso de Carlos Andrade) debieron interferir en la transcripción misma. No obstante, estos ejemplos permiten evidenciar las características de las hablas y la manera en que éstas se constituyeron en una especie de marca para establecer la categoría o el estatus socioétnico de los hablantes.

En el habla de los longos, por ejemplo, se podía advertir claramente la incidencia del quichua a nivel fonético, morfológico y de sintaxis, al mismo tiempo que se evidenciaba en dicho colectivo el deseo de usar exclusivamente el español; de ahí que lo usasen en la comunicación intragrupal. Esto parece sugerir el diálogo transcrito por García Muñoz⁷ entre dos albañiles y sus mujeres en una de las guaraperías del Panecillo, mientras una de las parejas bailaba animadamente:

- Así, Taype, entrále no más a la Rosa
- Dija, pes, José -dice la amiga- dende ayer tardi cá, mi estáis solo

⁷ Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta de Educación, Quito, 1937, pp. 181-182

fregando.

- Lo que ya no pudi aguantar, pes, Roseta, purqui sois bien macanuda, ¡caracho!...
- ¡Viva la parija! -grita otro de la jorga.
- Patronita, acomodá, pes, treinta de chicha...
- Caray, qué Rica Rosa para un baili!
- Así, Roseta, quitále nu más el marido a la Pitrona -
- Qui haciendo ha de quitar pes mi marido -protesta la Petrona, mujer de Taype...
- Purqui no pes, caray. Ella cá me esta viendu con bonitos ujus. ¿No es cierto Roseta?...
- Quitariste, quitariste José -pide la mujer- vos cá sabís nu mas hacerte el pillo...
- ¡Intrali no mas José. Longa cá, gurdita esta!

En este pasaje se advierte con claridad la confusión de los fonemas “e” y “o” por “i” y “u” y viceversa, propio de los hablantes de origen quichua⁸. Sobresale además el uso frecuente de la palabra *ca*, al mismo tiempo que se observa la ausencia de palabras propiamente quichuas, lo que parece expresar el deseo de españolización de estos sujetos.

Asimismo el habla de los cholos puede observarse en un pasaje transcrito por el mismo García Muñoz (1937: 185). Esta vez el diálogo se sucede en medio de una reyerta que protagonizan dos cholas hermanas:

- Longa sucia, que has de ser pes de mi sanguinidad...
- Vos, pes, infame, descansadora, sinvergüenza
- Callá más bien. Ya te dije que no parecís hija de mi taita.
- Vos nu sois hija de tu taita, ratera ociosa que no tenís honor, y andáis con uno por aquí, con otro tan por acá, con cuatro y cinco....
- ¿Y voz cá?
- Yo ca si tengo honor, vos con cuatro y cinco, yo cá con dos no más ... y con patrón Luis.
- Bueno, callá, pes, Maruja, no digáis quias estado con cuatro y cinco porque ni'han de dar iras- protesta el enamorado de la Maruja...

Se evidencia sin duda un mejor uso del español, razón por la cual su comprensión resulta más fácil que el pasaje anterior, a pesar que se sigue confundiendo el fonema “e” por el “i” y usando las palabras *cá* y *pes* frecuentes en los quichuaparlantes⁹. Además ya se observan giros y expresiones propias del español coloquial quiteño.

⁸ Ruth Moya, *Simbolismo y ritual en el Ecuador Andino*, Colección Pendoneros, Vol. 40, IOA, Otavalo, 1981 p.247.

⁹ Humberto Toscano, *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española,

El habla coloquial de los chullas revelaba también una gran influencia del Quichua, a pesar de sus deseos de refinamiento, que se evidenciaba - según Icaza¹⁰ - en el afán desmedido de la burocracia “por rasgar las erres y purificar las elles”.

Carlos Andrade, en su retrospectiva sobre los chullas nos da un ejemplo claro del habla de los chullas en la década de los 20, a raíz de la preparación de una farra:

- Qu'es ps' cholito. Qué t'hiciste el sábado; te jui a ver en tu casa a l'hora de almuerzo. He hi silbado media hora, y nada. Salió la sipa de la tienda y dijo: “De gana tan silva, si no hay naiden; toditicos se jueron a Carapungo, al Tingo corque dijeron, qué tan será...” ...

- Oite, esta noche a las nueve hay gran farra donde las bermejas; van ir el chuspi, el tullpa, el chimbas, el guingo, el huaco y el tuerto, este rato m'estoy yendo a avisarles al chuchi, al mono, al burro, el gallo, al chivo y al conejo, sólo hay que poner diez sures cadauno. Y va ir la cuica que te gusta a vos...

-?...

- Pasarás viéndoles al Caspucho y al gordo Zambrano, ahí en la peluqueria del tiatro, porque el chimbas y el omoto dijeron que les iban a conchavar al Daza y al Chantaza. No ti'olvidarás de los diez. Hasta luego¹¹.

En este tipo de habla sobresalen los quichuismos o las palabras provenientes del idioma quichua, junto con fenómenos como la apocopización o contracción, así como la confusión de los fonemas “e” por “i” y viceversa. La palabra *cá* también aparece con frecuencia en los diálogos entre los personajes de las Estampas Quiteña de García Muñoz, sobre todo entre Jesusa y Evaristo Corral y Chancleta. Así por ej. en una ocasión cuando Jesusa se dirige a Evaristo, le dice:

- “Caray, Eva, vos cá bien íntimo estáis conmigo. ¿Qué querrás?” (García Muñoz 1937: 243). ”.

En el habla coloquial de los sectores populares y medios quiteños, los quichuismos proliferaban en los apodos. Entre las década de los 20 y los 40 fue frecuente el uso de los siguientes sobrenombres: “cutos” (Quich. *cutu* = corto, diminuto) para llamar a quienes tenían las nalgas pequeñas; “cuchis” (Quich.

Anejo LXI, Madrid, 1953.

¹⁰ Jorge Icaza, *El chulla Romero y Flores*, Editorial El Conejo, Oveja Negra, Quito, 1986, p. 6

¹¹ Carlos Andrade, *Los inolvidables*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1964, pp. 171-172

cuchi = cedo) se llamó a los gordos; “cuicos” (Quich. cuica = lombriz) a los flacos;; “puchos” (Quich. “puchu” = sobra, residuo) a los de pequeña estatura; “lluquis” (Quich. lluiqui = izquierdo) a los zurdos; “sipos” (Quich. sipu = arruga, pliegue) a los arrugados; “zhuros” (Quich., zhuru = persona marcada por viruelas) a quienes tenían la cara con cicatrices o viruelas; “omotos” (Quich. omoto = enano) a los pequeños; “irquis” (Quich. irqui = flaco) a los de contextura delgada. Otros sobrenombres que aludían a las actividades profesionales fueron: “chapas” (del Quich. chapana = espiar) para llamar a los policías; otros apodos menos frecuentes fueron “rututo” (del Quich. “rutu” = trasquilado) ; “mapahuirá” (del Quich mapa = sucio y huira = manteca); “shungo” (del Quich. shungo = corazón). Asimismo se usó la palabra “Maschca” (del Quich. “mascha” o “máchica” harina de cebada tostada) para llamar a los latacungueños; “Guaytambo” (En el Quichua se usa para designar a un tipo de durazno) para llamar a los ambateños, o la palabra “pupos” (del Quich. pupo = ombligo) para designar a los carchenses.

En muchas de las expresiones coloquiales utilizadas por los chullas fue evidente la presencia de palabras de origen quichua. Por ejemplo:

- “echar la huasca” (soga): abordar a una señorita para galantearla¹².
- “en guango” (del Quich. huango = manojo): con abundancia¹³.
- “en guando” (del Quich. guando = andas): en manos de otros¹⁴.
- “brindar un huacho” (del Quich. huaccha = solo, huérfano): hacer un brindis (Carlos Andrade, 1964: 173)
- “vale cutules” (del Quich. cutul = hojas que cubren a las mazorcas de maíz) , equivale a decir que algo no vale o es insignificante (Icaza, 1986: 74).
- “tener una chaucha” (del Quich. chaucha = especie de papa delicada o que maduran temprano): trabajo ocasional que supone la obtención de dinero (Icaza, ibíd., 137).

Incluso el habla coloquial de los sectores altos, algunas de cuyas familias tenían pretensiones nobiliarias, evidenciaban la influencia de las hablas populares.

¹² Carlos Andrade, “El auténtico Chulla Quiteño”, en: E. Freire y M. Espinosa (compiladores), *Parías, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria No. 4, Taller de Estudios Andinos, Quito, 1999, p. 74

¹³ Jaime Vega Salas, *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)* , Gráficas Ortega, Quito, 1996, p. 27.

¹⁴ Alfonso García Muñoz, “Viva el Carnaval”, en, E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 249.

De ahí que Gonzalo Zaldumbide en un artículo aparecido originalmente en el diario *El Día* contaba que una vez que regresó del exterior a Quito saludó con ciertos señoritos de la clase alta que, al verlo a los tiempos, inmediatamente le compadecieron diciéndole que él debía estar acostumbrado a otras tierras y ciudades mejores que la ciudad de Quito, la misma que les parecía un horror. Zaldumbide con ironía recalcaba que el único horror que percibió en aquel momento fue “las erres arrastradas tan a la quiteña, tan a la chola”¹⁵. Más Tarde Justino Cornejo encontrará para sorpresa de él en una obra de Julio Tobar Donoso -uno de los casticistas quiteños y ecuatorianos más destacados- en que se exponía algunos criterios y consejos para hablar correctamente el español, una gran proporción de giros y expresiones que debían su existencia a la influencia de kichua¹⁶.

La presencia vigorosa de palabras y giros que provienen del kichua en los sociolectos de Quito en la primera mitad del s. XX, a más de evidenciar una posición particular en la jerarquía socioétnica prevaleciente en la ciudad de ese entonces, parecen revelar el manejo de dichos códigos por uno y otro actor en dependencia del sitio o de la situación específica en que un mismo hablante se halle. Es decir, parecen depender del entorno en que se encuentra el hablante, del propósito de su comunicación y de los interlocutores a los cuales se dirige. El uso de quichuismos responde entonces a esta doble situación.

Por otra parte se puede decir que a pesar del pertinaz esfuerzo de refinamiento de las capas medias y altas, y de la labor represiva y disciplinista de la Escuela que enarboló las banderas del “buen hablar”, el habla coloquial quiteña no logrará -hasta hoy día- librarse de las influencias del kichua. Hecho que revela por una parte la fuerte interferencia del kichua en la vida cotidiana urbana, debido al incesante flujo de migrantes definitivos o temporales que proviene del campo; y, en segundo lugar, al hecho de que por lo menos uno de los ascendientes próximos de la mayoría de hispanohablantes actuales en Quito tuvo al Quichua como idioma materno.

3.3 Las formas de habitabilidad

¹⁵ Gonzalo Zaldumbide, “El quiteño detesta a Quito”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Liberia Cima, Quito, p.205

En las primeras décadas del s. XX los hogares de los sectores populares de la ciudad no se diferenciaban mayormente de los casas campesinas. Incluso los barrios populares que habían crecido aceleradamente en las colinas donde no llegaban los automóviles ni el agua corriente, tenían un aspecto rural antes que urbano. Todos ellos, al decir de Icaza (1986: 131) olían a matadero, a jergón de indio. Además habían crecido a partir de un orden “caótico” sin “ángulos, orden ni concierto”, según destacaba Albert Franklin. Para el viajero norteamericano, no cabía duda que la forma de cohabitar de los vecinos de San Juan era rural: “Viven como los campesinos de todas partes, salvo que aquí, con una población tan densa y sin espacio para sembrar nada, para mantener la familia tienen que trabajar de jornaleros o en un oficio, más bien que en la agricultura”¹⁷.

Si tomamos la descripción que realiza Icaza de la vivienda campesina pobre no indígena y la comparamos con la descripción que realiza el mismo autor sobre el hogar de un amanuense de escribanía o la pieza de un chulla, ambas ubicadas en un conventillo del barrio San Juan, casi no se encuentran diferencias.

En efecto, en la novela *En las calles* Icaza refiriéndose a las viviendas campesinas señala:

hogares de pobreza e ingenuidad disimuladas con tapiz de periódicos y oleografías baratas en las paredes, con luz de candil o vela de sebo por las noches cuando la lumbre del fogón no era suficiente, con el poncho bien doblado sobre el banco rústico cuando llegaban visitas de alguna consideración, con cama sin sábanas y colcha de hospital.¹⁸

Posteriormente en su novela *El Chulla Romero y Flores* pinta con crudeza el interior del hogar de un amanuense de escribanías:

hamaca percutida de orinas y excrementos de guagua tierno sobre el lecho miserable del matrimonio: la vela moribunda en candelero de botella vacía; el jergón de la chola guiñachisca en el suelo... la mesa cargada de frascos, tarros de lata, periódicos viejos -revoltijo de chucherías; la cama de la prole -cuatro rapaces, dos hembras y dos

¹⁶ Justino Cornejo, *El Quichua en el Ecuador*, Publicaciones de la Academia de la Lengua, Quito, 1967, p. 37.

¹⁷ Albert Franklin, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945, p. 121.

¹⁸ Jorge Icaza, *En las calles*, Editorial El Conejo, 1985, pp. 17, 55; y *Cholos*, Colección Antares, Libresa, 1990, p. 14.

machos... - hecha de tablas y adobes; el altar de la Virgen de ingenua factura fetichista -habilidades de crochet, papel dorado en flores, en tiras, en penachos- cubriendo una esquina; los bacines hediondos a sarro -el grande para el papá y la mamá, el chico para los niños... el baúl desvencijado como banca y la banca como ropero nocturno. Todo sumido en aire y estrechez de tibieza nauseabunda (Icaza, 1986: 117).

Igual aspecto tiene la pieza del protagonista Alfonso Romero y Flores. Se trata de una habitación sin luz eléctrica y por tanto alumbrada con velas, en la que sobresalen:

colillas rodando por el suelo, un poyo para trepar a una ventana desvencijada, un tarro mugriento de lata ocupando el sitio del bacín, un sofá de tres medallones destripados, una palangana llena de agua de jabón, una silla coja, una cama de pilares apolillados y cobijas revueltas, lacras de gotera en el cielo raso, huellas de manos sucias y escupitajos fósiles en el tapiz de las paredes, palos viejos en un rincón”.

Además indica Icaza que la cama no tenía sábanas, no habían sillas, mesa ni reverbero.

La única diferencia de importancia que se percibe en el interior del hogar del chulla es la presencia de colillas. Sin duda el uso del cigarrillo en la primera mitad del s. XX fue un signo de distinción, de ahí que lo usase los ricos y quienes aspiraban a pasar como señores, entre ellos obviamente los chullas.

De todas maneras, el patrimonio de los sectores populares, incluidos los chullas, parece irrisorio, de ahí que Carlos Andrade (1999: 72) en el retrato que hiciera del “auténtico” chulla quiteño señala que cuando éste se cambiaba de casa porque le han echado candado por no pagar las mensualidades del arriendo “para el traslado de su mobiliario y pertenencias le basta una servilleta o una hoja de *Ultimas Noticias* para envolver sus efectos personales” todo lo cual lleva bajo el brazo.

En fin estas condiciones de precariedad y descuido en los hogares de los sectores populares y medios fue destacada con preocupación por el médico Municipal doctor Peñaherrera V. en 1933, quien en su informe señalaba que los pobres por lo general arriendan habitaciones oscuras, húmedas y estrechas, en las que se nota un desconocimiento de todo principio higiénico, “la falta absoluta de educación en todo a cuanto se refiere a vivir mejor”. Esta misma realidad se observaba en los hogares de los empleados que tenían pequeños sueldos, los dueños de talleres y en fin en las personas que bien podían pagar

un departamento o eran propietarios de una pequeña casa. Sucedió por lo general que:

una habitación recién entapizada es recubierta de estampas, recortes de periódicos, etc., en donde se acumulan cantidades enormes de polvo, el entablado recién arreglado o nuevo es recubierto por esteras o pisos viejos imposibles de asear. Hay que evitar que *de el aire* y con ese objeto se impide toda ventilación, se desconoce por completo la manera de usar los servicios higiénicos” .

Este tipo de decoración evidencia por lo demás un gusto todavía muy anclado en costumbres rurales y creencias mágicas andinas, distante todavía del estilo moderno, propiamente urbano que se empieza a evidenciar posteriormente en las casas de las ciudadelas y conjuntos residenciales.

Además señalaba el mismo autor que las habitaciones que no tenían luz, ventilación, entablado, cielo rasos ni revestimiento servían al mismo tiempo de cocina y lugar donde se criaban los animales¹⁹.

La demanda cada vez mayor de vivienda por parte de los migrantes provincianos que no dejaban de arribar a la ciudad, fueron multiplicando la presencia de conventillos, ubicados en los márgenes de la ciudad y en las mismas casas señoriales del centro. El conventillo albergaba en su interior a un heterogéneo conjunto de personas: estudiantes venidos de provincia, mercaderes, damiselas, prestamistas, burócratas, obreros, sirvientes y artesanos de variados oficios. La arquitectura del conventillo respondía a las necesidades de su moradores; por esa razón, a más de su atmósfera marginal, el conventillo adquirió una fisonomía particular, resultado de la combinación o imbricación de formas campesinas y urbanas de habitabilidad. Sin duda, es Jorge Icaza de nuevo, quien nos proporciona una imagen inigualable:

La propiedad... exhibía hacia la calle un rostro de muros hidrónicos, de estrechas ventanas de reja, de amplios aleros de carrizo, de puerta exterior con postigo tachonado por aldabas y clavos herrumbrosos - mestizaje de choza, convento y cuartel-. La humedad al filtrarse hasta el zaguán había carcomido las paredes con machas de sucia vejez. En los patios -primero, segundo, tercero, cuarto al barranco de letrina y almas en pena- el sol ardía por las mañanas evaporando los desagües semiabiertos, los chismes del cholerio, las disputas ingenuas y las ropas puestas a secar -aseo de pañales hediondos, de cobijas con pulgas, de

¹⁹ Informe del Dr. Peñaherrera V, Municipio de Quito, *Gaceta Municipal*, Año XVIII, No. 67, Quito, septiembre 30 de 1933, pág. 129

cueros y colchones orinados-. Por la tarde en cambio, la lluvia... enlodaba los rincones, y al chorrear monótona desde las goteras se abría paso por los declives del callado mal humor, por las junturas de la pena sin palabras. En la intimidad de cada vivienda -chicas, grandes, entabladas, blancas de cal, pulidas de papel tapiz, noticiosas y remendadas de revistas y periódicos, con ladrillos o piso de tierra dura, con ventanas o sin ellas, con puerta de madera o cortina de cáñamo- se escondía y barajaba el anhelo, la vergüenza, el odio, la bondad de los fracasos de un vecindario que iba desde el indio guangudo -cholo por el ambiente y las costumbres impuestas- hasta el señor de oficina -pequeño empleado público-, pasando por una tropa de gentes de servicio doméstico -cocineras, planchadoras y lavanderas de follones, con o sin zapatos, casadas o amancebadas-, por artesanos remendones, por guarichas -de soldado, de cabo, de sargento-, por hembras de tuna y flete, por obreros sin destino fijo, por familias de baja renta y crecidas pretensiones (Icaza, 1986: 55-56).

Pero sin duda, el paradigma del conventillo quiteño fue la llamada “Casa de los 7 patios” ubicada en la calle Rocafuerte en el barrio de San Roque, que al decir de Raúl Andrade representaba la condensación de la vivienda popular quiteña, cuyo interior fue creciendo a medida que más y más inquilinos llegaban a ella como si se tratase de una ciudad²⁰.

Por su parte los hogares de los sectores dominantes, hasta la década de los 20, aparecen fuertemente influenciados por los modelos de habitabilidad de los sectores populares, debido a la cohabitación entre ricos y pobres que caracterizaría a la sociedad premoderna. En efecto en las casas señoriales cohabitaban las familias pudientes con sus sirvientes e inquilinos miserables. Estos por lo general residían en el primer piso, mientras los dueños ocupaban la segunda planta. Las descripciones de los visitantes extranjeros hablan de un evidente descuido en la limpieza en los hogares de los ricos y de hábitos más bien campechanos a pesar de los valiosos ajuares y muebles que se exhibían y que constituían el sello distintivo de la riqueza, posición, viajes, influencia y gusto del propietario. Este mobiliario por lo general se guardaba en la llamada “sala”, la que por lo general permanecía cerrada, excepto cuando llegaban visitas (Franklin 1945: 128).

Sin embargo con el transcurrir del s. XX, fueron estos mismos sectores pudientes los primeros en modificar los hábitos de habitabilidad en los nuevos barrios residenciales que aparecieron en Quito.

En efecto el aparecimiento de los barrios residenciales al norte de la ciudad vieja o la construcción de edificios en el centro que rompían con la uniformidad colonial, eran expresiones claras del deseo de los sectores de alto poder adquisitivo de afirmar su distinción o distanciamiento social frente al resto de grupos urbanos, al mismo tiempo que servían de ejemplo para la sociedad en general del “saber vivir”.

La búsqueda de espacios de vida diferenciada estuvo estrechamente vinculada a la toma de conciencia de los sectores dominantes del “oscuro” entorno social que empezó a rodear a la ciudad vieja como consecuencia de las migraciones interioranas y la imposibilidad de imponer orden, salubridad y limpieza²¹.

De esta manera se produjo una fractura en la sociedad urbana. Surgieron entonces dos ciudades: el Quito del pueblo y el Quito de la gente decente. Espacialmente el primero se ubicó en los barrios de las colinas que cercan a la ciudad vieja y al sur de la misma. Posteriormente a medida que transcurría el s. XX y los migrantes pobres invadían la ciudad vieja, contribuyendo a su tugurización y a la informalización de su vida económica, el Centro Histórico también pasó a formar parte del Quito del pueblo. Por su parte, el Quito de la gente decente se ubicó desde entonces al norte, teniendo al barrio de “La Mariscal” como su núcleo.

En este sector, los impulsos modernizadores y la adscripción eurocentrista de los sectores pudientes se plasmó en la construcción de sus residencias. Estas, tanto en su arquitectura y decorados interiores evidenciaban claramente el afán de ser moderno en clara oposición y contraste a lo colonial, el mundo rural y lo indígena, manifestando una obsesión por emular el estilo de vida occidental. Desde la perspectivas de los visitantes extranjeros de la época: Franklin y Bemelmans quienes llegaron a la ciudad entre fines de la década de los 30 e inicios de la década de los 40, los barrios residenciales de los sectores pudientes se caracterizaban por la exageración, la falta de autenticidad, la imitación y la fastuosidad.

²⁰ Raúl Andrade, “La casa de los 7 patios”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Liberia Cima, Quito, p. 318.

²¹ Eduardo Kigman “Quito, vida social y modificaciones urbanas”, en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 142-143

Franklin (1945: 123) por ejemplo se refería en los siguientes términos: “En un trapezoide limitado por el Parque de Mayo y las avenidas 18 de septiembre, Colón y 12 de Octubre está el mayor conjunto de monstruosidades arquitectónicas que hasta ahora se hayan reunido en un espacio tan pequeño”. De ahí que sea “penoso para la vista tanto mal gusto concentrado”. Bemelmans coincide plenamente. En un tono más burlón señalaba:

Un arquitecto que ha sido seguramente un excelente pastelero, que ha llegado a ponerse de moda, le han dejado suelto por aquí y le han permitido que haga una calle en la que ha tenido el acierto de reunir todo aquello que es más horrible y espantoso.

La primera casa, es un castillo marroquí de color rosa y verde con reminiscencias del Taj-Mahal inyectadas por cualquier parte entre las puertas y las ventanas. A su vera se ha dado forma a la nostalgia de un inmigrante germano y se ha perpetrado a un chalet estilo Selva Negra, al que la falta solamente la nieve, música pascual, los altos pinos y un lobo con una canasta en los hocicos. El tercer edificio muestra el ejercicio de una infortunada iniciativa; es moderno, un cuarto de baño coloreado al pastel que se ha colocado de adentro para afuera o sea al revés y patas arriba; una caja de píldoras pequeña y brillante con ventanales redondos de tamaño exagerado. Esta hilera de casas, situadas una a distancia de pocos pies de la otra, termina en un centinela de piedra, como un castillo de Lohengrin enano²².

Sin lugar a dudas estos comentarios portaban de manera implícita ciertos prejuicios como el hecho de considerar lo moderno algo exclusivo de las sociedades norteamericana y europeas o la intolerancia frente a la convivencia y concentración de lo heterogéneo; al mismo tiempo que expresaban la valoración y el deseo de búsqueda de lo local y étnico como alternativa al mundo moderno. Sin embargo no por ello dejaban de evidenciar en los sectores dominantes quiteños el afán asimilacionista de los patrones de vida occidental.

Esta actitud también se evidenciaba en la decoración. A partir de la llegada del tren que permitió el arribo de mercaderías nuevas, el mobiliario de los sectores dominantes empezó a cambiar. Desde entonces llegaron objetos nunca antes conocidos para las casas de los ricos: sillería de Viena, olografías napoleónicas, venus de escayola, rizadas cornucopias de mármol con lunas

²² Ludwing Bemelmans, *El Burro por dentro*, primera edición, Editorial Moderna, Quito, 1941., p. 40.

venecianas, japonerías de seda y laca, barricas de vino de España y Francia. De esta manera -al decir de Raúl Andrade- en las casas de las familias adineradas los vetustos sillones frailunos, las robustas mesas talladas y los pesados butacones de peluche escarlata o de damasco antiguo, dieron paso al mobiliario de retorcido estilo rococó, con arquetas y patitas sobredoradas de purpurina²³.

Posteriormente ya a finales de la década de los 30, Franklin (1945: 126) señalaba que los propietarios de las viviendas de la Mariscal buscaban en los números del *Architectural Forum* el detalle vulgar o excesivo que por error se deslizaba en dicha revista haciendo que los artesanos de la ciudad lo copien con exactitud. Todo lo cual:

ha producido una catástrofe de menor cuantía entre los tejedores de alfombras de Guano, que hacen muchos trabajos para la *gente decente*. Han descubierto que los dibujos geométricos modernistas tomados del catálogo de linóleums, ampliados a nueve por doce, tienen un mercado ávido en Quito. Hace tiempo los fabricantes ingleses de papel para paredes descubrieron que si cometían un error e imprimían algunos cientos de rollos con un dibujo fundamentalmente malo, que no comprarían en Inglaterra ni en sus mercados usuales, se vendían fácilmente en Quito, donde tenían el gran mérito de ser importados y el mérito secundario de no tener nada que ver con los buenos principios de decoración de paredes.

El gusto arquitectónico de los sectores pudientes se impuso al mismo tiempo como modelo a seguir, contagiando rápidamente a los sectores medios. Así lo evidenciaba la construcción de viviendas para empleados con recursos asumida por el Estado en el mismo sector de la Mariscal. Al respecto Franklin (1945: 125) destacaba: “hasta las casitas construidas en serie por la Caja de Seguros se han contagiado con la fiebre de grandeza, y en sus modestos muros revocados hay contrafuertes góticos de piedras sin pulir”. Ante otro conjunto residencial de este tipo, Bemelmans (1941: 41) expresaba:

En medio de un soberbio paisaje, que difícilmente puede igualarse, un ambicioso constructor ha levantado dos hileras de casas mirándose frente a frente; como una veintena de ellas, idénticas como conejos,

²³ Raúl Andrade, “Elegía de la Chullita” y “Lienzo mural e Quito de 1900”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, 1993:p.15

construidas de piedra pintada de rojo, con líneas blancas cuidadosamente tiradas, que dividen la sangrienta superficie para darle apariencia de ladrillos. Cada una de las casitas tiene el mismo número de ventanas, la misma puerta, y la misma mata de hierba a derecha e izquierda de la entrada. Es una compañía inmejorable para el descorazonamiento de una angustiosa calle en el distrito carbonero de Pensylvania.

Frente a este alarde de inautenticidad que ofrecen las viviendas de la “gente decente” de Quito, Franklin resaltaba que:

Toda la belleza arquitectónica de la ciudad está en el Quito del pueblo. En primer lugar le pertenecen las grandes iglesias; su devoción, sus “reales” y su trabajo es lo que ha hecho que estos monumentos barrocos de apasionada fe, tengan existencia . En segundo término, sus hogares y sus barrios ofrecen el encanto de los tres motivos artísticos que más se repiten en Quito; las empinadas calles empedradas con guijarros, las paredes blanqueadas sin ventanas, con altos balcones y aleros salientes, y los ángulos, sin orden ni concierto, de los rojos techos de teja” (Franklin, *ibíd*, 123).

Por otro lado, mientras en las calles y plazas del Quito del pueblo rebozaban de vida y actividad, gracias a la cotidianas escenas tradicionales y ruralizadas que convivían con otras típicamente urbanas y modernas, el Quito de la gente decente, sus barrios residenciales que eran básicamente barrios dormitorios, lucían silenciosos transmitiendo soledad. Por estas razones y por el pseudo barroquismo de su arquitectura, el negro humor quiteño llamaría a la Mariscal el “cementerio de los vivos”²⁴.

El cambio en las costumbres de habitabilidad para los grupos subordinados, sucedió por su parte a partir de la formación de barrios obreros en la década de los 30, al sur de la ciudad vieja (Villa Encantada, Santa Ana, La Loma , Chimbacalle, Vicentino de Chiriaco) y la construcción de conjuntos habitacionales para los empleados públicos a partir de la década de los 40 (Allpahuasi, Villa Flora, Belisario Quevedo).

En fin, la ciudad a finales de la primera década del s. XX ofrecía una atmósfera de cambio y transición, una panorámica que evidenciaba abigarramiento, convivencia, conflicto y articulación del mundo rural con el propiamente urbano, de la modernidad y el mundo colonial, dando lugar a un

²⁴ Nicolás Kigman, “La ciudad de los recuerdos” en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, 1991, pp. 1991.

nuevo paisaje que al decir de Icaza (1986: 35) resultaba:

Mezcla chola -como sus habitantes- de cúpulas y tejas, de humo de fábrica y viento de páramo, de olor a huasipungo y misa de alba, de arquitectura de choza y campanario, de grito de arriero y alarido de ferrocarril, de bisbiseo de beatas y carajos de latifundista, de chaquiñanes lodosos y veredas con cemento, de callejuelas antiguas -donde las piedras, las rejas, las espadañas coloniales han detenido el tiempo en plena aldea- plazas y avenidas de amplitud y asfalto ciudadanos.

3.4 Las indumentarias

La vestimenta fue una de las prácticas culturales sometidas a una de las variabilidades más dinámicas en el período de estudio. Pues, desde inicios del s. XX se empezaron a dar cambios significativos.

Las modificaciones que se operaron a nivel de las relaciones sociales en la primera mitad del s. XX, contribuyeron poco a poco y a medida que avanzaba el siglo a desorganizar las formas tradicionales de identificación y diferenciación establecidas mediante el vestido. La alta competitividad entre los actores, sumada a la discriminación y el racismo reactivado por la migración determinó que la apariencia personal sea un requisito básico para recibir no solo buen trato sino tener oportunidad de dinamizar el ascenso social. De esta manera, los grupos ubicados en los estratos inferiores de la jerarquía social y asociados con el mundo rural e indígena, buscaron modificar su vestimenta para sortear y enfrentar la estigmatización de que habían sido objeto.

No cabe duda que a inicios del s. XX las vestimentas tenían un rasgo no solo social sino étnico. Olano refería que en el Quito de ese entonces a cada grupo socioétnico le correspondía un vestido particular. Señalaba que en las calles principales y centrales de Quito como la carrera Venezuela predominaba el tipo de dama y caballero vestido a la europea. Más allá era posible ver al “petimetre que exagera las características de la moda parisién”; los yumbos que apenas llevaban un ligero calzoncillo; los indios de Zámbez con su cabellera larga y la pulcritud de su vestido: calzoncillo corto de lienzo, ruana o poncho de lana siempre encarnado y sombrero de fieltro gris; a los albañiles con el cabello recortado y pantalón largo “signos de supremacía”; o a las bolsiconas o cholas que vestían de bayetón y “ostentan en orejas y gargantas ricos y vistosos

perendengues”²⁵.

Los sectores dominantes desde la época colonial siempre vistieron al estilo europeo, sin embargo la evolución en el vestido por cuestiones de moda empezó a inicios del s. XX. A partir de entonces se implantó una nueva costumbre en las estratos altos y medios: el cambio frecuente de vestido, considerado en tiempos anteriores como un lujo excesivo²⁶.

Los sectores dominantes tenían muy claro que lucir un vestido lujoso y costoso otorgaba reputación, distinción y jerarquía; pues el vestido a la moda y al estilo europeo otorgaba el status socioétnico de “señor” o “caballero” equivalente a la categoría etnorracial de “blanco”. Por esta razón muchos cholos o chagras adinerados, a través de la indumentaria de caballeros afianzaban la nueva posición social alcanzada. Casos como estos aparecen con frecuencia en la literatura icaciana, como aquel personaje de la novela *En las calles*, Rafael Urrestas, que de pequeño comerciante rural devino, gracias a ciertas circunstancias ventajosas, en exportador de sombreros. Entonces sucedió que:

aquel chagra a la vuelta de su primer viaje al extranjero, saturado de aire marino y de civilización dejó el poncho y las alpargatas en la posada de los Manosalvas -alias el Colegio de los Burros- , y, luciendo zapatos de becerro comprados en las Cuatro Esquinas y vestido de casimir, volvió al pueblo hecho un caballero; aquel ‘caballero hechizo’ -broma sarcástica de sus amigos ante la transformación paramental (Icaza, 1985: 30).

Ya desde inicios del s. XX, entre los mestizos de la ciudad, artesanos, empleados públicos o privados, apareció una obsesión por lucir como caballeros, aspecto que se consideraba indicador inequívoco de urbanidad y símbolo de distinción frente a los campesinos e indígenas. De ahí que hombres de pueblo muy conocidos en la ciudad como fue el caso de don Canuto Silva quien se ganaba la vida enseñando a jugar billar, a más de realizar su trabajo de plomero, carpintero y paragüero, hacia estas labores sin sacarse el sombrero coco, con sus zapatos-botines sin amarrarse los cordones y el paletó puesto, aunque éste no tenía mangas ²⁷.

²⁵ Antonino Olano, *De Popayán a Quito. Impresiones de viaje*, Tip. y Encuadernación Salesianas, Quito. 1915. pp. 148-150.

²⁶ María Antonieta Vásquez, “Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX”, *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 9, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, Quito, p. 220.

²⁷ Fernando Jurado Noboa, *El Chulla Quiteño*, SAG, Volumen 60, Quito, 1991, p. 258.

En estas circunstancias las almacenes que alquilaban trajes, llamados en ese entonces “guardarropías” se volvieron negocios prósperos, ante la demanda de la gente del pueblo y del campo que buscaba un traje de señor y sobre todo, gracias a la “urgencia cotidiana de una gamonalismo cholo que creyéndose desnudo de belleza y blasones busca a toda costa cubrirse con postizos remiendos”, con el propósito de “ cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí” como señala el dueño de una guardarropía en la novela *El Chulla Romero y Flores* (Icaza, 1986: 41).

En las guardarropías se alquilaban trajes de frac, sobretodos, blusas, capas, pellizas, abrigos, sacos, pantalones, levitas, chales, corpiños, etc. junto con los disfraces para la fiesta de inocentes, famosa en la época: pierrots, colombinas, napoleones, payasos, arlequines, odaliscas, nerones, frailes, generales, piratas o monjas.

A las guardarropías se acudía sobre todo cuando había un compromiso social de por medio. La clientela asidua que buscaba un traje de caballero incluía tanto chagras y chullas, como a latifundistas y funcionarios públicos. Todos estos personajes buscaban aparentar un estatus social inexistente sobre todo, los chullas, la mayoría de ellos subempleados o en el mejor de los casos adscritos a la baja burocracia, los mismos que a través del vestido buscaban ostentar o aparentar una situación pecuniaria y una capacidad adquisitiva inexistente. El vestido de señores o caballeros fue para los chullas un instrumento de distinción frente a los sectores populares de origen rural y provinciano, de ahí que se convirtió no solo en su indumentaria diaria sino en uno de los rasgos simbólicos que lo identificaban.

En fin “los sueños de caballero” del chulla -como lo llama Icaza (1986: 9)- se manifestaban en la “preocupación enfermiza en el vestir del chulla futre: pulcritud de plancha en solapas y dobleces, fino escamoteo de remiendos, corbata de lazo, pañuelo al pecho”.

En el transcurso de la primera mitad del s. XX y de acuerdo a la evolución de la moda, el futre quiteño uso sombrero de coco, chistera (un sombrero de copa alta), buche, hongo o los populares “pance burros”, jaquet, leva, chaleco, americana, bufanda, clavel o pañuelo al pecho, corbata, prendedor, gemelos, pantalón de fantasía, paletó o gabán largo, sobretodo, botainas, etc. Y a pesar que la pobreza cercaba al chulla, éste siguió luciendo como caballero y a la moda,

aunque en estos casos, las camisas fueron remplazadas solo por cuellos y puños de celuloide o pecheras amarradas con piolines, al mismo tiempo que las levitas que usó en estos casos fueron reviradas, los pantalones remendados y los sombreros vueltos a teñir.

De todas formas el vestido no logró cubrir de todo la herencia rural o indígena de chullas, pequeños burgueses, latifundistas o funcionarios públicos. Cuando en las reuniones sociales las formalidades se distendían sucedía lo que Icaza describe en el baile anual de las Embajadas en Quito:

poco a poco se ajaron los vestidos - en lo que ellos tenían de disfraz y copia-. Poco a poco se desprendieron, se desvirtuaron -broma del maldito licor-. Por lo pliegues de los tules, de las sedas, de los encajes, del paño inglés, en inoportunidad de voces y giros olor a mondonguería, en estridencia de carcajadas, en tropicalismo de chistes y caricias libidinosas, surgió el fondo real de aquellas gentes chifladas de nobleza, mostró las narices, los hocicos, las orejas -chagras con plata, cholos medio blanquitos, indios amayorados-. Rodaban por los rincones, por el suelo, sobre sillas y divanes -plaza de pueblo después de la feria semanal... (Icaza, 1986: 46-47)

Este pasaje destaca la misma situación que se evidencia en un momento previo a dicho acontecimiento. Después que el Chulla Romero y Flores ha alquilado un traje de lord inglés para acudir a la fiesta, sale en taxi en busca de su acompañante y pretendida Rosario, que a su vez ha alquilado un traje de princesa. Sin embargo al bajarse del taxi y sin darse cuenta: “lleno de explosiva impaciencia silbó como un soldado a su guaricha, como un arriero a sus mulas” (Icaza, 1986: 44). Este comportamiento totalmente fuera de tono con lo que buscaba aparentar el chulla no es más que la irrupción de un comportamiento automatizado que no pasa por la conciencia intencional y que tienen un arraigo tal en las conductas de los individuos ya que ha sido adquirido e inculcado en las etapas tempranas de socialización. Se trata por tanto de lo que Pier Bourdieu ha llamado *habitus*²⁸. De esta manera este pasaje y el arriba citado nos muestran como la presencia de los *habitus* se vuelve explícitos de improvisto, evidenciando las verdaderas procedencias socioétnicas que los personajes icacianos buscan disimular u ocultar, asumiendo poses de refinamiento.

²⁸ Pierre Bourdieu, *El sentido de la práctica*, Taurus Humanidades, Barcelona, 1991, p. 91,

A medida que avanzaba el s. XX y para el caso de longos y cholos, se fue haciendo cada vez más difícil establecer su clasificación a través de la vestimenta debido a las mutaciones étnico-culturales y movilizaciones sociales que protagonizaron. Así por ejemplo se sabe que cuando los indios de poncho, cotona, calzón de liencillo y hoshotas entraban a trabajar en las fabricas, estas prendas eran substituidas por vestido de casinete, gorra y zapatos (Icaza, 1985: 89).

Asimismo la descripción de la indumentaria de los cholos dada por la literatura realista y costumbrista no establece con exactitud el tipo de prendas que usaban estos. Lo que parece claro es que en los cholos (y probablemente también en los longos), las mujeres se mostraban más conservadoras en la vestimenta que los hombres. Por esta razón, los escritores del período tiende a destacar las prendas de la indumentaria femenina antes que la masculina. García Muñoz sólo destaca como prenda singular de los hombres el sombrero, mientras que Icaza además de éste destaca el anillo de acero y el diente de oro. Según el primero, el sombrero de los cholos es de paja, particularmente en el caso de los albañiles. Para Icaza en cambio el sombrero de los cholos es de paño e igual en su forma al de los señores, diferenciándose del de éstos solo en su calidad y porque el de los cholos lucía por lo general sucio, seboso y desplanchado (Icaza, 1985: 22).

Entretanto en la descripción de la indumentaria de las cholas que realiza Icaza se pueden encontrar más cantidad de prendas de uso exclusivo. Así por ejemplo destaca que las cholas cocineras en la década de los 30 usaban chalina otavaleña, vestido de buena tela y zapatos bajos, mientras que las cholas del mercado solían llevar follones de bayeta, pañolón en los hombres y peinadas con trenzas amarradas con pabito (1986: 32 ; 1985: 113). Blair Niles una visitante norteamericana de la ciudad en la década de los 20, en cambio señala que una chola que colaboraba con los frailes franciscanos en entregar comida a los mendigos del convento de San Francisco, llevaba centro de bayetilla, pañolón vistoso y brillante.

En este sentido a medida que avanzaba el s. XX parecía cada vez más difícil establecer las prendas típicas en longos y cholos. Y las razones que

explicaban este hecho no fueron solo el deseo de neutralizar a través del cambio de vestido la estigmatización racial y étnica de que eran objeto sino las nuevas normas de urbanidad dictaminadas por el Municipio. Pues, éste en función de su política de higienización y sanidad pública, obligó a partir de la década de los 20 a muchas verduleras, a cambiar su indumentaria de centro y mantas de bayeta, en beneficio del concepto de limpieza²⁹.

Por estas razones se puede afirmar que el vestido que portaban tanto largos, cholos o chullas, poco a poco dejarán de constituir un rasgo definitorio de estos grupos. La homogenización del vestido por tanto fue haciéndose presente. Prendas de vestir que permanecieron durante un tiempo considerable como rasgos de identidad grupal desaparecieron por virtud de la emulación social y el dictamen de la moda. Así por ejemplo el Sr. Manuel Bonilla sombrerero de la Plaza del Teatro contaba que los sectores medios y altos dejaron de usar el sombrero a partir de la década de los 40, cuando por esos años llegó a Quito un italiano que fue funcionario de la embajada de su país, el mismo que al pasear frecuentemente por la ciudad sin sombrero, impuso su costumbre como una moda, al ser seguido de inmediato por los señores pudientes y luego por las capas medias³⁰.

Ante esta situación y a mediados del s. XX, fue frecuente oír a los cronistas de la ciudad lamentarse por la pérdida para siempre de algunas prendas de vestir propias de los quiteños, como la manta de burato de la chullita o las polleras de vivos colores de la bolsicon³¹.

3.5 Espacios de sociabilidad. Formas de esparcimiento y diversiones

En la primera mitad del s. XX se asiste a un cambio de los tradicionales espacios de sociabilidad así como de las viejas formas de esparcimiento y diversiones. Así por ejemplo si a inicios del s. XX la vida vecinal aparece fuertemente arraigada en los pobladores de la ciudad, a mediados del mismo siglo, ésta se ha restringido notablemente. Para entonces, la vecindad es una

²⁹ Cecilia Durán, *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*, Cooperación Española, Abya-Yala, PUCE, Quito, 2000, p. 70.

³⁰ Entrevista al Sr. Manuel Bonilla sombrerero de la Plaza del Teatro realizada por Juan Carlos Morales, Diario Hoy, 29-I-1991.

³¹ Ver por ejemplo Raúl Andrade, op., cit., 1993, p. 125.

relación observada solo en los sectores populares y que se manifiesta ya no a nivel de barrios sino dentro de los conventillos, entre las familias de inquilinos que los habitan.

A medida que avanza el s. XX, aquella vida vecinal en la cual los vecinos compartían las penas y las alegrías es cada vez más cosa del pasado. Atrás van quedando aquellos tiempos en que los vecinos no faltaban al momento de celebrar los acontecimientos familiares (bautizos, matrimonios, santos o festividades religiosas), ni a la hora de un duelo o enfermedad. Sobretudo en este último caso, en el cual los vecinos realizaban los llamados “viáticos”, es decir, la procesión del Santísimo desde la iglesia hasta la casa del enfermo (Vázquez, 1988: 212).

A partir de la década de los 20 con la cada vez mayor visibilidad de los migrantes y los chullas, las esquinas, plazas y parques relevan en importancia a los viejos patios, los portales y zaguanes. Aquellos espacios se convierten ahora en lugares de encuentro, sociabilidad y tertulia, pero es sobre todo en las esquinas en donde se corteja a las señoritas o se embroma con los amigos. Allí se desarrolla la inventiva para el chiste ligero e improvisado que se ha llamado “sal quiteña”. “Parar en la esquina”³² se denomina entonces a esta forma de pasar el tiempo. De ahí que esquinas como la del Teatro Bolívar, de la Botica Pichincha (Guayaquil y Esmeraldas) o la Sábana Santa (Guayaquil y Oriente), y plazas como la Plaza Grande y la Plaza del Teatro, se convierten en lugares emblemáticas de parada de los chullas (Kanela, 1999: 73).

Sin prisa pero sin pausa la secularización de la sociedad avanza. Si a inicios del siglo XX la vida religiosa dominaba por sobre la secular, a mediados del mismo empieza a suceder lo contrario. En la ritualidad eclesiástica cada vez menos participan los jóvenes, los hombres y los burgueses. A las nuevas generaciones de los sectores medios y altos ya no les interesa mayormente los sermones de los curas de la ciudad, los mismos que en las primeras décadas del s. XX daban tanto que hablar como las estrellas del cine lo harían en las década de los 30 y 40. Asimismo los confesores familiares van perdiendo influencia en las familias de dichos sectores.

La religiosidad parece más evidente en los grupos populares. Las cholas

³² Alfonso de Valdegana (seudónimo), *Vida pasión y muerte de un empleado público*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1946.

del mercado por ejemplo todas las mañanas llevan adelante sus prácticas devotas, misas, rezos, rogatorias, antes de iniciar su trabajo que dura hasta la tarde; y la peregrinación al Quinche del 19 y 20 de noviembre convoca a miles de devotos humildes. Se trata como señala Franklin (1945; 114-115) de “una reunión sagrada del pueblo. No hay intrusos. No hay ricos automóviles ruidosos, radios chillonas, *gente decente* que perturbe”.

En las famosas procesiones de Corpus, Viernes Santo, de la Virgen del Rosario, de la Merced o del Domingo de Ramos, cada vez aparecen menos jóvenes de las capas medias y altas. Para ellos dichos eventos ha dejado de constituir la ocasión de lucir sus trajes más elegantes como lo fue a inicios del s. XX. Epoca en que luego de las procesiones, las familias pudientes acostumbraban a celebraban reuniones familiares y tertulias en sus casas, al mismo tiempo que compartían el “rocero” una bebida costosa y de compleja elaboración (Vásquez, 1988: 230) . A partir de las década de los 20 también se vuelven menos frecuentes las retretas en la Plaza Grande y la costumbre de las familias acomodadas de pasear mientras la banda militar tocaba (Vásquez, ibíd., 230).

Incluso tradiciones muy arraigas como el rito de “rodear monumentos” en la Semana Santa o la tradición de los nacimientos fueron decayendo a mediados del s. XX. El primero consistía en las visitas que las familias solían hacer a siete iglesias rezando la estación mayor, al mismo tiempo que se observaba escenas escultóricas y decoraciones alusivas a la época que realizaban las diferentes iglesias en una especie de competencia. En cambio la tradición de los nacimientos no era más que la elaboración de belenes en las fiestas de Navidad, siendo los más destacados algunos de los que se exhibían en las casas de las familias pudientes.

A diferencia de las festividades religiosas, las celebraciones tradicionales de carácter profano como el carnaval y el día de inocentes siguieron teniendo una presencia vigorosa en el período de estudio.

El carnaval, la fiesta del agua en el mundo andino, fue y es una fiesta propiamente popular mal vista por los sectores dominantes, ya que la finalidad del mismo es hacer tabla rasa de los escalafones sociales, irrespetando las posiciones y las jerarquías. Por la violencia del juego, la algarabía y el anulamiento de las diferencias, fue considerado por los grupos hegemónicos

como un juego bárbaro, de ahí que desde el s. XIX, éstos empezaron a clamar por su “civilización”. Los sectores dominantes, a través de las instituciones coactivas del Estado, tomaron “medidas” para impedir y reprimir abiertamente el juego. Dichas “medidas” iban desde su penalización hasta la represión abierta. Pues, en las décadas de los 20 y los 30 fue muy común que saliese el batallón Yaguachi para atacar con sablazos a quienes jugaban, mientras que el gobierno de Galo Plaza de 1948 a 1952 promovió las comparsas y carros alegóricos, con el propósito de substituirlos por el juego del agua. Sin embargo esta iniciativa solo duró el tiempo de su periodo presidencial (Vega 1996: 57-61).

De todas maneras, y a pesar de resistir el embate de las acciones represivas de los grupos dominantes, el juego del carnaval quiteño no se vio exento de cambios. Ritos como el de la guerra de barrios, muy común en el s. XIX e inicios del XX se extinguieron posteriormente. En su lugar apareció las invasiones de casas que se realizaban en el mismo barrio y entre vecinos y la llevada al grifo y al tanque de los transeúntes. Así mismo los cascarones confeccionados con cera y rellenos de anilina o agua de rosas fueron substituidos por los globos de hule.

Por su parte la fiesta de inocentes, exclusivamente quiteña, fue una celebración que se generalizó en la ciudad desde la segunda mitad del s. XIX hasta la década de los 40 del siglo posterior, tiempo en que se perdió definitivamente. En la fiesta participaban todos los sectores y estratos de la sociedad quiteña. El sentido de la misma era el enmascaramiento. Los disfraces más importantes fueron en un principio el “payaso chorizo”, los “belermos” y las “viejas chuchumecas”, y a partir de la década de los 20 los “chapas” y “chagras”, etc. (García Muñoz, 1937: 52-53). Los disfrazados se concentraban en determinados espacios de esparcimiento para bailar al ritmo de las bandas de pueblo y participar en concursos de disfraces, comparsas y bailes. La fiesta duraba desde el 28 de diciembre hasta el 6 de enero.

Si bien en las primeras décadas del s. XX, la fiesta de inocentes parecía una fiesta democrática en la que participaban y se mezclaban los ricos con los pobres compartiendo los mismos espacios, a medida que avanzaba el siglo, los sectores pudientes empezaron a celebrar la misma de manera separada. De esta manera, en la década de los 30 y 40 la gente “encopetada” solía bailar en

el Hotel “Niza”, el Hotel “Centenario”, la Asociación de Empleados de Quito, el Hotel París de la Plaza del Teatro y en salones como el “Ermitage”, la “Resbaladera”, “Italia” o “La Delicia”. Mientras los sectores populares, artesanos y chullas, lo hacían en la plaza de Sto., Domingo, la plaza de toros Belmonte y luego en el coliseo de la calle Olmedo (Vega, 1996: 40-42).

En fin, el tiempo dedicado al ocio y al esparcimiento experimentó grandes cambios desde mediados de los años 20. A partir de entonces se acentuaron y se reformularon las formas de recreación secular. El robustecimiento de las capas medias y el desarrollo del gusto burgués, dieron impulso al desarrollo de formas recreativas nuevas como el cinematógrafo, el teatro y el hipódromo, junto con el aparecimiento de bares y cabarets, el remozamiento de la cantina y la afirmación de la llamada música nacional, sobre todo el pasillo.

A inicios del s. XX en los sectores pudientes se instaló de manera definitiva el acto de ir al cine que prontamente se convirtió en un rito social que permitía reconocimiento y status social. Pues era la oportunidad de exhibir la ropa y el maquillaje de moda: polvo de arroz, ternos estilo sastre para señoritas, cuellos y pecheras para caballeros, sombrillas de fantasía y medias de seda; buches, velos, cocos y birloches. La entrada al cine era sumamente cara: 1, 50 sucres la luneta cuando para entonces un quintal de papas valía 2 sucres³³. Al comienzo por tanto, el pueblo quedó al margen del cine, aunque poco a poco la demanda de este sector determinó la creación de cines populares o de plateas diferenciadas (galería) para seguir las películas de moda. De esta manera, en las décadas de los 30 y 40 en Quito, existían salas de cine para los ricos: El Edén y el Teatro Bolívar, y salas de cines populares: El Puerta del Sol y El Popular, en los cuales y a diferencia de los primeros la entrada solo valía 4 reales³⁴. En dichos espacios la forma de comportarse del público era totalmente diferentes. Si en las salas de los cines caros, sobresalían los comportamientos galanes y los modales burgueses, los cines populares se destacaban por la algarabía y desmanes de los concurrentes, en

³³ Wilma Granda, “El cine silente ecuatoriano: la azarosa historia”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, t. 3 primera edición, Abrapalabra, Quito, 1993, p. 444.

un entorno de poca higiene, ya que allí proliferaban las pulgas e incluso las ratas.

Otro sitio de recreación básica de los sectores acomodados fue el hipódromo. En la década de los 30 existían dos hipódromos en la Av. Colón: el hipódromo Mantilla y el hipódromo Miranda. El más afamado fue el primero y en él se realizaban carrera de caballos todos los domingos para “la flor y nata de la ciudad” que acudía religiosamente (Vega, 1996: 230).

A la par con estos dos lugares de entretenimiento, en la década de los 20 el teatro se renovó con el surgimiento del llamado “Teatro Nacional”. Para ese entonces se formaron las primeras compañías nacionales entre las que destacaban la de Marina Moncayo, Jorge Araujo y Carlota Jaramillo. Estas compañías escenificaban en ocasiones obras de los ya conocidos autores de la literatura nacional como Jorge Icaza. Además, los títulos y las temáticas reflejaban por otro lado el espíritu de la época. Tal fue el caso de “Trabajo y honradez” obra muy popular de entonces. A fines de la década de los 30, se formó la compañía Gómez-Albán que popularizó la “estampa quiteña” y al personaje de Evaristo Corral y Chancleta. Con ella el teatro nacional conoció sus mejores días. Los fundadores de todas estas compañías fueron empleados públicos y su audiencia eran fundamentalmente las capas medias (Durán, 2000: 94).

Este sector social fue a la vez el responsable del remozamiento de la cantina en las décadas de los 30 y los 40. El auge de este lugar, en donde se consumía cerveza y aguardiente, sobre todo el famoso mallorca quiteño “Flores de Barril” llamado también “guagua montado” por el logotipo de su etiqueta, se debió a la fuerte oposición que por razones de salubridad tuvieron las chicherías y guaraperías, y el deseo de las capas medias mestizas de alejarse del mundo indígena. La cantina constituía un signo de distinción frente a las guaraperías y chicherías de la época, cuyas dueñas, llamadas guaraperas o guarichas fermentaban el guarapo y la chicha para su asidua clientela de indios y cholos, con puñados de picadillos repugnantes que incluían plátanos podridos, cadáveres de ratas, zapatos viejos y orines. Los indios bebían y

³⁴ Alejandro Carrión, “Como se hace un Quiteño, método tentativo”, en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 304

dormían la borrachera en el suelo, en torno a cazuelas de chicha turbia, líquido que era recogido con pilches; mientras los cholos ocupan la mesas largas y sucias, libando en jarros de lata (Icaza, 1986: 134-135). La cantina, en cambio era el sitio adecuado para empleados, chullas e intelectuales, que cómodamente sentados en torno a mesas particulares, compartían chistes y chismes, amenizados por melodías populares entonadas por los juglares de la época.

Si en las guaraperías sonaban ritmos como el yaraví o el sanjuan, tocados por lo general por indios arpistas (García Muñoz, 1937: 181), en las cantinas de esa época se hicieron famosos los ritmos básicos de la llamada Música Nacional: albazos, pasacalles y sobre todo, los pasillos. Sin duda, el apogeo de éste último, resultado del feliz encuentro entre la cultura letrada (literatura y música) y la cultura cotidiana, se explica por la necesidad de refinamiento que buscaba el sector medio en emergencia, constituyéndose al mismo tiempo en su forma de expresión por antonomasia. Pues el carácter triste y dolorido del pasillo parecía recoger de alguna manera las frustraciones, valores y sentimiento de ese grupo social.

De esta manera, la cantina fue el ambiente propicio para el desarrollo de algunos de los principales exponentes de la Música Nacional. Así por ejemplo en el salón del “gordo” Quintana, en el actual Teatro Alhambra, empezó a cantar el “potolo” Valencia; la cantina de Don Angelito en la Olmedo y León dio acogida en cambio a Bolívar “el pollito” Ortiz y al trío “Los Indianos”; “La Cueva del Oso” a Homero Idrobo; la cantina de “Mogambo” en la calle Olmedo, fue el sitio de concurrencia habitual de los integrantes de las orquestas y conjuntos de la ciudad como: “Los locos del ritmo” o “los hermanos Salgado”, etc. (Vega, 1996: 13-15).

Junto con la cantina, cobraron vigor en la ciudad los llamados bares ubicados fundamentalmente en los hoteles de lujo de la época: Hotel Froment después Savoy, Hotel Europa luego “Des Etrangers”; bares de clubs sociales como el del Club Pichincha o bares solos como El Bar Royal, El Hispanobar o L’Ermitage (Nicolás Kigman 1991: 199). Estos fueron sitios exclusivos de la naciente burguesía y en general de la llamada “gente decente”. Junto con las bebidas importadas, whisky y brandy se escuchaba ritmos musicales extranjeros como el tango y sobre todo el jazz, como una clara manera de

distinción y alternativa a la “música nacional”, rechazada por la “gente decente”, según Franklin (1945: 126-127) por ser un recuerdo de pobreza y sobre todo por ser ecuatoriana.

Por último, vinculado a la expansión de las capas medias se consolidaron los deportes y el fútbol en particular, el cual se popularizó en la ciudad en 1908 con la formación del “Sport Club Quito”. Pues, en la ciudad decimonónica fuera de la pelota nacional y el juego de boliche no se practicaba nada más. En cambio desde inicios del s. XX se incorporó el box, la esgrima y la gimnasia, y paulatinamente en los 20 se empezó a practicar el atletismo, ciclismo, natación, basket, tenis, golf, volleyball (Vásquez, 1988: 232), en los cuales destacaron deportistas de una extracción social media.

3.6 El surgimiento del estilo de vida urbano y de una nueva cultura popular urbana

A partir de estas prácticas culturales expuestas, se puede inferir que, en la primera mitad del s. XX, surge en la ciudad de Quito un estilo de vida que puede llamarse propiamente urbano, conformado por valores y pautas de comportamiento que difieren ostensiblemente de los observados en el campo y en la ciudad decimonónica. Este nuevo estilo de vida parece explicarse a partir de la incidencia de los siguientes factores: la modernización del Estado, la modernización de la infraestructura urbana, la urbanidad como un nuevo plan civilizatorio y el afán de distinción de los sectores pudientes y medios.

Sin duda, la implantación del Estado Laico y del liberalismo desde fines del s. XIX contribuyeron al cambio de la vida cotidiana, a través del impacto que produjo leyes como la del Matrimonio Civil, del Divorcio y la Libertad de Cultos.

Por otra parte, la modernización del equipamiento urbano y su utillaje; canalización, agua potable, luz eléctrica, vehículos motorizados, tren, tranvía, convulsionaron la vida cotidiana. El agua potable y la luz eléctrica introdujeron a la ciudad la época del progreso y pusieron fin a situaciones típicas y hechos tradicionales como la pérdida de vigencia de las pilas y aguadores o el declive de las leyendas mágicas sobre aparecidos (Vásquez, 1988: 209).

En tercer lugar, la puesta en marcha de un nuevo proyecto civilizatorio

que podríamos llamar de urbanidad, ya que se basaba en la imposición de nuevos códigos culturales relacionados con la salubridad, la higiene, las buenas costumbres y el ornato, por parte de las instancias normativas y disciplinantes, sean públicas y privadas, fueron en gran medida los responsables del cambio de valores y pautas de comportamiento en los habitantes.

En la primera mitad del s. XX, ya sea el Estado a través de sus ministerios, comisarías, intendencias o el sistema escolar, así como la sociedad civil a través del mundo del trabajo o la prensa se empeñaron en inculcar nuevas conductas en los habitantes. De esta manera, labores como la normatización del tráfico (peatones y vehículos); la puesta en marcha de medidas en favor de la sanidad pública como: el confinamiento y restricción de las guaraperías, la imposición de uniforme a las vivanderas, la obligación de colocar escupideras o WC en salones y negocios, o la persecución a las vendedoras de alimentos en la calles, junto con la campañas de vacunación o de difusión de manuales de higiene que aconsejan el baño semanal o el cambio de ropa interior por lo menos una vez a la semana (Vásquez, 1988: 220), son claros ejemplos de este esfuerzo por inculcar nuevos valores, costumbres y pautas de comportamiento.

A juzgar por algunos de los titulares del Diario “Últimas Noticias” en la década de los 40: “Civilizando la vida de cocina de Quito, haríamos obra prodigiosa”; “no de tanto la mano, la urbanidad manda hablar menos por señas”; “la ciudad debe ser el hogar general de la educación y el buen gusto, ante todo”; “El higienista tiene que ser un héroe en batalla contra las malas costumbres”, “es tiempo de pensar seriamente en la higienización de la leche”, no cabe duda que en este esfuerzo de urbanización colaboraron arduamente instituciones privadas como la prensa.

Por último, el surgimiento del estilo de vida urbano, se explica también por el afán de distinción o distanciamiento social de los sectores altos y medios. Estos sectores, ya sea para marcar su diferencia, afianzar la posición social alcanzada y evitar cualquier regresión social, asumieron prácticas culturales refinadas, muchas de las cuales fueron adoptados por ciertos grupos populares, como los chullas, como modelos ejemplares a seguir o emular.

No obstante y al mismo tiempo que surgía y se consolidaba un nuevo

estilo de vida en la ciudad, surgía y se afianzaba una nueva cultura popular urbana. En efecto, los migrantes interioranos que llegaron en contingentes cada vez más numerosos a la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX, dieron origen a la formación de una nueva cultura, distinta de la cultura campesina y de la cultura urbana de cuño aristocrático e hispanicista.

En primer lugar, su conversión de campesinos a residentes urbanos; de indios a longos, cholos o chullas modificó considerablemente el mapa cultural del país, dejando atrás el universo dicotómico indio/criollo de la sociedad premoderna e impulsando una competencia con la cultura importada por las clases altas y medias.

En segundo lugar, es necesario destacar que esta nueva cultura popular urbana surgió a partir de: 1) ruptura de la sociedad rural; 2) liberación de la subjetividad del determinismo de la tradición; y, 3) una relación de conflicto, asimilación o aprovechamiento selectivo y recreación de los valores de la cultura dominante. Todo lo cual condujo al cambio de orientaciones de valor, patrones conductuales y estilos culturales. En comparación con los campesinos, y a medida que avanza el s. XX, resultó notorio en los inmigrantes provincianos de Quito el descenso del tradicionalismo, fatalismo, pasividad, junto con el aumento relativo de su autoestima, confianza, apertura, racionalidad y activismo. Valores que se expresaron en comportamiento tales como: libertad de desplazamiento, aspiraciones de progreso personal y social o el surgimiento de una capacidad por el disfrute por la vida.

No cabe duda que los migrantes interioranos a la ciudad de Quito, iniciaron el fin de esa sensación generalizada de enraizamiento al territorio, de inmovilismo geográfico o de servidumbre al suelo natal que había caracterizado al mundo campesino e indígena hasta fines del s. XIX. Gracias a estas y otras corrientes migratorias que se suscitan en la misma época en todo el país, lo lejano se transforma en cercano y lo desconocido en conocido. A partir de ahora surge en los habitantes del Ecuador y de las ciudades en particular, la conciencia de que el territorio no solo separa sino que une, que los caminos y las calles no solo distancian sino que acercan, en fin, de que el territorio podía subjetiva y realmente conocerse, y que movilizarse a través de él era una primera forma de dominarlo. En fin, el espacio dejó de enfrentarse externamente como objeto de contemplación y ensimismamiento para

transformarse en lugar de tránsito, estación de itinerario o espectáculo visual³⁵.

Este deseo de movilización espacial a la vez estimuló el deseo de movilización social, ya que la sociedad y sus jerarquías dejaron de verse como realidades amuralladas y por tanto inexpugnables. El chulla fue quien encarnó este doble deseo de movilidad, y en quien se destacó una aptitud desplazativa, que los convirtió en deambulador paradigmático; en un sujeto que recorría de forma incesante las calles y plazas de la ciudad, al mismo tiempo que buscaba escalar socialmente de cualquier forma, dando lugar así a un arribismo y oportunismo social nunca antes visto. Todo esto sumado a sus escándalos, nomadismo, apariciones y reapariciones, explican su intenso protagonismo ciudadano y la ubicuidad que lo caracterizó. Sin embargo dichos comportamientos fueron a la vez actos de resistencia contra el anonimato, el olvido, la segregación residencial o la soledad, rasgos que fueron plenamente visibles en el Quito de la segunda mitad del s. XX.

Fue de esta manera como los nuevos sectores subalternos de la primera mitad del s. XX, hicieron retroceder definitivamente a la ciudad señorial y su cultura aristocrática.

Se trata sin duda de una época de transición en términos sociales y culturales. Los valores y pautas de comportamiento presente en los actores urbanos transitaban de un estilo tradicional patriarcal a uno propiamente moderno. Poco a poco fue quedando atrás esa sociedad restringida, aislada, analfabeta, homogénea, con un fuerte sentido de solidaridad de grupo, en la cual la conducta predominante era tradicional, espontánea, acrítica y personal, sin costumbre de experimentación y de reflexión con fines intelectuales; esa ciudad en la cual la unidad de acción fue el grupo familiar y lo sagrado dominaba lo secular. Paulatinamente surgió una sociedad constituida por la individualización y la secularización. En efecto la modernización de la sociedad urbana fue produciendo poco a poco una segmentación de los papeles (fragmentación de las actividades) y multiplicando las pertenencias, mientras empezaban a predominar las relaciones sociales secundarias (a través de asociaciones) por sobre las primarias (contactos personales directos, fundados en la afinidad afectiva o la sangre, propios de las sociedades rurales o

³⁵ Manuel Espinosa, "Los personajes Populares de Quito", inédito.

patriarcales), todo lo cual dio lugar a un estilo de vida moderno, basado esta vez en la individualidad y el individualismo; estilo de vida que se consolidó definitivamente en la segunda mitad del s. XX.

CONCLUSIONES

Referirse al Quito de la primera mitad del s. XX es aludir a una época de transición marcada por el arribo y el establecimiento del capitalismo que remueve y trastorna todas las bases de la convivencia social anterior. Se trata por tanto de un contexto definido por un orden social dinámico y una estructura social sujeta a reacomodo.

Fue una época en que se intensificaron, como nunca antes, los desplazamientos espaciales, la conflictividad social, racial y étnico-cultural, los procesos de agitación y agregación social, las movilizaciones sociales y las mutaciones étnico-culturales. Las ciudades del país, y Quito en particular, se constituyeron en un escenario privilegiado de manifestación de estos fenómenos concurrentes y conexos. Las consecuencias más visibles e inmediatas fueron, en primer lugar, la expansión física y demográfica de la ciudad a unos ritmos de aceleración tal, que el área absoluta de ocupación creció 7 veces desde 1904 a 1950, mientras la población se quintuplicó en el mismo periodo. En segundo lugar, se produjo un cambio drástico en el modelo de ocupación del espacio. La cohabitación u ocupación de los mismos espacios por los sectores pudientes y los grupos subalternos que se mantuvo hasta fines del s. XIX fue substituida por una ocupación espacial diferenciada, es decir la redistribución de los espacios de trabajo y residencia de acuerdo a la condición social de los pobladores. Modelo que se concretó a través de las medidas de reordenamiento de los usos del espacio que asumió el Municipio.

Pero sobre todo la concurrencia de los desplazamientos espaciales, la conflictividad social, racial y étnico-cultural, las movilizaciones sociales y las mutaciones étnico-culturales, dieron origen a los sujetos del presente estudio: “longos”, “cholos”, “chullas” y “gente decente”.

Sin duda estos términos que aluden a particulares actores colectivos de la ciudad ponen en evidencia, antes que nada, la presencia de valores, ideas y concepciones en torno a las razas (ideologías raciales) presente en la ciudad de Quito durante la primera mitad del s. XX. Así, por ejemplo, los términos “longo”, “cholo” y “chagra” fueron reutilizados por la sociedad receptora con un propósito estigmatizante, en la medida que buscaron marcar y destacar el fenotipo indígena en los aludidos; fenotipo que se vinculó con una condición

socioeconómica de pobres y por tanto con actividades poco valoradas por los sectores dominantes, al mismo tiempo que con una condición sociocultural de gentes rústicas e inferiores necesitadas de “civilización” o urbanidad.

Fue por este carácter estigmatizante que dichos términos no pudieron ser revertidos por los propios aludidos y usados como autocalificativos, lo que hubiese hecho de dichos actores colectivos, grupos con una conciencia grupal diferenciada, es decir con identidad. Sin embargo “longos”, “cholos” y “chagras” con su sola existencia, marcaron el fin del universo dicotómico indio/criollo presente en la ideología hegemónica de la sociedad premoderna. Es más, estos actores dieron lugar al surgimiento de una nueva cultura popular urbana gracias al cambio de sus anteriores orientaciones, valores, patrones conductuales y estilos culturales, en la medida que fueron rompiendo con la sociedad rural, liberándose del peso de la tradición y mostrando una relación con la cultura dominante de asimilación, conflicto y recreación de algunos de los valores aprovechados. Fue de esta manera como surgió la cultura del cholerío que hasta el día de hoy aparece en Quito en competencia con las culturas de las clases altas y medias.

Sin embargo la sociedad receptora no solo reinventó términos estigmatizantes para aplicarlos a los recién llegados, sino que creó autodenominaciones con el ánimo de destacar su distinción frente a los migrantes que rechazaba. Fue así como surgieron los términos “chulla” y “gente decente” asociados a una condición de “blanco”, “caballero” o “señor”. El primero fue usado por los sectores populares de mayor raigambre en la ciudad y el segundo por los grupos dominantes. No obstante, el actor designado con el término “chulla” adquirió una gran importancia para la ciudad antes de desvanecerse en la segunda mitad del s. XX, en la medida que creó los estereotipos del moderno estilo de vida quiteño. En efecto, los chullas deseando marcar una diferencia y contraste con los migrantes recién llegados de origen rural y/o indígena, optaron por apropiarse y recrear algunos de los valores señoriales de los sectores dominantes, al mismo tiempo que fueron capaces de apropiarse -a medida que avanzaba el s. XX- de una denominación peyorativa que en su origen los sectores dominantes habían aplicado a ciertos individuos del pueblo con grandes aspiraciones de asenso social. De esta manera dicho actor colectivo logró revertir la connotación negativa en positiva

del vocablo “chulla”, convirtiéndose a partir de entonces en una realidad autoreferida, en un colectivo con su propio estilo de vida, basado en su autodefinición de blanco, caballero o señor; el anhelo de prosperidad y reconocimiento social; la capacidad por el disfrute de la vida; y, el individualismo. Situación que explica sus comportamientos recurrentes: humor, bohemia, arribismo social, excesiva importancia otorgada a la apariencia o libertad de desplazamiento, todo lo cual convirtió al chulla en un personaje ubicuo.

Por estas razones expuestas podemos decir que las designaciones de “longo”, “cholo”, “chagra”, “chulla” y “gente decente” constituyeron básicamente un vocabulario de adscripciones sociorraciales, vocabulario que hemos tratado de documentar en el presente estudio.

Pero además, podemos llegar a establecer que, si bien dichas designaciones buscaron delimitar o imponer barreras en los actores colectivos enunciados, sus prácticas culturales (como las que aquí han sido objeto de análisis) más bien los aproximaron al punto de volver lábiles dichas fronteras, sobre todo entre longos, cholos, chagras y chullas.

Todo esto evidencia una especie de tensión existente entre los niveles de adscripción y las prácticas culturales, lo que probablemente de la imagen de incongruencia entre estos dos aspectos sobre los cuales hemos intentado profundizar en la presente investigación.

En fin, la presencia de “longos”, “cholos”, “chagras”, “chullas” y de la “gente decente” en el escenario urbano quiteño, nos habla de sujetos que al transformarse en tales, transforman a su vez la vida en la ciudad. Sin duda su presencia hizo retroceder definitivamente a la ciudad señorial y su cultura aristocrática.

BIBLIOGRAFIA

1. PUBLICACIONES OFICIALES

BANCO CENTRAL DEL ECUADOR

1988 *Estadísticas Económicas Históricas 1948-1983*, Serie Estadística, Vol. 1, BCE. Quito.

CONSEJO MUNICIPAL DE QUITO

1927 *Gaceta Municipal*, No. 15

1933 *Gaceta Municipal*, No. 67

1934 *Boletín General de Estadística*, Quito, Talleres Tipográficos Nacionales

1934 *Gaceta Municipal*, No. 75

1935 *Gaceta Municipal*, No. 80, 81

1936 *Gaceta Municipal*, No. 82, 83, 84

1938 *Gaceta Municipal*, No. 91

1942 *Gaceta Municipal*, No. 102

1943 *Gaceta Municipal*, No. 104 105, 106.

CONSEJO NACIONAL DE DESARROLLO

1989 *Población y cambios sociales. Diagnóstico Sociodemográfico del Ecuador*: segunda edición, UNFPA, Corporación Editora Nacional.

DIRECCION NACIONAL DE ESTADISTICA

1944 *Ecuador en cifras 1938-1942*, Imprenta del Ministerio de Hacienda, Quito.

ECUADOR, República del, Poder Ejecutivo

1922-23 *Informe Anual que la Dirección Central de Estadística y Registro Civil presenta al Ministerio del Ramo*, Quito, Imprenta Nacional.

1934 *Informe de la Dirección General de Estadística, Registro Civil y Censo al Señor Ministro del Ramo*, Quito, Tip. Fernández.

2. LIBROS Y ARTICULOS

ALEMAN, Hugo

1953 *Presencia del Pasado*, Casa de la Cultura, Quito.

ANDRADE, Carlos

1964 *Los inolvidables*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito.

1993: "Los refugios de nuestras adolescencia", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, librería Cima, Quito, pp. 158-162.

1999 "El auténtico Chulla Quiteño", en: E. Freire y M. Espinosa (compiladores), *Parías, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria No. 4, Taller de Estudios Andinos, Quito.

- ANDRADE, Manuel de Jesús
1935 *Andanzas de un colombiano*, Ambato.
- ANDRADE, Raúl
1960 "Quito, monografía del tiempo perdido", en Vistazo, No. 43, XII-1964
- 1990 "Agudeza y arte de ingenio", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Librería Cima, Quito, pp. 186-188
- 1993: "Elegía de la Chullita" y "Lienzo mural e Quito de 1900", en: E. Freire (comp), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 11-18; 125-126.
- Andrade Martín, Luciano
1991 "Las guerras de guambras", en Miguel Puga: *Crónicas del Quito Antiguo*, Colección amigos de la genealogía, Quito, pp. 305-307
- ARCOS, Carlos y MARCHANT, Carlos
1978 "Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana", en: Revista Ciencias Sociales, Volumen II, No. 5, Primer trimestre, Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, Quito, pp. 13-51.
- ARCOS, Carlos
1986 "El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900", en: *Clase y Región en el agro ecuatoriano*, Corporación Editora Nacional, Quito. pp. 269-317.
- BEMELMANS, Ludwin
1941 *El burro por dentro*, Editora Moderna, Quito.
- BOURDIEU, Pierre
1991 *El sentido de la práctica*, Taurus Humanidades, Barcelona.
- BRAVO, Bolívar
1934 "El ambiente popular quiteño", en: *IV Centenario de la Fund. Española de San Francisco de Quito*, Quito.
- BUSTOS, Guillermo
1990 "Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX", en: *Quitumbe*, Nº 7, Revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica, Quito.
- 1991 "La politización del 'problema obrero' los trabajadores quiteños entre la identidad 'pueblo' y la identidad 'clase' (1931-34)", en: *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- 1992 "Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito.
- CARRERA ANDRADE, Jorge
1989 *El volcán y el colibrí, Autobiografía*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- CARRION, Alejandro
1993 "Como se hace un Quiteño, método tentativo", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 302-304.
- CARRION, Andrea; Goetschel, Ana María; Sánchez, Nancy
1997 *Breve Historia de los servicios en la ciudad de Quito*, Ciudad, Museo de Quito, Quito.
- CARRION, Fernando

- 1984 "Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales", *Cultura* Revista del Banco Central del Ecuador, Quito, sept-dic 1984
- 1987 *Quito, crisis y política urbana*, CIUDAD- El Conejo.
- CARVALHO-NETO, Paulo de
1964 *Diccionario del folklore Ecuatoriano*, Editorial de la Casa de la Cultura, Quito.
- CERVONE, Emma
1999 "Introducción", en: E. Cervone y F. Rivera editores, *Ecuador racista. Imágenes e identidades*, Flacso Ecuador, Quito, pp. 11-18.
- CHAVEZ, Fernando
1933 "La familia entre los obreros urbanos del Ecuador" en *Orientaciones*, N. 2, Revista de Cultura, Inst. Manuel J. Calle, Cuenca, septiembre, 1933
- CORDOVA, Carlos Joaquín
1995 *El habla del Ecuador, diccionario de ecuatorianismos*, Tomo I, Universidad del Azuay Cuenca.
- CORNEJO, Justino
1967 *El Quichua en el Ecuador*, Publicaciones de la Academia de la Lengua, Quito.
- CUEVA, Agustín
1986 *Lecturas y Rupturas*, Colección País de la Mitad, Editorial Planeta, Quito.
- DE LA TORRE, Carlos
1993 "Remembranzas de la bolsicona", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomo 2, tercera edición, Librería Cima, Quito, pp. 208-210.
- DELER, Jean Paul
1987 *Ecuador, del espacio al Estado Nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Banco Central del Ecuador, Quito.
- DESCALZI, Ricardo
1988 "El ambiente del Chulla Romero y Flores" en edición crítica de la UNESCO, Roma.
- DURAN, Cecilia
2000 *Irrupción del sector burócrata en el Estado Ecuatoriano: 1925-1944*, Cooperación Española, Abya-Yala, PUCE, Quito.
- EICHLER, Arturo
1952 *Nieve y selva en Ecuador*, Guayaquil.
1982 *Ecuador. Un País, un Pueblo, una Cultura*, Quito.
- ESPINOSA APOLO, Manuel
2000 *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultura*, tercera edición. Trama social editorial, Quito.
- ESPINOSA, Modesto
s.f. *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, Nº 52, Guayaquil.
- ESPINOSA TAMAYO, Alfredo
1979 *Psicología y Sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 2, BCE, Quito.
- FRANKLIN, Albert B.
1945 *Ecuador, retrato de un pueblo*, Editorial Claridad, Buenos Aires
- FREIRE RUBIO, Edgar

1990-93 *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomos I, II, y III, Librería Cima, Quito.

GARCIA, Alfonso

1937 *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Imprenta de Educación, Quito.

1940 *Estampas de mi ciudad*, Quito, s/e.

1990 "Soñar no cuesta nada" en: E. Freire (comp). , *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 267-273.

1991 "Viva el Carnaval", en, E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 242-249.

GANGOTENA, Emilio

1951 *El libro de la ciudad de San Francisco de Quito hasta 1951*, CEGAN, Quito.

GOETSCHER, Ana María

1992 "Hegemonía y sociedad (Quito: 1930-1950)", en: E. Kigman coord. *Ciudades en los Andes*, Ciudad, Quito.

1999 *Mujeres e imaginarios. Quito a inicios de la modernidad*, Serie Plurimenor, Abya-Yala, Quito.

GONZALEZ, J. L.

1936 *Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador*, Ed. Labor, Quito.

GRANDA, Wilma

1993 "El cine silente ecuatoriano: la azarosa historia", en: E. Freire (comp)., *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, primera edición, Abrapalabra, Quito, pp. 443- 447.

HASSAUREK, Fedrich

1998 "La servidumbre doméstica" en: *Quito según los extranjeros*, segunda edición, Colección memoria, no. 1, Taller de Estudios Andinos, Quito.

IBARRA, Hernán

1992a *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 suyus, Editorial El Conejo, Quito.

1992b "El laberinto del mestizaje", en: *Identidades y Sociedad*, Centro de Estudios Latinoamericanos /PUCE, Quito, pp. 95 -124

ICAZA, Jorge

1975 *Hijos del Viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Plaza & Janes, Barcelona.

1985 *En las calles*, Editorial El Conejo, Quito.

1986 *El Chulla Romero y Flores*, Ed. El Conejo, Quito.

1990 *Cholos*, Libresa, Quito.

1993 "Exodo", en: *Cabuyas*, Edym, Valencia, pp. 127-162

JIJON Y CHILUIZA, Jacinto

1998 *Longos. Una crítica reflexiva e irreverente a lo que somos*, segunda edición, Ediciones Abya-Yala, Quito.

JURADO NOBOA, Fernando

1991 *El Chulla Quiteño*, SAG, Volumen 60, Quito.

- 1995 *Las Quiteñas*, Dinediciones, Colección Siempre, Quito.
- 1999 *Quito secreto*, Colección Amigos de la Genealogía, Vol 135, SAG, Quito.
- KIGMAN, Eduardo y Goetchel, Ana María
- 1989 "Obras públicas y fuerza de trabajo indígenas (El caso de la Provincia de Pichincha)", en E. Kigman coord. *Las ciudades en la Historia*, Ciudad, Quito.
- 1992 "Quito, vida social y modificaciones urbanas", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 129-152
- KIGMAN, Eduardo y GOETSCHER, Ana María
- 1992 "Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales", en: *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito, Consejería de obras públicas y transportes, Junta de Andalucía, Quito. pp. 153-162.
- KIGMAN, Nicolás
- 1989 "El humor de los quiteños", en E. Kigman, Coord., *Las ciudades en la historia*, Conuep, CIUDAD, Quito, pp. 419-422.
- 1991 "La ciudad de los recuerdos" en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, Librería Cima, Quito, pp. 198-203.
- KREUTER, María-Luise
- 1997 *¿Dónde queda el Ecuador?*, Abya-Yala, Quito.
- LINKE, Lilo
- 1956 *Viaje por una Revolución*, Quito.
- LUNA, Milton
- 1989 "Los movimientos sociales en los treinta. El rol protagónico de la multitud", en: *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, Nº 6., Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador, Quito, pp. 199-235
- 2000 "Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX", en: Jorge Núñez (comp.), *Antología de Historia*, FLACSO, Quito.
- MAIGUASHCA, Juan
- 1991 "Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo", en: *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Corporación Editora Nacional, Quito, pp. 79-94
- MEYER, Hans
- 1993(1907) *En los Altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito, 1993.
- MEJIA PAVONY, Germán Rodrigo
- 2000 *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. segunda edición, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, Bogotá.
- MICHAUX, Henri
- 1983(1928) *Ecuador*, Colección Marginales, primera edición, Tusquets editores, Barcelona.
- MITCHELL, Duncan, ed.
- 1986 *Diccionario de Sociología*, Grigalbo/Referencia, Barcelona.
- MONTUFAR, Verónica
- 1996 "Acerca de 'putas, brujas, grajientas y mucho más'", en: Martha Moscoso (comp.), *Y el amor no era todo... Mujeres, imágenes y conflictos*, Abya-Yala DGIS, Quito, pp. 157-

- MOYA, Ruth
1981 *Simbolismo y ritual en el Ecuador Andino*, Colección Pendoneros, Vol. 40, IOA, Otavalo.
- MUYSKEN, Pierte
1989 "Contacto entre el Quichua y Castellano en el Ecuador", en *Antropología del Ecuador*, Abya-Yala, segunda edición, Quito.
- NILES, Blair
1995(1923) *Correrías Casuales en el Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, Vol. 3, Abya-Yala, Quito.
- OLANO, Antonio
1915 *De Popayán a Quito*, Tip. y encuadernación Salesiana, Quito.
- OVIEDO RODRIGUEZ, Miguel Angel
1990 *La jorga. Memorias de una vida*, Editorial Edithar, Ecuador.
- PAREDES, Modesto Angel
1981 *Pensamiento Sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Vol., 6, Banco Central del Ecuador, Corporación Editora Nacional, Quito.
- PÉREZ DE OLEAS, Laura
1991 "Calé de Tamales", en: E. Freire (comp), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Tomos 2, tercera edición, Librería Cima, Quito.
- PRATT, Mary Louise
1997 *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.
- PUGA, Miguel Angel
1991 *Crónicas del Quito Antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Vol. 49, SAG., Quito.
- PUJADAS, Joan Josep
1993 *Etnicidad: identidad cultural de los pueblos*, Eudema Antropología, Horizontes, Madrid.
- QUIJANO, Aníbal
1980 *Dominación y Cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Mosca Azul editores, Lima.
- RODRÍGUEZ CASTELO, Hernán
1979 *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano*, Libri-Mundi/IOA, Quito.
- SALVADOR, Humberto
1993 *La navaja*, en: E. Freire (comp), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, primera edición, Abrapalabra, Quito, pp. 279-284.
- SUÁREZ, Pablo Arturo
1927 "Oficio de la Dirección de Sanidad, pasado al Consejo propósito de las obras de Saneamiento de la ciudad", en *Gaceta Municipal*, Año XIII, No. 16, Quito, julio 1 de 1927.
1934 *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*, Quito, Tipografía L. I. Fernández.
- STARK, Louisa R.
1993 "Modelos de estratificación y etnicidad en la sierra norte", en: Whitten, Jr Normal (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, Universidad San

Francisco de Quito, Quito, pp. 243-258

STUZMAN, Ronald

1993 "El mestizaje: una ideología de exclusión", en: Whitten, Jr Normal (edit.) *Transformaciones culturales y etnicidad en la sierra ecuatoriana*, Universidad San Francisco de Quito, Quito, pp. 54-107.

TOBAR DONOSO, Julio

El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española, Editorial "La Unión Católica", C.A., Quito 1961.

TOSCANO, Humberto

1953 *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española, Anejo LXI, Madrid.

1959 *El Ecuador visto por los extranjeros*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla.

TRONCOSO, Julio

1969 *Memorias íntimas del diario capitalino "El Día"*, El Año Ecuatoriano, Quito.

VALDEGANA, Alfonso de (pseudónimo)

1946 *Vida pasión y muerte de un empleado público*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales.

VARALLANOS, José

1962 *El cholo y el Perú*, Imprenta López, Buenos Aires

VASQUEZ, María Antonieta

1988 "Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX", *Nueva Historia del Ecuador*, Vol. 9, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, Quito, pp. 205-234.

VEGA SALAS, Jaime

1996 *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Gráficas Ortega, Quito.

VITERI DE LA VEGA, Carlos

1971 "Monografía del barrio el Tejar", *Museo Histórico*, Nros. 47 al 51, Quito, 1969.1971.

WEISER VARON, Benno

1993 "Judíos en Quito. Recuerdos del Ecuador", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Abrapalabra editores, Quito, pp. 194-204.

ZALDUMBIDE, Gonzalo

1993 "El quiteño detesta a Quito", en: E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, cuarta edición, librería Cima, Quito, pp.205-207.

3. PERIODICOS

El Comercio, Quito

El Día, Quito

El Debate, Quito.

Ultimas Noticias, Quito

4. FUENTES NO PUBLICADAS

ESPINOSA APOLO, Manuel

2000 "Los personajes populares de Quito", Monografía para el curso abierto: *Imagen e Idea*

de *Quito*, Universidad Andina Simón Bolívar.

VALLEJO, Patricio

2000 "Historia del teatro en el Ecuador", conferencia en el curso, *Imagen e Idea de Quito*, Universidad Andina Simón Bolívar.